

César Brandon Ndjocu

Las almas de Brandon



El libro del poeta
que conquistó un país
entero en menos
de tres minutos.



Lectulandia

Nota bibliográfica del autor. Bueno, más o menos.

César Brandon Ndjocu Davies —Así es, no me dejo fuera ningún apellido— (Malabo, 1993). Educador Social por la Universidad de Granada y *Educado Socialmente* por la rigurosa y cariñosa Universidad Mamá, Papá, mi Tía Mamá, hermanos, hermanas, algún que otro profesor del Colegio Español de Malabo y mis cuatro años en Ceuta (mi segunda casa). Superviviente del Huracán Adolescencia, y ahora miembro activo del Tsunami Vida Adulta (fui rescatado por mis amigos, los de verdad). Amante de mi país —a mi manera—, porque mi país está casado con otra y tiene miedo de pedirle el divorcio.

N.D.C.B.

LAS ALMAS DE BRANDON

César B. Ndjocu Davies

N.D.C.B.

A todos los sofás, bancos y sillas sobre
los que me he sentado para
escribir este libro. Tanto cuando tenía
dónde vivir, como cuando no tenía
dónde caerme muerto.

¡Gracias!

¡Gracias desde lo más hondo
de mis lágrimas! Porque de ellas, sé,
que son más profundas que mi corazón.

A mi Mamá y a mi Tía Mamá.

A Wili, a Dani y a Caty.

A Olga y a Elizabeth.

Y cómo no, a mi Tito Miguel.

“El mundo es como unos nuevos vaqueros rotos.

Si no puedes comprártelos,
coges unos viejos y...les haces tú los agujeros.

O algo así”.

César B. Ndjocu Davies

.

¡Ah, sí, casi se me olvida!

¡Buen provecho!

ALMAS

Alma Nº 1

No hay nadie más despierto que una persona con sueño(s).

Será por eso que no puedo dormir. Y que hoy, recordándote, tengo esa sensación de...esa sensación...esa sensación de que soy la persona más feliz del mundo.

¿Te acuerdas? Fue en aquel restaurante de comida rápida y servicio moderado; en medio de una lenta digestión. Olía a café. Tú solías decir que “las mejores historias ocurren en los lugares que huelen a café”. Historias de las que uno, o dos, nunca se olvidan. ¿Te acuerdas? Olía a café. Claro que te acuerdas. Tus manos acariciando las mías; tus labios atando mis nudillos en un beso. Era la primera y la última vez, después de muchas veces más contigo, que una niña me besaba en la mano como si fuese el fin del mundo, o el fin de los besos; o no sé exactamente cómo expresarlo, pero se sentía como el fin de algo que no tenía intención de acabar. Y perdona mi torpeza, tú que veías belleza en la imperfección. Déjame decirlo así: me besabas como solo tú sabes besar. ¡Dios!, mejor no intento explicar cómo se sentían tus besos en mi boca.

Me acuerdo. ¿Te acuerdas? Sonará poco cuerdo, pero estarás de acuerdo conmigo en que la cordura no era nuestro fuerte; en que la locura era nuestra debilidad; en que amar es un arte del desastre: derribar para construir y construir para derribar. Me acuerdo. Tú en tu mundo y tu mundo *en...* ¡tú! Tus silencios mirando a no sé dónde porque te estoy mirando a ti mirar. ¡Dios! Qué hay más hermoso que un paseo en tus silencios, flotando en una de tus indestructibles burbujas de hormigón armado. Esas en las que tus labios eran un letrero que advertían: *¡la compañía no se hace responsable de los besos hurtados o sustraídos en sus instalaciones!* Me acuerdo de la niña de la bata de colores, del pañuelo *en* blanco y negro, de los ojos sepia, y de la sonrisa que hacía temblar a cada uno de mis tumores... ¡fuiste tú quien me hizo comprender cuánto miedo les tiene el cáncer a las ganas de vivir!

Me acuerdo. Aquel día te inventaste la teoría de *Las Almas de Brandon*. Me dijiste que era capaz de sentir cosas que nadie más podía sentir; que podía ver colores que nadie más podía ver y que escuchaba sonidos que nadie más podía oír. Me dijiste que siendo uno, podía ser mil personas a la vez; que el universo me había elegido a mí para ser su *recolector* de almas, y que estaba OBLIGADO a contar las historias de todas las almas que habitan en mi interior. Me dijiste tanto, como lo de que tenía esa cosa que te hacía dudar de si era un genio, o un idiota con muy buenos reflejos. Hasta poniéndome a parir me hacías reír. Me hiciste sentir especial...Y ya sabes que soy más de escribir que de hablar, pero...este es tu funeral. Y por la chica que me enseñó a ser yo mismo, siempre romperé las reglas. Y puede que llegue algo tarde, pero ahora entiendo a qué te referías cuando dijiste que “*volar no es sempiterno, porque hasta los aviones...mueren en la tierra*”.

P.D.: Todavía tengo la servilleta en la que firmaste, en pleno uso de tus facultades bajo la influencia de la quimio, que me cedías todas las acciones sobre tu alma.

P.D. DE LA P.D.: Cuidaré bien de ella.

P.D. DE LA P.D. DE LA P.D.: Casi se me olvida decirte que te quiero. ¡Te quiero!

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS CEREBROS HUMANOS

Alma Nº 2

Ratificada por el consejo de mis YO...y alguna que otra conversación con mis amigos.

Artículo 1.

La belleza y la inteligencia son entes distintos, no son factores de la misma dimensión. Por lo tanto, la belleza no es proporcional a la inteligencia ni viceversa; por lo tanto, la inteligencia no puede compararse con la belleza ni viceversa. El valor que le damos a cada una, es lo que determina nuestra inclinación hacia la estupidez.

Artículo 2.

En el mundo en el que vivimos, las retribuciones económicas no son proporcionales a la inteligencia ni al esfuerzo del trabajo. Por eso, los artistas hacemos lo que hacemos más por pasión que por dinero.

Artículo 3.

Toda persona tiene derecho a masturbarse, sin importar su condición o religión. ¡Masturba tus sueños y eyacula realidades!

Artículo 4.

Si le pides a tu pareja que se abra contigo, no huyas cuando veas lo que hay tras la puerta...no huyas cuando te cuente lo que ocultaba tras sus “no pasa nada”.

Artículo 5.

Sé como el lunes, porque el lunes, harto de ser odiado, aprendió a amarse a sí mismo.

Artículo 6.

Todas las personas pueden enamorarse cuantas veces quieran. Sin embargo, no tienen derecho de culparle al amor si el amor no quiere enamorarse tantas veces como ellas quieran.

Artículo 7.

De los armarios solo salen los abrigos, los trajes, la lencería y las prendas arrugadas. Porque las etiquetas, solo son para la ropa.

Artículo 8.

Todo escritor/a tiene el derecho de poner por los suelos a su ex novia/o. Pero también tiene la obligación de hacerlo bonito.

Artículo 9.

El amor no es como la guerra. En la guerra los soldados que se matan son completos desconocidos. En el amor, los que se hacen daño, se conocen mejor que nadie.

Artículo 10.

No querer, es otra forma de querer. Simplemente, no quieres.

Artículo 11.

Se aceptan los límites en el sexo. Ayudan a poner un paso de cebra para que los deseos sexuales puedan circular sin ser atropellados por los principios.

Artículo 12.

Si no te va el sado, puedes amar hasta que duela.

Artículo 13.

Tener *ex* pareja no cuenta como *experiencia* a la hora de solicitar “un puesto” en la vida de una nueva persona. ¡Apréndete todo de nuevo! Porque, aunque los errores sean los mismos, ella o él, no lo es.

Artículo 14.

La vida es un orgasmo. Ocúpate al máximo con cosas que te hagan feliz. Y no dejes que pasen las horas, ¡fóllatelas! Ya sabes cómo (*se*) corre el tiempo.

Artículo 15.

Cuando el mundo sea una mierda...sé una mosca.

Artículo 16.

Todo lo escrito por Paulo Coelho es absolutamente cierto y no se puede criticar. Aplicable también a Eduardo Galeano.

Artículo 17.

Si *uno* no sabe lo que tiene hasta que lo pierde, sería mejor que empecemos a ser *dos*.

Artículo 18.

La felicidad no se paga con monedas.

Artículo 19.

Un *celo* a la izquierda es una persona cuyos celos injustificados no valen una mierda. Con perdón por la expresión.

Artículo 20.

Si tu imaginación no se ajusta a la realidad, desajusta un poco más tu realidad para que se ajuste a tu imaginación.

Artículo 21.

Los sueños valen lo que estás dispuesto a pagar por ellos.

Artículo 22.

La única forma de matar a la literatura, es dejando vivir a Romeo y Julieta, haciendo crecer a Peter Pan, o devolviéndole la cordura a Don Quijote.

Artículo 23.

La felicidad puede tener fines de semana y también cogerse algún que otro puente. Pero que se olvide de lo de los dos meses de vacaciones.

Artículo 24.

Si vas a bajar la luna para que luego sea *Ella* quien tenga que lavarla, cuidarla y darle de comer...mejor déjala en su sitio.

Artículo 25.

A4: carretera, terminal, lienzo, hogar de la imaginación. Todo menos una simple hoja de papel.

Artículo 26.

Si el tiempo te pasa factura, declárate insolvente. Vive, “pobre”, pero feliz, para siempre.

Artículo 27.

Si los nervios te traicionan, ponles los cuernos. Hazte un trío: la convicción, la autoconfianza y tú.

Artículo 28.

Como dijo Espinosa: «somos *traumas de la infancia*». Pero el mundo es un continuo, así que también somos *traumas por hacer*.

Artículo 29.

Deja que Superman sea Superman. No te pongas una capa que pese más que tus alas a la hora de volar.

Artículo 30.

El cerebro solo necesita 7 segundos para saber lo que quiere. Y el corazón...bueno, eeh...esa ya es otra historia.

¡PÁRPADOS ARRIBA!

Alma Nº 3

Me he acordado de ti, y todavía no te he conocido.

Voy a contaros lo que han visto mis ojos. Probablemente no vayáis a creéroslo, pero, de todas formas, os lo voy a contar. Os voy a hacer testigos no presenciales del crimen que cometieron conmigo; de cómo me robaron un beso con una mirada.

Aquel día llovía. No vi caer ninguna gota del cielo porque estaba en el metro – el de Madrid–, sentado a un lado de las vías: las que vomitan vagones por la derecha y los tragan por la izquierda. ¿Que cómo sé que llovía? No lo sé, solo sé que sé cuándo está lloviendo. Se podría decir que es mi don.

Y al otro lado –de las vías–, como en otra estación del año, como en otra estación de Madrid, estaba ella. Sentada, perdida en su música, chasqueando los dedos con elegancia, deslizándose ligeramente las suelas de sus botas entre dos baldosas como en un sutil baile de estación, —perdonad— quiero decir, de salón. Con esos característicos auriculares del iPhone que le hacen a uno pensar que la persona está escuchando un álbum original. «Seguro que es de las que pagan por las canciones, o tienen una cuenta Premium en Spotify» pensé.

Bailaba, bailaba salvajemente sin moverse de su sitio. Era como ver un poco de caos dentro de la “tranquilidad del metro de Madrid a las 14:52”. Dicho rápido y mal, *Ella*, era como el desorden en la termodinámica. Ella, ahí, era entropía. Y cuanto más desordenado era su baile, más tendía a la perfección.

Por un instante –2 minutos, según el letrero que anunciaba la llegada del metro–, sentí que estaba escuchando su música...bailando su canción. Y por otro instante, dentro del anterior, sentí que chasqueaba los dedos al ritmo de mi corazón... y lo hacía latir a su antojo...*a su baile*.

La veía. En mi vida había pestañado tan poco en tanto tiempo. Y Tampoco había observado tanto en tan poco tiempo. En mi vida, en toda mi puñetera vida, no había deseado que alguien me mirara tanto como deseaba que ella me mirase. Quería que ella me viese, aunque solo fuese durante $\frac{1}{4}$ de instante.

Nada perturbó su baile. Ni el anuncio del cierre de la línea 1, ni el brusco movimiento de la gente precipitándose al escuchar el susurro de la llegada del metro.

Se levantó.

—Mírame —musité.

Caminó hasta la línea de seguridad.

—Mírame —musité de nuevo, asustado.

Alzó la vista para ver llegar el metro.

—Mírame —susurré lo más alto posible y sentí miedo. Miedo de no volverla a ver; miedo de *olvidarme de ella sin haberla conocido*.

Y...tres segundos antes de que desapareciese tras la armadura del tercer

vagón y el ruido del metal con el metal...lo hizo... ¡me miró! Me miró como si supiese que la había estado mirando todo ese rato. Me miró, me miró y vi cómo los ojos más normales del mundo, adornaban la mirada más hermosa que jamás *me* había visto. Me miró. Me miró a los labios y me *regaló* un guiño. Me miró. Me miró y me besó una sonrisa.

Ahora, ya podéis testificar en mi favor ante el universo. Para que firme una orden de búsqueda, captura y detención de dicha ladrona. Para que me devuelva esa mirada, ese beso...porque joder... ¡Párpados arriba, eso fue un atraco!

Y ASÍ, PASAMOS

Alma Nº 4

De tanto pasar, al final, nunca pasa nada.

¿Por qué leemos y admiramos historias de amor que nunca nos atrevemos a vivir? Siempre me he hecho esa pregunta, y al final, creo que he encontrado una respuesta. Está sacada del libro “Momo” de Michael Ende, y dice así:

«Y cuando escuchaban las vicisitudes emocionantes o cómicas que se representaban en el escenario, entonces experimentaban la sensación de que aquella vida interpretada era, de manera inexplicable, más real que su propia vida cotidiana».

¿Qué os parece? ¿Será esa la razón por la que no nos atrevemos a vivir las historias que leemos o vemos en películas? ¿Porque de alguna manera inexplicable, esas historias son más reales que las de nuestras vidas cotidianas?

Bueno, sé que ahora mismo, mientras os escribo estas líneas, solo soy una anciana. Pero si algo tuve claro durante mi juventud, fue que no permitiría que ninguna historia, libro, película o interpretación de la realidad, me hiciese sentir cotidiana, menos viva...menos real. Tú tampoco lo permitas. Que Romeo y Julieta sea un cuento para niños cuando hables de tu historia...de tu vida real. Porque si no...pasarás por la vida sin pasar; sin ocurrir. Y así, pasarás por la vida sin vivir...sin amar.

LA VERDAD

Alma Nº 5

El viento, durante un descanso, le preguntó a un anciano:

—¿Qué es la verdad?

Y El Anciano, que era muy hablador, le susurró al viento:

—No conozco nada más irónico y bipolar que la verdad. Ese cuchillo que es al mismo tiempo de plástico y de metal; sujetado por los pensamientos; cuyo mango es la garganta y cuyo filo es la lengua. Un arma blanca que hace sangrar al corazón; que hiere al orgullo y que hace cuestionarse a la razón su propia razón. La verdad es una puñalada que nos hace libres, pero a veces la libertad nos apuñala por la espalda. Querido viento, no conozco nada que sea al mismo tiempo tan placentero y dañino como lo es la verdad. Querido viento, ve y dile a la humanidad la verdad.

—¿Qué verdad? —indagó el viento con curiosidad.

—Que ya no sabe amar.

DESPUÉS DE LA SEÑAL

Alma Nº 6

Hola. Llevo ya mil y un intentos escuchando a esta señora decirme que deje mi mensaje después de la señal. Ahora me cae tan bien que he decidido hacerle caso:

Solo quería recordarte que eres como esa canción que hay que escuchar con el volumen al 50%: dulce, llevadera, perfecta para dormir, derecha (como el pie) para levantarse de la cama.

Solo quería recordarte que eres como la arruga perfecta: la de la frente con el ceño fruncido ante la expectación; como la del amor después de 70 años; como la de las sábanas después de hacer el amor.

Solo quería decirte que soy porque tú eres, así que eres para mí, lo que es un corazón tallado en el tronco de un árbol...como darle vida a lo que ya está vivo. Eres

como un verso vertido en un vaso de esos en los que se ahoga la gente; eres tan vértigo, solo con besarme un verso sobre una acera; eres tan verbo amar, tan verbo besar, tan infinitivo, ¡qué tan bonito es verte!, como tan hermoso de conjugar(te).

Solo quería hablar de nosotros. Solo quería recordarte que llevo puestos los tacones que me regalaste. Yo los quería en rojo, pero, Dios mío...esa frase que grabaste: *el infinito no nos llega ni a la suela de los zapatos*. Solo tú podrías encerrar la eternidad en cinco centímetros de tacón y una talla 32.

Mi vida, solo quería que siguiéramos “arruinando” a la compañía que se atrevió a darnos llamadas gratis para toda la vida. No tenían ni puta idea, ¿verdad? ¿Verdad?

Mi vida, sólo quería decirte que ahora estoy sola, solo eso; y que, si estás solo, que cojas el teléfono, como cuando solos...solo éramos dos, como cuando antes del accidente...solo éramos tú y yo.

«Pulse 1 para guardar mensaje y enviar; pulse 2 para borrar y volver a empezar»

«2»

«Bip»

Hola...

NO ME HE OLVIDADO

Alma Nº 7

No, no tienes que recordarme nada porque no me he olvidado. Al parecer, conmigo, el olvido se olvidó de olvidar, y el olvido no olvidado, me hace recordar.

No me he olvidado de nada –de nuestro todo– en realidad. No me he olvidado de ese libro que escribiste; página 6, capítulo 1: *La mujer es buena por naturaleza...y está buena por lo mismo*. Cómo te gustaba escribir sobre ti.

No me he olvidado de cómo maquillabas mis feos con tu mirada; de cómo guardabas los secretos en el baúl de los “estoy bien” y los “no pasa nada”. No, no me he olvidado de tus escondites, de tu mal genio al perder, y tampoco de tus ganas: esa estricta dieta del éxito que consistía en salir a comerte el mundo y...muy de vez en cuando, comerme a besos.

No me he olvidado de nuestras canciones, de nuestras listas de reproducción en YouTube. Tengo tus recuerdos en modo aleatorio, se me vienen de manera desordenada, así como tú te venías y yo me iba.

No me he olvidado del código postal de tu cama; de cómo caer bien tropezando con tus hoyuelos. No me he olvidado de cómo es hacer el amor contigo. Todavía te sigues colando en mis pajas. Todavía me encuentro –sin querer– alguna prenda tuya en mi colada. Desde la semana pasada...ya van tres bragas.

No, no me he olvidado de esas cosas, pero tampoco me he olvidado del coma del que casi no despiertas. No me he olvidado de que por una imprudencia mía...casi mueres. No me he olvidado de que mi mente se convirtió en un puto funeral y mi cuerpo en un maldito entierro. No me he olvidado de que por no encontrarme casi te pierdo. No me he olvidado de la decepción en el rostro de tu madre. Ni de las ganas que tenía tu padre de que fuese yo quien estuviese debatiéndose entre la vida y la muerte. No me he olvidado que el día en que despertaste fue el más feliz de mi vida, ni tampoco que el siguiente fue el más triste.

Menuda mierda. (Lo) siento todo, pero al mismo tiempo no siento nada. Mis sueños contigo pesan tanto que he dejado de sentir mi corazón en el pecho, y ahora lo siento latir en mi espalda. Menuda mierda. Yo ya no soy el corazón de Cuasimodo, pero tú sigues siendo mi Esmeralda. Menuda mierda. Yo sigo perdido... y tú sigues siendo una llamada.

¡No! No y no. No me he olvidado que dijiste que *el amor no tiene fecha de caducidad, pero que sí tiene plazos*. No, dime que el mío no se ha acabado. ¡Voy a llamarte!, porque no me he olvidado: todavía te amo.

...

...

...

...

...

...
...
...
...
...
...

«Este es el contestador del...»

TENEMOS QUE HABLAR

Alma Nº 8

Tenemos que hablar.

Estoy harta de dar vueltas, una y otra vez sobre mi cama; mis sábanas ya se piensan que soy un tornado. Estoy harta de comerme la cabeza y digerir malas decisiones; ya no me quedan revistas que llevarme al baño, ni reversos de productos de limpieza que leer para no pensar en ti. Estoy cansada, literalmente, de correr figuradamente tras de ti. Estoy cansada de decorar con un “mucho” los “te quiero”. Estoy cansada de tener que usar emoticonos y “*ja, ja, ja's*” para evitar situaciones incómodas que secretamente deseo. Estoy cansada... «Te quiero» sin adverbios de cantidad. Te quiero y estoy harta de esperarte, así que...voy a lanzarme. Voy a lanzarme sabiendo que no existen los paraguas para las lágrimas; voy a lanzarme, consciente de que no existen los paracaídas en los vuelos *Low Cost* del amor.

Tenemos que hablar.

Quién me habría dicho que me dirías que sí; que tú también te lanzarías y nos encontraríamos a medio vuelo entre el cielo y la tierra; cayendo enamorados a no sé cuántos “te quiero” por hora; viviendo cada “ahora”, sobrescribiendo cada “antes”...*guardar como:* memorias para “después”.

Tenemos que hablar.

Los últimos treinta años han sido devastadoramente hermosos. Te convertiste en mis fenómenos naturales favoritos. Destrozando mis labios con tus *besomotos*, estremeciendo mi cuerpo con tus *abrazonamis* y...convulsionando mi alma con tus *follacanes*. Y tengo que darte la razón con lo del *Karmasutra*. Resultó ser cierto que todo el placer que se da se vuelve a recibir.

Tenemos que hablar.

Quiero dejarte claro que estoy enamorada de ti. Pero, no es por ti, es por nosotros; por nuestra excéntrica manera de encontrarnos, de soñarnos y de vivirnos.

Tenemos que hablar.

No creo que en este mundo —ni en otro paralelo— quede persona a la que le pongas tanto como me pones a mí.

Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De que dejes de andar sin ropa por la casa...porque estoy en peligro de excitación.

ESA MODA

Alma Nº 9

Muchas cosas no son bonitas hasta que piensas en lo bonitas que son.

Eso fue lo último que escribió mi abuela en su *poediarario*, justo antes de que apareciese yo para incordiarla con mi pregunta:

—Abuela, ¿cuál es el secreto de la felicidad?

Ella sonríe. Me hace feliz verla sonreír. Sonríe como si en su juventud le hubiese pedido salir a la felicidad, y la felicidad, por hacerla feliz, la hubiese dicho que sí.

—He vivido lo suficiente como para haber visto mil anuncios de Coca-Cola vendiéndonos la felicidad encerrada en una botella —me contesta—, cien mil frases motivadoras en pegatinas para coches, y ahora están esas tazas con mensajes súper positivos. Siempre hay alguien diciéndonos cómo debemos vivir nuestras vidas, o qué debemos hacer para ser felices.

»¿Sabes? Yo antes me creía esa... “moda” de estudiar, estudiar y estudiar, y luego trabajar, trabajar y trabajar duro. Trabajar muy duro persiguiendo mis sueños para que se cumplieran. Y lo hice.

—¿Cumpliste tus sueños? —le pregunto a mi abuela.

—No —responde esbozando una sonrisa difícil de clasificar—, sigo en la parte de trabajar duro.

»Nadie conoce la fórmula de la felicidad, ni siquiera los de Coca-Cola, por más difícil que resulte creer eso.

—Me encanta la Coca-Cola —intervengo con intención de animarla un poco.

—A mí también —me responde haciéndose cómplice de mi sonrisa—. No voy a decirte qué hacer. Solo voy a darte mi “eslogan”: puede que no tengas que perseguir tus sueños o trabajar como una loca para conseguirlos.

—¿Que no tengo que perseguir mis sueños? —pregunto—. ¿No se supone que deberías estar diciéndome todo lo contrario?

—La gente solo habla de sueños como si fuesen lo único que tenemos cuando dormimos. A veces creemos que seguimos nuestros sueños, cuando en verdad solo vamos detrás de nuestras pesadillas. Además, ¿perseguir los sueños? Dime: ¿qué harías si alguien te persiguiese como un poseso?

—No sé, ¿correr?

—¡Exacto! Tal vez los sueños corren porque no dejamos de perseguirlos.

—¿Desde cuándo eres tan profunda, abuela?

—Al final del día, persiguiendo o no, corriendo o no, trabajando como unas locas o no...nosotras no elegimos los sueños. Los sueños nos eligen a nosotras.

Se hizo silencio, como entre dos notas musicales, como entre el pulgar y el meñique, como entre un punto y aparte.

—Por cierto —dice mi abuela, con la mirada fija en el cielo—. El secreto de la

felicidad...es que la felicidad no sabe guardar un secreto.

»»Pregúntale.

Lo hice, le pregunté a la felicidad su secreto. Y desde aquel día, mi abuela comenzó a llamarme “La Mujer que le Susurraba a la Felicidad”.

Pero...

A LOS DE ATRESMEDIA

Alma Nº 10

A los de Atresmedia, y en especial a Neox:

Gracias por vuestros espacios publicitarios repentinos. No tenéis ni idea de cuántos besos he robado durante los anuncios; no tenéis ni idea de cuántos polvos he echado durante vuestros «seis minutos y volvemos»...

...Sobre todo...desde que la conocí —o más bien, desde que ella me conoció—, porque lo de conocerme a mí mismo no se me daba muy bien. Me despertaba, y no me acordaba de lo que había soñado.

Y bueno, por razones obvias, no sé cómo acaban vuestras películas. Pero las mías...siempre acaban con orgasmos... quiero decir, que acaban con un...Final Feliz.

Gracias.

#MásAnunciosEnAtresmedia

AQUÍ TE PILLO; AQUÍ TE...

Alma Nº 11

Creo que esta es la primera vez que me despierto antes de que suene el despertador. Y ahora mismo estoy jugando a no pestañear para presenciar el instante en el que los dígitos del reloj cambian de minuto.

Ya falta poco...

¡Mierda! Las seis y media —he pestañado— Paso de este juego.

—Estás raro —me dice Cloe, secuestrándome de mis pensamientos—. Desde que volviste ayer a casa...no sé, te noto ausente. ¿Pasa algo?

Hacía tiempo que no me despertaba antes que mi mujer. Me ha pillado desprevenido. No quiero contarle lo del Cáncer. Aún no. No estoy preparado, así que le miento. O más bien, omito la verdad:

—No, no pasa nada.

—¿Estás viendo a otra?

No me da tiempo a contestar cuando dibuja en su boca una sonrisa vacilante mientras mete su mano derecha en mis calzones. Me acaricia el pene. Tiene la mano cálida. Es invierno, así que ha tenido que recalentárselas antes. ¿Cuándo? No lo sé.

Mi respiración se agita, mi ritmo cardíaco se acelera. ¡Podría correr una maratón! Estoy preparado, y ella...ella no deja de mirarme, no deja de tocarme, no aparta la vista. Me siento como en uno de esos duelos del oeste. No voy a decirle la verdad, aunque no estoy seguro de si eso es lo que pretende conseguir.

Me acerco para comerle la boca y ella se aleja sutilmente; no quiere que me acerque...quiere jugar. Sus pupilas se dilatan y su mirada se desvía a mis labios cada medio segundo. Se excita, y a mí me excita aún más que se excite por mí. No deja de mirarme y tampoco deja de tocarme el pene. A cada centímetro su masaje tiene más recorrido, y eso hace que se pierda en un lento parpadeo, se muerda el labio y exhale aire tibio en una veloz convulsión.

Me gusta su confianza, su seguridad...esa forma tan salvaje de no pedir permiso y tomar lo que por derecho, ante Dios y ante las sábanas, es suyo: mi cuerpo.

Con un lento movimiento, agarra mi mano derecha y la mete en sus bragas. La presión de sus dedos abrazando mi muñeca me indica que ella quiere llevar la batuta: está mandona. Está húmeda, lo noto al adentrarme en sus dominios: el microclima que reina desde su pelvis hasta su vagina es como un desierto con lluvia; sus bragas de lencería ayudan a mantener ese *su* efecto invernadero de dejar entrar, pero no dejar salir. Mi corazón *palpita* acompañado de mi anular en el interior de su vagina. Ahora mismo son los dedos más felices del mundo.

Pinto sus paredes con mis nudillos; balanceo mis dedos hacia dentro y hacia fuera y su palma sobre mi mano controla el ritmo, el tempo...y el tiempo se detiene cada vez que cierra los ojos en una convulsión. Lo nota, sí, lo nota y sus gemidos en *SÍ* mayor dan la nota...me marcan el camino.

Mi dedo índice se une sin previo aviso a la fiesta y ella gime...y yo sonrío. «¿Ahora quién manda?», pienso y expreso mi soberbia satisfacción apretando los músculos de la boca.

Su ritmo acariciando mi pene es cada vez más irregular; se está centrando en sí misma. ¡Bien!

Con un rápido movimiento se coloca encima de mí. Su mirada...su mirada me dice que hay algo en mí que le hace querer hacer cosas que no debería hacer. Reconozco esa mirada, es como la de la primera vez, cuando perdimos la virginidad. Yo inexperto y ella llena de miedos y evangelios, rebelándose por primera vez contra todo lo que hasta en aquel momento sus padres y sus creencias le habían prohibido.

Se saca la parte de arriba del pijama; no lleva sujetador. Me pide que haga lo mismo solo con la mirada y cumplo con su petición. Hace frío, tiritito disimuladamente, pero ella se da cuenta, me conoce, sabe que soy muy friolero. Coloca sus palmas sobre mi pecho para calentarme –en todos los sentidos de la palabra– y me dice:

—Aquí te pillo.

—Aquí te vivo —contesto.

Es una de nuestras muchas cosas. La frase “aquí te pillo, aquí te mato” le parecía demasiado obscena y decidimos modificarla...hacerla más bonita.

Aun habiéndose separado de sus padres extremadamente devotos a los cultos religiosos de la iglesia católica y a las enseñanzas de la Biblia, Cloe seguía siendo creyente e iba los domingos a misa. Parte del odio –¿odio?– sí, odio. Parte del odio que me tienen sus padres se debe a que no creo en Dios. Bueno, creo en algo, pero no en la iglesia ni en las religiones, y creo que eso les molesta mucho más que mi “situación económica”.

Cloe se ata una improvisada coleta con su propio pelo. Al recogerse la melena su cara queda totalmente desnuda. Es guapa, su belleza me hace pensar y eso hace que sea aún más preciosa. Acaricio su cuerpo con mi mano, paseando mis dedos desde su cuello hasta su ombligo. Su cuerpo es como un texto lleno de comas y puntos suspensivos que hay que aprobar. Sus tensos pezones se ven suspendidos al vacío sobre sus tetas que pretendo probar.

Hago un vano esfuerzo por incorporarme, y ella me empuja contra la cama, se acerca a mí lentamente, me besa, aparta su boca hasta mi oreja y me susurra:

—Fóllame.

Desvío la mirada al serpentear el cuello como reacción a la excitante demanda de Cloe, y veo cómo los dígitos del reloj cambian de minuto: de las 07:01 a las 07:02.

¿Serendipia?

—Cariño.

—Sí, dime —me gime.

—Tengo Cáncer.

INCENDIO

Alma N° 12

Tú: escalofríos; tú, escalando mi espalda con tus dedos; tú, trepando los poros de mi ser...y los de mi piel también.

Tú: accidente; tus manos *tocando mis rodillas*; tus labios, chocando con cada una de mis curvas. Tu lengua a oscuras en mi cuerpo, sin miedo a caer en mi ombligo, o a perderse en el fondo de mi corazón.

Tú: deshielo; tus dientes en mi cuello mordiéndome un beso; tú, haciendo tuyos mis pechos y mi pecho: agitando mi respiración. Tu aliento empañando cada kilómetro de mi cuerpo. Te conoces a la perfección mis atajos...pero siempre has sido de elegir el camino más largo; de hacerme esperar, de convulsionar mi cuerpo besándome desde el final hasta el principio de mis piernas. En fin: tus dedos en mi vagina haciéndome pensar que soy la responsable del calentamiento global.

Tú: fuego; nunca pensé que un incendio en mi piel sería tan húmedo...nunca pensé que tendría tantas ganas de quemarme.

EL Guardián

Alma Nº 13

Un brindis: ¡Por esos cuentos de antes de despertar!

Érase una vez, una princesa encerrada en una torre; custodiada por un feroz dragón. La princesa era joven y bella, y, aguardaba, por exigencia de sus padres, la llegada de un hermoso, valiente y adinerado caballero.

Los años pasaban y el caballero no llegaba. Pero a la bella princesa nunca nada le faltaba, ni calor en invierno, ni extensas charlas, pues el dragón escupía fuego y también hablaba.

Una mañana, la princesa parecía triste y cansada, y el dragón preocupado, le preguntó qué le pasaba.

—Estoy harta de estar aquí prisionera —dijo la princesa—. Llevo varios años encerrada en esta torre. Salgamos. Tú tienes alas y puedes volar. Ya no tienes que vigilarme y esperar a que llegue un caballero capaz de vencerte.

—Lo siento princesa —respondió el dragón apenado—. Durante siglos mi labor ha sido la de derrotar a todo aquel que viniese en busca de la damisela que me tocara custodiar. No sé hacer otra cosa.

—¡Pero tienes unas enormes alas! —replicó la princesa—. Podemos volar. Me subiré a tu lomo. No le tengo miedo a las alturas.

—¡No sé volar! —chilló el dragón enfurecido—. No sé volar, princesa.

—Entonces, ¿no soy yo más prisionera de esta torre que tú de tu condición? —se cuestionó la princesa—. Entonces, no soy más prisionera de mi situación que tú de tus alas —afirmó.

—Yo solo soy prisionero porque sólo, soy nada. Tu presencia me libera de la libertad de pensar...de decidir. Ser esclavo de mi condición me da un propósito, princesa. Yo solo sé custodiar damiselas y matar caballeros.

—Y dígame, señor dragón, ¿sabe usted algo sobre el amor?

El dragón no respondió; resopló vapor por sus enormes fosas nasales y se acurrucó entre su enorme cola y sus alas escamadas.

Pasó el tiempo y el tiempo pasó, y casi cuando ya no quedaba tiempo, un caballero llegó. Y el dragón que ya estaba ansioso, al olerlo se levantó. Pero al acudir a la afrenta, al caballero muerto encontró; pues la princesa, su propio arpón en el pecho le clavó.

—¿Qué ha hecho, princesa? —interrogó el dragón.

—Liberarte de tu libertad y liberarme de mi esclavitud —respondió la princesa—. Nos he liberado de nuestra condición. Yo ya no aguardo ningún caballero y tú ya no tienes que custodiarme ni matar a nadie.

—Princesa, no lo entiendes —replicó el dragón aterrado.

La princesa agarró la espada, el escudo y la armadura del caballero y las vistió.

—Ya no soy una princesa, querido dragón —dijo la princesa—, ahora soy mi

propio caballero...mi salvadora. Ven conmigo, dragón.

—¿Por qué has hecho esto por mí? —preguntó el dragón con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque estoy enamorada de ti. Ven conmigo.

—Lo siento, no puedo ir, princesa.

—¿Acaso no me amas?

—Ya se lo dije una vez: no sé hacer otra cosa.

—En ese caso, a mi pesar, me iré sin ti.

El dragón pegó un saltó y se interpuso entre la puerta y la princesa.

—¿Qué haces, dragón?

—Mi condición es de aguardar a la princesa y batallar a quien sea que intente salvarla.

—Pero yo ya no soy la princesa.

—Así es. Ahora eres quien viene a salvarla. Lo siento, amada mía...preparad vuestra espada.

De la razón al amor

Alma N° 14

El amor tiene razones que la razón no entiende.

Pero con razón, eso es porque el amor vive del corazón y la razón no tiene.

Querido amor. Te escribo para decirte que he decidido aprenderte. Voy a dejar de tocarte los huevos, y de intentar controlar tu lado del cerebro.

Quiero saber qué te motiva. Cuáles son tus sueños y tus metas. Y de paso, por qué cojones no me dejas dormir desguazando pétalos de rosas.

Disculpa mi lenguaje.

Quiero saber cómo funcionas. Cómo ríes, cómo lloras, cómo amas y también cómo follas. Bueno, bueno, cómo haces el amor, según tú.

Querido amor, todo este tiempo tú tenías razón. Pero por favor, vayamos de la mano cuando se trate del corazón...que tú solo...la cagas.

P.D.: Retiro eso que dije el otro día. Lo de que el amor tiene razones que la razón no entiende...porque el amor es gilipollas.

UN TE QUIERO POR RESPUESTA

Alma N° 15

Amar es una ciencia, y un “te quiero” es solo una hipótesis.

Escucha. Puede que te parezca algo chula, pero solo digo lo que pienso.

Soy tan *inestablemente emocional como mi reproductor de música en modo aleatorio*. Así soy yo, confío en mí misma y soy excéntricamente única, como un día de lluvia con nubes grises y cielo tapado; como ese azul que demuestra que no todas las estrellas están arriba, porque yo soy una, y estoy abajo.

Así soy. Soy una chica de mundo con antenas de extraterrestre. Tengo tantos besos que decir, y no me muerdo la lengua al hablarlos, al darlos, al besarlos...así, como si mi boca fuera París. Así soy. Tan bella como bestia, tan *Mona*, tan *Lisa*, tan príncipe y tan princesa.

Amar es una ciencia, y decir te quiero es una hipótesis, un problema que se ha de someter a comprobación. Es por eso que no acepto un “te quiero” como respuesta. ¡Demuéstramelo!

Y señores, ranas que os hacéis pasar por príncipes. Soy una chica normal y corriente —dentro de lo que cabe—. No soy una antisistema, solo soy un error de él, soy esa calculadora a la que le hacen sumar dos más dos...y antes de contestar “cuatro”, pregunta el porqué.

UNA IDEA ABSURDA

Alma N° 16

Después de casi seis años, regresé a la que era mi casa. Y cuando tuve la oportunidad, me escapé al piso de arriba para encerrarme en la que fue, no, en la que es mi habitación; porque una habitación nunca deja de pertenecerle a su dueño inicial.

Caminé hasta la pequeña ventana que se escondía tras las cortinas. Me acuerdo, sí, me acuerdo; una diminuta sonrisa, de esas que solo eran para mí, se pintó en mis labios en el momento en el que vi la luna. Era mi primera noche en Malabo después de casi cinco años.

Me quedé un rato observando la luna, recordando que de pequeño me decía a mí mismo, que era posible que a la luna y al sol no les gustasen del todo sus trabajos. Y que de vez en cuando, sentían el deseo de turnarse para que el sol pudiese disfrutar de la noche y sus secretos, y que la luna pudiese sentir la mañana y el despertar de las flores. Una idea imposible quizá, pero absurdamente preciosa, ¿verdad?

MAMÁ

Alma N° 17

Iba, casi sin ir a ninguna parte, con la mirada perdida. A ratos contando los kilómetros de la carretera; a ratos pensando en el cabrón de mi ex, Brandon:

Brandon. Pero si hasta es un nombre de cabrón: Brandon. Seguro que todos los Brandon son unos cabrones. ¿Que a cuántos he conocido? Pues a uno solo, pero eso es como un cien por ciento en probabilidad, ¿no?

Me encontraba, después de perdida, a ratos, como en aquel preciso instante, guiñándole un ojo al sol de las dos de la tarde, con el pulgar en alto y la lengua fuera.

—No puedes tapar el sol con un solo dedo —me dijo mi madre, igual de pendiente de mí que de la carretera—. Pero el sol tampoco puede taparte con un solo dedo —añadió.

—El sol es mucho más grande que yo...y que tú...y que toda la tierra —repliqué algo confusa. Sabía que mi madre tendría alguna respuesta ingeniosa.

—Es verdad, el sol es más grande que nosotras —respondió esbozando una animada sonrisa—, pero el sol no tiene dedos.

Al instante se me ocurrieron mil maneras de responderle e iniciar un debate de esos que no tendrían fin. Pero no lo hice. Tuvo gracia. Y nos reímos a carcajadas.

Y hoy, después de tantos años, me alegro de haber disfrutado de ese último instante con mi madre. De haber disfrutado de su pésimo —y de algún modo filosófico— sentido del humor.

Me alegro de acordarme de todas sus enseñanzas:

De cuando me enseñó que el talento solo es algo que a una le hace mediocre; que tenía que esforzarme para cumplir mis objetivos. Pero al mismo tiempo, que salir todos los días a comerse el mundo podía provocar indigestión.

Me acuerdo de cuando le retaba a llevarme una paliza. Sobre todo, cuando iba a jugar a fútbol con los zapatos de ir a misa.

Me acuerdo de que me nombró copropietaria de su destino y copilota de su alma.

Y también, ahora que soy la madre de su nieta, entiendo por qué me dijo que «las mujeres duermen como madres, pero que sueñan como hijas».

Mamá, me acuerdo de que dijiste que “soñar era gratis” ...pero el precio lo pago cuando me despierto...cuando me despierto y no estás conmigo.

Mamá, me acuerdo de tu frase estrella —la que aplico todos los días de mi vida—. Decías:

«Por seguridad, amor, mantener siempre dentro del alcance de los hijos».

EL NIÑO EN EL ESPEJO

Alma N° 18

Me tiembla el pulso, intento escribir la última página de este diario y no puedo. Escucho el “adiós” con el que me despide el viejo motor del coche de tu padre.

Lo sé, eres mi amiga desde el jardín de infancia. Fuiste la primera en invitarme a una taza de té imaginario. Y aunque lo primero que pensé fue que debías limpiar mejor tus juguetes... acepté.

Y veinte años después, sigo aceptando.

Sigo aceptando ver cómo te llevas el pelo por detrás de la oreja izquierda, desnudando tu cara; ver cómo te muerdes la comisura del labio superior y anhelar morderte el de abajo, perdón, quiero decir, el inferior.

Sigo aceptando que llores en mis hombros y folles con otros, conocer todos tus secretos, tus debilidades (sé exactamente dónde y cómo tocarte).

Ahora sigo aceptando verte solo en agosto; cómo "tomas la lluvia y te bañas bajo el sol".

Sigo aceptando, a consejo del reflejo del niño en el espejo, ser tu amigo, y no decirte que te amo.

—Te amo —susurro para la lágrima que cae sobre mi diario.

CASAS DE LEGO Y ARMARIOS DEL IKEA

Alma N° 19

Tú y yo.

En verdad le quitaría esa /y/ que ya nos separa más de la intención con la que quiero hablar de ti y de mí. Pero bueno, en honor a lo “*escríitamente*” correcto: tú y yo.

Tú y yo, inmersos en una conversación. Amándonos con palabras. Tú y yo, desmontando el cosmos pieza a pieza, separándolo por colores y formas. Tú y yo, montando el universo a nuestro antojo.

Tú y yo. Así de sencillos y complicados: como casas de LEGO y armarios del IKEA.

TENTACIÓN

Alma Nº 20

A veces, caigo en la tentación y, vuelvo a creer en Dios.

No sé cuándo dejé de creer en Él. Aunque es muy probable que haya sido después de que dejara morir a mi hija.

Como madre...no sé. Perdonad. Todavía me cuesta hablar de ella en voz alta.

Mi hija era...mi hija, tenía dieciséis años cuando...nos dejó. Como madre...no tengo ni la más mínima idea de cómo fue posible...que de una persona como yo...saliese una niña como ella. Os juro...os juro que no tiene ningún sentido. Mi hija...es...mi hija era...

...Mi hija era dulce. Increíblemente buena. Gentil. Mi hija era gentil. Tenía...tenía una amabilidad que no era normal.

Mi hija era impresionante. Muchas veces...me quedaba minutos parada, mirándola reaccionar a las cosas más banales del mundo como si fueran cosas extraordinarias. Observaba el sol como si al día siguiente el sol dejaría de estar ahí. Leía en voz alta bajo la luz de la luna como si la luna pudiese entenderla. No tenía amigos imaginarios, pero de alguna forma, era como si la imaginación la tuviera a ella. Y decía que la lluvia era su peor enemiga porque siempre que se bañaba en ella, pillaba un terrible resfriado. Pero lo más loco, fue que nunca dejó de bañarse bajo la lluvia, porque decía que algún día llegarían a ser buenas amigas. Lamentablemente, esa es una amistad que no tendré la oportunidad de disfrutar.

...En serio, joder...todavía me pregunto qué era capaz de ver con esos enormes ojos verdes que yo no podía ver. Todavía necesito que alguien me explique —¡por favor!— cómo *demonios* fue posible que de una madre como yo...saliera una hija como mi Lucía.

Perdonad las lágrimas. Pero...

...Mi hija era...indescriptiblemente indestructible.

Preciosa. Exageradamente bella.

Y puede que tenga que ver con que mi nombre sea Júpiter, pero mi hija no era de este mundo. Y es por eso, que al irse, espero que se haya ido al mundo al que pertenece.

Mi hija era como...*una chica de mundo, pero con antenas de extraterrestre.*

Gracias por dejarme compartir con vosotros, por enésima vez, la historia de mi hija. Como ya sabéis, esta es mi última reunión con vosotros. Ya sabéis que mi objetivo era cumplir dieciséis meses sobria... ¡Y lo he conseguido!

A veces, caigo en la tentación y, vuelvo a creer en Dios. Vuelvo a creer que él tiene un plan para todos. Y todavía no le perdono que haya dejado morir a mi pequeña Lucía. Pero todos los días le doy las gracias por haber permitido que Elizabeth, mi otra hija, se salvase en aquel accidente.

A veces, caigo en la tentación y, vuelvo a creer en Dios. Y le pido:

«Que me dé la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar; el coraje para cambiar las cosas que puedo, y la sabiduría para poder diferenciarlas».

HORAS

Alma N° 21

Nunca es demasiado tarde para vivir. La vida no tiene horarios.

El anciano, cansado de verlas pasar una y mil veces como si nada, las detuvo, tomo aire, y...

—¿A dónde vais? —les preguntó el anciano a las horas.

—No entendemos —respondieron ellas extrañadas.

—Nada, es solo curiosidad —dijo el anciano—, porque nunca dejáis de pasar por aquí, y uno nunca sabe a dónde vais.

YO, DIOS Y EL LEÓN DE NARNIA

Alma Nº 22

Y después de dar vueltas sobre el mismo tema, al final, el taxista, decidió hacerme la pregunta:

—¿Y tú, muchacho? ¿Crees en Dios?

Y yo, que ya tenía mi respuesta preparada, le contesté:

—Yo creo en las personas. A veces creo en Dios, cuando me conviene, sobre todo. Pero creo más en las personas.

»Creo en usted. Creo en su capacidad y en su experiencia como taxista para hacernos llegar con vida a nuestras casas...aun con los ojos tapados. Supongo que usted se taparía los ojos porque siente que su Dios le guiará. Pues yo creo en que sí le guiará. Es una cadena: usted con Dios y yo con usted.

—Entonces, sí que crees en Dios de alguna manera.

—Creer en las personas implica creer en lo que ellas creen. Así que... dependiendo de la persona en la que crea, creeré en Alá, en Buda, en la naturaleza, en el universo, en los unicornios o en el mismísimo Aslan.

—¿Quién es ese?

—El león de Narnia.

De puta madre

Alma N° 23

Todo el mundo pensaba que los fines de semana me volvían loco por las fiestas que montábamos por las noches. Pero no. Los fines de semana me volvían loco por las mañanas, por sus mañanas —las de Elizabeth—.

Me encantaba cuando cantaba y se marcaba un concierto durante las largas duchas al no tener prisa por ir a ninguna parte; compilando canciones una detrás de otra sin transición, modulando su voz al ritmo y al tempo que marcaba el agua caliente que se enfriaba intermitentemente por la maldita vieja caldera de gas.

Y lo más bonito de todo, era que me dejaba muy de vez en cuando subirme al plato de la ducha con ella, cerrar la mamparra, usar el *duchamófono* intentando no tragarme el agua; acariciarla, besarla, tocarla; que ella me bañase, y yo bañarla.

Eran tan hermosos, los decibelios chocando con los azulejos. Aunque no me acuerdo de qué canción de Juan Luis Guerra incluía gemidos.

En fin. Ya ni diferenciaba entre si cantábamos o hacíamos el amor. Pero la verdad...es que sonábamos de puta madre.

LA MUJER METEORITO Y EL TIEMPO

Alma N° 24

La Mujer Meteorito, en su camino a visitar la tierra, se encontró con el Tiempo. Era la oportunidad de su vida. La ocasión perfecta para tener una conversación que seguro nunca olvidaría.

—¿Nunca te has preguntado por qué son más importantes las horas puntuales? —le preguntó La Mujer Meteorito al Tiempo, que estaba sentado al otro lado del pasillo, o del universo.

El Tiempo quedó sorprendido. No la vio llegar en ningún momento, pero por su pose, parecía que llevaba allí —en el universo—, sentada el mismo rato que él.

El Tiempo tenía los pies recogidos sobre el cosmos, y miraba fijamente a un reloj de pie de color azul y manchas verdes y blancas.

—No sé —continuó hablando La Mujer Meteorito—, es como si todas las cosas importantes solo ocurrieran en las horas “nombradas”. —Miró al Tiempo, como para saber si le estaba haciendo caso, y reparó en que sí, gozaba de toda la atención del Tiempo y de todo el tiempo del mundo para hablar.

—Es algo raro, si una se detiene a pensar en ello —siguió hablando—. Los horarios...personales o profesionales, como los de clase, por ejemplo; o como cuando tienes una cita; o como los programas de la televisión —se explicó con dificultad, como si no esperase que al Tiempo le interesase lo que estaba contando. Era la primera vez que alguien hacía caso a sus extraños pensamientos, y no sabía muy bien cómo lidiar con la situación.

—Es verdad —contestó el Tiempo—. Es como si las otras horas no importasen. Nadie queda a las doce y un minuto o a las cinco y trece. Todo se reduce a las horas: en punto; y cinco; y diez; y cuarto; y veinte; y media.

—¡Exacto! —dijo La Mujer Meteorito—. Es como si los minutos entre el uno y el cuatro y el seis y el nueve no existieran —añadió, más segura de sí misma.

—De hecho, se utiliza la expresión “y media pasadas” o “y cuarto pasadas” para referirse a uno de esos olvidados minutos —prosiguió el Tiempo.

Y se hizo silencio durante unos segundos. Parecía que los dos estaban asimilando lo que acababan de explicarse mutuamente.

—Menuda pérdida de tiempo —concluyeron los dos.

Pero La Mujer Meteorito, disfrutando de la compañía del Tiempo, siguió:

—Tengo otra pregunta.

—Te la responderé, con la condición de que tú luego me respondas a mí.

La Mujer Meteorito aceptó y preguntó:

—¿Por qué se leen las horas?

—Cada segundo es una frase —respondió el Tiempo—, cada minuto es una página, cada hora es un libro...porque el tiempo, en sí, es una historia. Por eso se leen las horas del reloj, por eso se lee la vida. Vive tu tiempo, escribe tu historia y lee tu

vida. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Vive —añadió como si fuese un consejo, pero al mismo tiempo, una disculpa.

La Mujer Meteorito agradeció con una sonrisa la respuesta del Tiempo. Y luego dijo:

—De acuerdo. ¿Cuál es tu pregunta?

El Tiempo no se tomó su tiempo antes de responder, y con voz de ya conocer la respuesta que recibiría, le preguntó a La Mujer Meteorito:

—¿A dónde vas?

—A destruir la Tierra —respondió.

LOS DOMINGOS

Alma Nº 25

A veces, el mundo, es el peor lugar del mundo.

Esta es una historia real, y no hay mejor forma de contarla, más que narrarla tal y cómo ocurrió:

Era domingo y me sentía solo. No había libro en mi estantería que no me hubiese leído ni temporada de Juego de Tronos que no hubiese visto. Mi móvil se moría de asco. Ni una llamada de mi madre para saber si había comido, ni un SMS de los de Vodafone exigiéndome que haga una recarga, ni un Gmail con Spam, ni un meme del gracioso del grupo del WhatsApp...nada.

Me sentía verdaderamente solo. Pero, era posible que no fuese el único que se sintiese así en ese preciso instante. Y bueno, recordé la bronca que me echó mi mejor amigo quejándose de que era poco comunicativo. Así que... yo, que era de esas personas que nunca iniciaban una conversación por el WhatsApp, decidí enviarles este mensaje a prácticamente todos mis contactos:

De Daniel.

Este no es un mensaje en cadena de esos. Soy yo, Dani. Bueno, solo quería darte las gracias por formar parte de mi vida. Este “estúpido” mensaje es para recordarte que el mundo es una gran mierda. Un lugar hostil, peligroso, injusto, solitario. *A veces, el mundo, es simplemente el peor lugar del mundo.* En fin, me estoy poniendo algo dramático, ja, ja, ja, ja. ¿Por qué tengo que pasar por todo eso simplemente para decir que te amo? Bah. Ese es el mensaje. Que, en el lugar más peligroso del mundo, tú estás conmigo, y te amo por ello. Aunque evidentemente no te lo diga todo el rato, ja, ja, ja, ja. Te amo. Gracias por formar parte de mi vida. Te amo. No te vayas nunca. Te amo. Cada vez me es más fácil decirlo. Te amo, te amo, te amo.... ¡TE AMO! Y deseo desde lo más profundo de mi corazón que tengas un feliz domingo y una larga vida. Te amo...de verdad que te amo, aunque no te lo diga todos los días.

Y la ola de respuestas que siguió a ese mensaje me dejó completamente alucinado. Sabía que era una persona querida, pero...os juro que en mi vida me había emocionado tanto.

Primero llegaron los mensajes *chorras* de mis amigos preguntándome —y he de admitir que justificadamente— si me estaba muriendo. La respuesta más graciosa vino de mi mejor amigo Brandon, que me escribió:

De Brandon.

¡No tío, no lo hagas, te queremos! Ja, ja, ja. Déjate de tonterías empalagosas.

P.D.: Veo que has seguido mi consejo. Muy bien.

P.D. de la P.D.: Yo también te amo.

Pero lo mejor de todo, fueron las respuestas de las personas que aquel domingo, igual que yo, estaban teniendo un día completamente solitario y no se atrevían a dar el primer paso. Me di cuenta de que las personas no somos tan distintas; de que *nos une mucho más nuestra manera de sufrir que nuestra manera de amar*.

Y bueno, aunque sigo siendo de poco escribir, desde aquel día, me cojo una hora en los domingos para escribirle a la gente que me importa. Y para disculparme por no haber sido más comunicativo con todos mis seres queridos que ya se han ido. Porque ahora, solo pienso lo triste que es, que en el cielo...no se acepten llamadas a cobro revertido.

TE AMO

Alma N° 26

¿Qué harías si te fueras a morir mañana?

Siempre he odiado esa pregunta. Y nunca he conocido a nadie capaz de contestarla con “asertividad”, o con sinceridad. Y la verdad es que no me excluyo a mí misma. Pero hoy...hoy creo que sí soy capaz de responder con la verdad. Porque sé que es imposible que me vaya a morir mañana. Voy a morir hoy.

Hoy quiero dejar de existir.

Hoy hace más de seis meses que no tengo una conversación de verdad con nadie. Hoy hace más de seis meses que no recibo un “hola, ¿cómo estás?”, un “¿cómo te va?”.

Hoy hace más de tres años que nadie me saluda con dos besos.

Hoy hace más de cinco años, que nadie me regala un “te echo de menos”.

Hoy hace una vida entera, que nadie me dice “te quiero”.

Hoy estoy cansada de sentir que me asfixio; que el mundo se hace cada vez más grande y yo me achico. Hoy estoy destrozada, por dentro y por fuera. Estoy exhausta de darme otra oportunidad, agotada de dejarlo para mañana. Hoy estoy fatigada de tener esperanza. Hoy se vacía mi caja de pandora.

Hoy mi vida no tiene ningún sentido. Hoy no tengo miedo. Hoy mi corazón no tiene latidos...hoy, está vacío.

Dicen que el suicidio es una solución permanente para un problema temporal. Y yo ya me cansé de esperar. Me cansé de llorar. Me mata más seguir viva y saber que mi muerte a nadie le va a importar...que todo seguirá igual. Así que, ya que no tengo el control de mi vida...al menos, tendré el control de mi muerte.

Me vibra el móvil. Tengo las pastillas en una mano y el vaso con agua del grifo en la otra.

No quiero morir. Esto es un grito de auxilio. No quiero morir, pero estoy tan dolida y desesperada que me lleno de orgullo. He tomado una decisión y debo cumplirla. No soy una cobarde.

La pantalla se ilumina. Es un WhatsApp.

Trago saliva. Y aunque fuese de orgullo, me doy cuenta de que estoy llena de algo...siento algo...estoy viva. Saber que no se trata de un SMS de la compañía telefónica, sino de un mensaje de una persona REAL, disipa poco a poco la niebla que ciega mi mente.

Dejo el vaso de agua y las pastillas, y después de debatirlo con mis demonios, abro el mensaje.

De Daniel.

Este no es un mensaje en cadena de esos. Soy yo, Dani. Bueno, solo quería darte las gracias por formar parte de mi vida...

Al parecer, alguien quiere que siga viva. A alguien, hoy, el corazón también le hace daño. Pues, querido alguien, Daniel:

De Elizabeth.

Te amo.

SI HAY ALGO QUE NO SE OLVIDA

Alma N° 27

Y después de haber vivido tanto, tanto y a veces tan poco, a sus 89 años, el anciano charlatán, recordando su juventud al ver su reflejo en un espejo roto que le «sentaba» como la seda y le ponía «de pie» como la soberbia...se dijo a sí mismo, es decir, a su yo del reflejo, a su yo joven, a su pasado:

“Que los pelos que no tienes en la lengua nunca te crezcan en el corazón. Nunca pares de bailar, aun cuando la música no suene. Nunca dejes de besar aun cuando tus labios se sequen. Porque si hay algo en este mundo que no se olvida...son los bailes de salón y los besos con lengua”.

REPÚBLICA INDEPENDIENTE DEL AMOR

Alma N° 28

(A)cogí mi *independencia* hace aproximadamente un año y medio.

Me sobrecojo de tristeza cuando veo, escucho, o leo a las personas que dicen o que escriben a su amado o amada con la frase: *eres mi adicción*.

El amor no es una adicción. O al menos, creedme cuando os digo que no queréis que lo sea. No sería nada sano necesitar a una persona hasta el punto de vender tu alma por ella...hasta el límite de dejar de amarte a ti mismo...de perderte solo por complacer a la otra persona.

El amor no es una adicción. El amor es todo aquello que tiene que ver con la capacidad de amarte a ti primero, y luego amar a los demás con la misma pasión con la que te amas. El amor es empatía. El amor es todo lo que uno quiera, siempre que lo quiera y no lo necesite. El amor es llevarle la contraria a Alex Ubago y cantar: *me vivo, por conocerte*. El amor es ese “*sí que puedo vivir sin ti, pero no quiero*” del libro de Espinosa.

Yo superé mi adicción. Así que...sean bienvenidos a mi alma; hagan turismo por mi corazón; paseen con libertad por mi mente...sean bienvenidos, a la República Independiente del Amor.

SOL(EDAD) LA EDAD DEL SOL

Alma N° 29

Es un hecho. El sol tiene los mismos años que la soledad.

—Ya no puedo seguir así —le dijo el sol al Universo—. Lo doy todo por ellos y nadie da nada por mí. Universo, ya no puedo más. Me quiero morir.

—Si quieres morir, enamórate —le respondió el Universo—. Ama. Nacer para morir es un suicidio sin elección; no es libertad, mi querido sol. Yo que tú... elegiría ser libre, elegiría enamorarme...elegiría ser asesinado por la compañía de otro corazón...Querido sol, ¡estréllate!

Y fue en ese momento, cuando el sol decidió dejar de estar solo; decidió dejar marchar a la soledad.

Y la soledad, —la muy cabrona— encontró en la humanidad, a su más fiel compañera.

LA DIFERENCIA ENTRE

Alma Nº 30

Y yo, yo que estaba acostumbrada a dormir sola y despertarme acompañada de mí misma. Y yo, yo que estaba acostumbrada a mis bostezos que se comían los 40 *silencios* cuadrados de mi habitación. Sí, el apartamento cuesta un ojo de la cara, pero me lo puedo permitir, y mi diafragma también.

Y yo, yo que estaba acostumbrada a mis manías, a mis T.O.C. (Trastornos Obsesivos *Conmigo*): mis buenos días, días, días; mis siete alarmas; zapear intermitentemente entre los informativos de La Uno y los dibujos animados de Clan. No soy ni demasiado adulta como para no ver dibujos, ni demasiado cínica como para no preocuparme por cómo va la tasa de parados, el IBEX 35, o los abdominales de Cristiano Ronaldo.

Y yo, yo que estaba acostumbrada a mis duchas, a mis conciertos, y a tardar algún que otro minuto más en los fines de semana...yo me entiendo. Yo, acostumbrada a mis rutinas, a mirarme a mí misma en el espejo y que *Mi Misma*, que es así como llamo a mi reflejo, me mire a mí. No soy llamativamente guapa...me daría un cinco...pero de Chanel. A demás, se supone que la belleza está en el interior...y mis bragas de encaje son las más hermosas del mundo.

Y tú, no, perdonad, quiero decir, yo. Y yo, yo que estaba acostumbrada a mis desayunos, a los rumores de las napolitanas en mi boca, a hacer deporte saltándome la dieta; a mis limonadas –ya sabéis–, a veces la vida es algo hija de puta.

Y tú, ¡mierda!, otra vez no. Yo, quiero decir...yo. Yo que estaba acostumbrada a subirme sola la cremallera de los vestidos; a no preguntar: “¿cómo me queda?”; acostumbrada a no olvidarme las llaves; acostumbrada a no esperar un “¿cómo estás princesa?” o un “¿qué tal la mañana?”; acostumbrada a que no me espere nadie en casa.

Y tú, ¡joder! ¡Si, tú! Yo que estaba acostumbrada a salir a la calle para comerme el mundo, aquel día, *Tú* tenías que estar en el menú.

Y...yo que aprendí a acostumbrarme a estar sola después de la muerte de mi marido y mi hijo. Y yo que aprendí a jurarme que no volvería a enamorarme, que no volvería a querer a nadie como los quise a ellos, y mucho menos como los sigo queriendo...

Y yo que creía que jamás volvería a querer; y tú que pensabas que jamás te querría. Mírame ahora...acostumbrada a querer...acostumbrada a amar de nuevo.

La diferencia entre mi yo de antes y mi yo de ahora, no eres tú. La diferencia está en que he aprendido que acostumbrarse no es otra forma de morir...lo que te mata, es aquello a lo que te acostumbras. Y ahora sí, aquí entras tú, es decir, yo.

...Y yo...yo me he acostumbrado a ti...me he acostumbrado a vivir.

FOLLAR

Alma Nº 31

Son las cinco de la mañana y no me esperaba tu invitación. Hoy ha sido un día bien jodido, pero prefiero cuando me jodes tú a cuando me jode el mundo. Así que acepto...voy.

No tardo más de 10 minutos en llegar. Ya sabes que no me gusta hacerte esperar. Llamo a la puerta y tú...llamas mi atención cautivándome con la desnudez de tus piernas. Lo siento, hablaría de tu sonrisa pícara, pero esa camisa del Zara que me regalaste para luego quedártela te sienta tan bien; ese corte que solo deja ver un treinta por ciento de tus nalgas.

No hablas, me pones nervioso cuando no hablas. Solo sonríes; sonríes como cuando sabes algo que yo no sé; como cuando te estás imaginando las cosas que nos vamos a hacer.

Me coges de la mano, atravesamos tu salón, yo piso fuerte, pero tú vas de puntillas. Me da un poco igual despertar a tus compañeras de piso...de todos modos ya me odian por la última vez ¡Joder, la última vez! ¿Te acuerdas?

Abres la puerta de tu cuarto y, no sé por qué, pero pretendes ahogar el chirrido de las bisagras apretándome la mano.

No hablas, me miras, pero no hablas. Te muerdes el labio inferior y te hieres una sonrisa —otra más—, y yo solo deseo besar tus cicatrices. Ya sabes qué quieres hacer, pero te tomas tu tiempo; tu respiración se agita, pero te tomas tu tiempo; tus pupilas se dilatan, pero te tomas tu tiempo; tu corazón se acelera, pero te tomas tu tiempo...que arte tienes tomándote tu tiempo. Por favor, toma algo del mío.

Un 39. Un 39 es la distancia que separa tu boca de mi boca. Lo sé por la ecuación resultante de tus calzados, tus pies en puntillas y mi estupidez. Tu cálido aliento saluda a cada uno de los poros de mi cara...*Me pones la tez de punta.*

Me besas y me arrinconas: entre tu boca y la pared; entre tu silencio y lo que tienes intención de hacer; entre lo viejo de ti, y joder...entre todo lo que de ti aún no sé. Quién fue ese que dijo que daría todo lo que sabe por la mitad de lo que ignora, porque me apunto a esa filosofía: ¡ENSEÑAME!

Cierro los ojos en un dilatado parpadeo por eso que haces en mi cuello con tu lengua, y como por arte de magia desapareces. Desabrochas mis pantalones, y me vistes con tu saliva...con tus “de vez en cuando”. De vez en cuando en tu boca; de vez en cuando en tus manos; de vez en cuando arriba y de vez en cuando abajo; de vez en cuando hasta tu garganta; de vez en cuando en tus labios.

Y cuando vuelves a aparecer...

En medio de la oscuridad nos dirigimos a tu cama. Tú me lees como leen los ciegos y yo me pierdo entre las yemas de tus dedos y las líneas de tus palmas; tú me buscas y yo me encuentro en tus bragas —son las azules— me conozco cada uno de los bordados de su lencería; cada una de sus esquinas; y el puente de fibra *ciega* que

me lleva hasta tus nalgas.

Te tumbas, caes sobre la cama y me arrastras contigo. Tú quedas bocarriba; yo quedo bocabajo; y quedamos tanto que se convierte en una cita improvisada, ¿Qué hay más hermoso que quedar contigo? Nos comemos en un beso de los largos, de los que duran un buen rato.

Una gota fría roza mis labios. No es tu saliva. Es una lágrima. Estás llorando —como la última vez—. Te miro y me regalas una sonrisa que tu mirada no avala. Nos miramos, nos miramos como nunca nos hemos mirado. Tú sigues sin decir nada, y yo ya no espero que lo hagas. No sé qué es lo que te pasa, pero sí sé que me lo contarás por la mañana durante el desayuno. A tus amigas les pone celosas saber que me cuentas cosas que a ellas nunca les contarás.

Me aparto y me alejo lo más *cerca* posible; me hago a un lado, justo detrás de tu espalda. Te abrazo. Te abrazo aún mejor que la última vez, o al menos lo intento. Lo intento con todas mis fuerzas y mis debilidades. Tú aceptas mi abrazo acurrucando mis manos en las tuyas. Hacemos la cuchara; nos acunamos como dos bebés y nuestros cuerpos encajan como piezas de un puzle.

—Lo siento —susurras —no sé por qué me pasa esto.

—No pasa nada —respondo.

El silencio nos hace. Tú te quedas dormida y yo pensando en mi mentira:

Sí que pasa algo. Pero tú sigue convenciéndote de que solo follamos. Sí que pasa algo. Pero tú sigue mintiéndote...diciéndote que no nos amamos...

...Y yo, pues seguiré viniendo a las cinco de la mañana para seguirte el juego.

Y HACER EL AMOR

Alma Nº 32

Hace más o menos media hora que no nos hablamos. Hace más o menos media hora que hacemos como que no nos vemos, como que no nos miramos. Ahora, justo a esta hora —las 23:13—, hace más o menos media hora que llevamos veinte años casados. Y a todo esto, hace más o menos media hora que nos peleamos. Que si yo ya no le hago caso; que si ella trabaja todo el rato; que si yo, que si ella; que si ella y que si yo. Vamos, lo de siempre.

Sale de la ducha. Es invierno, está descalza y acusa al frío de *envilecimiento y degradación por interés*.

—Puto frío.

Sonríó, y ella me ve sonreírle. A su elegante y refinada voz le queda bien decir tacos.

Ella me devuelve la sonrisa como quien no quiere la cosa, y me arrepiento de no haberle hecho caso a mi instinto cuando me instaba a meterme en la ducha con ella. Yo y mi estúpido orgullo.

Camina de puntillas, como en un baile de habitación, hasta su armario...y se rinde: tira la toalla. Yo finjo hablar con mi amigo, el señor móvil. Pero ella sabe —dulce—, ella sabe que la estoy mirando. Joder que si me sabe. Y a mí me sabe bien para variar.

Su cuerpo es perfección. Joder, su cuerpo es una porno con pasión; un trío sin compasión entre ella, su calor y el invierno. Su cuerpo es perfección y, si Dios existe...ELLA, es Dios.

Empieza a desvestir sus armas de mujer y a vestirse ese vestido que ella misma se hizo. Empieza a vestirse, y empieza *Ese Momento*:

Ese momento en el que me echa esa mirada no recomendada para todos los públicos. Ese momento en el que todavía tiene la cremallera del vestido bajada y el calor de su cuerpo evapora el agua en su espalda. Cuando se “esposa” acariciando sus muñecas una por encima de la otra y viceversa completando pequeños círculos. Ella, allí de pie, “encerrada” en su mundo, pensando en sí misma...oliendo dos veces a mujer. La primera, a sí misma; y la segunda, a Carolina Herrera. Ella, allí, en ese momento en el que es más libre que la libertad misma —me cago en la hostia—. Ella, allí —aquí— es belleza, es eternidad...es sempiterna. Sí, también se dice así.

Sigue con la cremallera bajada, puedo ir y subírsela, pero espero a que me lo pida. A ella le gusta pedírmelo, no sé, es algo nuestro, supongo. Ese “Cariño, ¿me ayudas?”, al tiempo que se ata una improvisada coleta entre las manos. A mí me pasa lo mismo con la corbata, puedo pedirle ayuda, pero no lo hago, solo me paro frente a ella mientras me abrocho el cinturón y ella se acerca con una sonrisa que dice: “¿cuándo aprenderás?”. Cuando los dos sabemos que sí sé hacerlo, pero que no lo hago simplemente porque es nuestra cosa.

—Cariño, ¿me ayudas? —Allí está, justo lo que desde hace más de media hora llevo esperando.

—Claro que sí —contesto y nace en mí la sonrisa de un niño pequeño al que le han dejado subirse a una atracción prohibida para su estatura.

Me acerco a su espalda, le agarro la cintura, respiro sobre sus hombros y lentamente y con cuidado, le subo la cremallera.

Ella se da la vuelta, rápida, pero como a cámara lenta. No sé cómo lo hace. Me mira a los ojos y me acaricia la cara. Mis ojos se pierden y se encuentran en sus pupilas.

—Eres perfecta —le digo.

—La perfección no existe —responde.

—Sí que existe. Solo que la cultura pop actual con sus estúpidas letras hablando de la perfecta imperfección y esas chorradas os ha comido el cerebro.

—Mientes. Te conozco. Tú no crees en la perfección. A ti lo que te gusta es llevarle la contraria a todo el mundo. Eres el puto amo llevando la contraria.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Puedo besarte?

—No.

—Gracias.

Y allí, fundidos en un beso, con los ojos cerrados, nos hemos dicho lo siento...nos hemos dicho te quiero.

Y la verdad es que podríamos echar un polvo, pero no. Los polvos son fáciles de limpiar...fáciles de olvidar. Y estos momentos...bueno, son dignos de ser escritos en mi diario...son dignos de recordar.

¡Ah, sí! Esto iba sobre hacer el amor, ¿verdad? Lo siento, pero hay formas de hacer el amor sin tener sexo.

EL ESCRITOR

Alma Nº 33

Hace unos días la observé en su silencio; la observé a escondidas mientras estaba escribiendo. Fue la primera vez que vi cómo el boli se follaba al papel. Fue la primera vez que deseé que me escribiera.

—¿Es tu sueño? —le pregunté. Parecía ausente, así que insistí—: lo de ser escritor; publicar un libro, ¿es tu sueño?

—No tengo sueños —me respondió—. *Tengo realidades alternativas a las que todavía no he llegado.*

—¿Y por qué escribes? —seguí interrogando.

—Porque es la única forma que tengo de saber que estoy viva.

Y cuando me marché, me di cuenta de que se me olvidó hacerle una última pregunta: ¿por qué su pseudónimo era El Escritor, si en realidad era una chica?

15 MICROCUENTOS

Alma N° 34

#1 Érase una vez

Eras una vez, ahora... ya no.

Fin.

#2 La cuenta

—¿Cuánto te debo?

—Nada, un beso y medio.

Y desde aquél día, no solo comparten la cuenta.

También comparten su vida entera.

Fin.

#3 Charlatana

No sé, es como si la gravedad estuviese en el cielo y la sangre “bajase” a mi cabeza.

No sé, es como si provocases una erección en mi cerebro...cada vez que abres la boca.

Fin.

#4 Mates

Me divierte esa *operación* tan sencilla...de cómo te tomas la vida con *suma* tranquilidad.

Fin.

#5 Visto

He visto cómo me miras. Y lo único que espero que se asemeje a tal belleza, es la manera en la que yo te miro a ti.

Fin.

#6 Nádame

Yo pensaba que ella besaba como si nada. Hasta que me di cuenta de que le encantaba la natación, que sus labios para mí eran contracorriente, y que ella en el agua...lo daba todo.

Fin.

#7 Culto

Érase una vez un inculto, que colorín y descolorado, no sabía diferenciar entre un beso bien dado y uno de bulto.

Fin.

#8 Reciclaje

Se tiraban horas y horas hablando. Pero ella era de reciclar instantes, por eso siempre les quedaba tiempo para tirarse (en sentido figurado, claro está).

Fin

#9 Centrifugar

Sé que el amor no es un “lavado” de cerebro, pero estoy “colada” por ti. Imagínate: tú y yo en el tambor de la lavadora sin “adiós al separar”. Sacándonos los colores en centrifugar.

Fin.

#10 Falso

Conocí a mi bella durmiente, pero ella fingía que dormía. Yo fingí enamorarme de ella... Imaginad lo falso que fue el beso para despertarla.

Fin.

#11 Volar

Érase, otra vez, que una princesa aprendió, que no era imposible volar teniendo los pies en la tierra. Que a veces, cuanto más cerca del suelo...más cerca de las estrellas.
Fin.

#12 Magia

Érase ninguna vez, hasta entonces, claro está, que al juntar a *una rompecabezas* con un *rompe corazones*, se hizo magia. Al final, uno decidió dejar de romper algo.
Fin.

#13 Girar

Te vi. Girando en sentido contrario a la tierra, corriendo a la izquierda, cuando todos corrían hacia la derecha. Te vi. Girando, girando sin parar.
Y pensé: Ojalá, ojalá me invites a tu huracán.
Fin.

#14 Azar

El amor me pidió que eligiese a una chica al azar. Te vi y...decidí hacer trampas.
Fin.

#15 En busca de

Érase un anciano que le dijo a sus nietos: “Si jugamos al escondite con La Felicidad, yo me escondo con ella, que estoy cansado de buscarla”.
Fin.

EL SUEÑO DE LOS PÁJAROS

Alma Nº 35

No consigo saber si este sueño es un recuerdo real de uno de los últimos días que pasé con mi padre. Todo transcurre en nuestra pequeña casita en un humilde barrio de Bata, cuando mi padre y yo nos perdemos en una emocionante conversación justo antes de que yo me vaya a la cama.

—De mayor quiero ser como un pájaro —le digo a mi padre después de exhalar un dilatado bostezo.

—¿La pequeña croqueta tiene sueño? —me pregunta.

—No lo sé.

—No debes ser inseguro con este tipo de cosas —replica sin dejar de sonreírme, y sabiendo que lo que está apunto de decirme, es algo que me ha dicho ya más de una vez—: No puedes vivir siendo un indeciso sobre tu propio ser, Luis —comienza a citar su tan preciada frase—. No puedes vivir eternamente bostezando...

—...Sin saber si es sueño lo que tienes, o si te estás despertando —acabo yo la frase por él.

Mi padre me sonríe, creo que le agrada que ya me sepa su frase de memoria: *no puedes vivir eternamente bostezando, sin saber si es sueño lo que tienes, o si te estás despertando.*

—Entonces —me dice—, ¿tienes sueño?

—Sí —respondo. Y mi padre se levanta y camina hasta la puerta. Luego se detiene, me mira a los ojos como si se hubiese olvidado de algo y me pregunta:

—¿Por qué quieres ser como un pájaro?

—Para poder volar —contesto con decisión; como a él le gusta—. ¿A ti no te gustaría poder volar como vuelan los pájaros?

Mi padre se queda en silencio; es raro, porque mi padre casi nunca se queda en silencio, siempre sabe qué decir, es como si tuviese ya preparada una respuesta para todo.

—¿Papá? —pregunto al no estar acostumbrado a su silencio.

Mi padre levanta la vista, me sonríe y pierde la mirada unos segundos entre las paredes de la habitación; siempre lo hace antes de hablar cuando ha llegado a una gran conclusión o teoría.

—Me gusta la idea de pensar o soñar con que puedo volar como un pájaro —me dice, aunque parece estar hablando consigo mismo—. Tristemente, las personas despreciamos todo aquello que poseemos y anhelamos lo que no poseemos. Puede que, si consiguiésemos volar como los pájaros, volar ya no tendría tanto valor. Los pájaros no pueden soñar con volar porque ya vuelan. Pero las personas sí podemos soñar con volar. Me gusta la idea de soñar con volar; imaginármelo; apreciarlo; valorar la posibilidad de que ocurra.

En aquel momento no lo entiendo, pero siempre al despertarme sé que mi padre se refería a mi madre al decir que “las personas despreciamos todo aquello que poseemos”. Yo solo tenía cuatro años cuando ella nos dejó, pero sé que mi padre siempre se culpó por no haber pasado más tiempo con ella.

—¿Y si los pájaros no sueñan con volar, con qué sueñan? —le pregunto a mi padre, con toda la inocencia que a mis diez años aún poseía.

Mi padre carraspea una risa; creo que sabe que mi sueño está a punto de acabar y quiere cerrar “el acto” a lo grande. Se muerde el labio inferior, coloca el dedo en el interruptor; su mirada dice adiós y su voz me contesta, justo antes de apagar la luz de mi cuarto:

—Los pájaros sueñan con todo aquello que no pueden tener.

Y me despierto.

Mi padre era la mejor persona de mi vida. Me pregunto si podré llegar a ser como él. Me pregunto...si algún día tendré un hijo al que podré hablar del sueño de los pájaros. Y de cómo conseguir —y amar— todo aquello con lo que se puede soñar.

TÚ Y YO CONTRA EL MUNDO

Alma N° 36

Quitarnos los chalecos *antialas*...

...Que el viento nos dispare desnudos a quemarropa; tener una *vida* segura... que la muerte ya viene sola.

Buscábamos una guerra, y encontramos una llamada amor. Pero lo teníamos jodido. Yo que quería que fuésemos tú y yo contra el mundo...nos salió el tiro por la culata. Resultó que al mundo, le hizo feliz lo de que estemos juntos.

Rendirse, es otra forma de amar. Tal vez menos bonita para nosotros. Pero sí, es otra manera de amar.

COCINA

Alma N° 37

Hay muy pocas cosas en este mundo que sean sinónimos de eternidad.

¿Mi favorita? Tú y yo en la cocina...hablando a fuego lento, abrasándonos (y a veces con z) entre el calor y los brazos. Desmontando el cosmos entre galletas y tazas de leche; descubriendo el amor entre bolsas de guisantes en la frente por cada 36°C de fiebre. Aprendiéndonos todos los platos y posturas que se pueden hacer con...digamos...que patatas, que la nevera es nueva y menor de edad.

¿Te acuerdas de la teoría de las palomitas? Pues no tenías razón...tardan menos en hacerse que yo en olvidarte. Tus recuerdos duran más que *una gota de Fairy*.

P.D.: No estoy llorando...es la puta cebolla. Sí, ya puedo decir palabrotas delante de la nevera. Ya se le caducó la garantía.

DIADEMAS QUE VALEN MÁS QUE CORONAS

Alma Nº 38

Me encanta el silencio. Pero nunca me ha gusta el sonido de las agujas del reloj. No sé, suenan a soledad...a vacío.

—Abu —repite mi nieta, probablemente por tercera vez.

La miro a los ojos. *Me suenan*. Puedo *escuchar* su mirada. Es como la de su madre.

—Abuuu —canturrea para que le haga caso.

—Dime, Osito.

—Ya tengo diecinueve años, Abu —se queja—. Ya no me llames Osito.

—Mientras tú me sigas llamando Abu, yo seguiré llamándote Osito.

Me sonrío. Las dos sabemos que en verdad no quiere que deje de llamarla Osito.

—¿Te habría gustado ser famosa? —me pregunta—. No sé. ¿Que todo el mundo sepa quién eres...que te vistan las mejores marcas...tener un novio futbolista...? —Levanta la ceja. Una de las pasiones que compartimos como nieta y abuela, es el fútbol...y los cuerpazos de los futbolistas—. No sé, que todo el mundo te recuerde —concluye con gesto de sentir que se podía haber expresado mejor.

El eco de su voz se desvanece. Suenan las agujas del reloj. ¡Cómo las odio! Soledad. Vacío.

—¿Abu?

«¿Qué quieres ser cuando seas mayor?».

Hace setenta años tenía la mejor de las respuestas para esa pregunta.

Me acuerdo, fue mi abuela quien me la dejó caer por primera vez. Y, —cómo no—, yo que era una *excéntrica e “introvertida” charlatana*, le incité a que respondiera primero:

—¿Qué? —me respondió extrañada y esbozando una sonrisa—. Yo que pensaba que ya era mayor... —Me regaló una mirada de complicidad—. Aunque tienes razón —La miré extrañada, no entendía por qué decía que yo tenía razón—. *¿Cuándo se es lo suficientemente mayor como para ser lo que se quiere ser de mayor?* —añadió, como hablando consigo misma. Luego me miró a los ojos y por mi desconcertante expresión, entendió que aunque era una niña espabilada a los cinco años, aquella última preguntaba se escapaba de mi “abanico de respuestas preconcebidas”. Creo, creo que de mayor... —comenzó a responder a la pregunta—...de mayor...me gustaría *haber sido* todo lo feliz que pude ser mientras crecía. —Un halo de tristeza invadió su rostro—. De mayor...me gustaría *no haber tenido* miedo de equivocarme. De mayor me *habría gustado* no contratar aquel seguro de vida que no ha hecho más que matarme. Me habría gustado pensar más en el instante, y menos en jubilarme. —Clavó su mirada en la mía con ternura, y aun

sabiendo que no entendía nada de lo que me estaba diciendo, añadió—: de mayor... me habría gustado volver a ser una niña.

En aquel momento no lo hice, pero siempre que lo recuerdo, me destroza la idea de no haberla abrazado con todas mis fuerzas. Pero tampoco puedo echarme la culpa...solo era una niña...y solo...solo era todo aquello que ella quería volver a ser.

—Ahora te toca —me dijo aclarándose la garganta y esforzándose por no parecer triste. Todo su cuerpo, todo su ser y toda su alma, pronunciaban en silencio las letras de aquella canción de Hanzo The Homie que decían: *háblame un poco más de tu vida, a ver si así me olvido un poco más de la mía*.

—De mayor quiero ser una bailarina —le contesté—. Y también actriz. Y también modelo. Y también diseñadora de moda, como mamá. Y también escritora como papá. Y también quiero ser muy famosa y...y también quiero casarme con un futbolista.

Y también y también, y tan mal que al final no fui ninguna de esas cosas.

—¿Sabes? —me preguntó mi abuela, otra vez con tono de hablar consigo misma—. Mi madre, es decir, tu bisabuela...

—¡Y también quiero ser abuela, cómo tú —la interrumpí—. Y...bisabuela, como tu mamá.

Y también, ¡Dios mío que si también!, y *tan bien*, eso sí llegué a ser.

Mi abuela comenzó a reírse. Me acuerdo de su sonrisa. No exageraría si dijera que la primera relación de puro respeto que presencié fue la de las arrugas de su cara con su risa. Cuando abría la boca y estiraba los músculos, parecía que rejuvenecía. *Mi abuela era la mujer que le susurraba a la alegría*.

—¿Qué es lo que solía decir tu mamá, mi bisabuela? —le pregunté intrigada.

A mi abuela le encantaba hablar, pero lo que más placer le producía era provocar curiosidad en las personas...expectación.

—Tu bisabuela. —Me sonrió antes de añadir—: mi mamá...solía decir que hay diademas que valen más que coronas.

Se hizo silencio: yo, pensando.

Ruido: yo, llegando a una conclusión:

—Pero las coronas son más bonitas que las diademas. Son más grandes y tienen muchas más joyas.

Mi abuela me sonrió. Le encantaba mi sentido común y mi lógica aplastante.

—Tienes razón —me dijo—. Pero a veces, y solo a veces, el valor de las cosas no se mide por su belleza o por su precio.

Ya sabía la pregunta que le tenía que hacer: “¿cómo se mide el valor de las cosas?”. Pero dudé. Aunque era la primera vez que hablábamos de ese tema, ya habíamos tenido conversaciones similares. Estaba segura de que la respuesta sería algo así como: “por lo feliz que nos hacen”; “por su importancia emocional”; “por el amor que sentimos hacía el objeto, la persona o el momento”.

—¿Y cómo se mide el valor de las cosas? —pregunté al final, ansiosa de poder añadirle ideas a mi *abanico de respuestas preconcebidas*.

Se hizo silencio, de los que me gustan. De esos en los que te das cuenta de

que la otra persona se está esforzando por encontrar una respuesta asertiva, una respuesta que no sea una mentira ni para los demás ni para sí misma...una respuesta que no diría cualquier actor de una película dramática para quedar bien...una respuesta de verdad.

—No lo sé —respondió.

«No lo sé». Era la primera vez que alguien me decía eso. Desde mis padres, pasando por mis profesores, y hasta llegar a mi abuela, nunca nadie me había respondido con eso. Todos tenían respuestas para todo: la existencia de Dios, vida en Marte, el amor, Messi o Ronaldo...todos tenían una opinión sobre todo...todos tenían siempre su verdad. *No sé*, pero es posible que «No lo sé», sea la respuesta más sincera que me hayan dado nunca. *No sé*, pero es posible que, si fuésemos conscientes de que no lo sabemos todos, tal vez diríamos un poco más la verdad.

—¿Abu? —repite mi nieta, probablemente...*no sé* cuántas veces ya; para sacarme de mi involuntario ensimismamiento.

—Dime, Osito. —Mi nieta me mira con gesto de tristeza. Sabe lo que me acaba de pasar y no insiste con la pregunta que me hizo. Pero sus ojos me hacen recordar.

—¿Si me habría gustado ser famosa y recordada? —digo, y *nos* refresco la memoria. Su rostro se ve más animado.

Y justo cuando voy a contestarle con un «no lo sé», me acuerdo de que es posible que todos mis recuerdos, incluido el que os acabo de contar, sean fruto de mi imaginación. Porque desde hace años, mi alzhéimer y mi demencia se están encargando de llevárselo todo y volverme loca. Y digo “mi” alzhéimer y “mi” demencia porque, como solía decir mi abuela: “*somos nuestra salud y nuestras enfermedades*”. Es posible que toda mi vida, al menos de la que creo acordarme...sea una mentira, una respuesta de esas que todo el mundo tiene. Es posible que toda mi vida no sea un “*no lo sé*”, como a mí me habría gustado.

—Recordar —le digo a mi nieta, como solía hacer mi abuela, como hablando para mí misma—. No sé qué es lo que me habría gustado ser... —Hago una pausa y “recuerdo” la pregunta que me hizo mi abuela—. De mayor... —Miro a mi nieta a los ojos, me suenan, sé quién es porque son como los de su madre. Si no fuese por ese detalle, por esa diadema, me olvidaría de ella todos los días—. De mayor... —Le acaricio el rostro y no puede evitar derramar una cálida lágrima antes de concluir—: de mayor...más que recordada, me gustaría recordar.

YO, DESPERTADOR

Alma N° 39

Me hace feliz tu forma de abandonarme cuando “menos” te necesito; tu manera de darme la espalda, a las 07:09 de la mañana, medio vestida de sábanas, desnuda de almohadas, esperando a que te dé un beso en el hombro antes de mirar el reloj. Me hace jodidamente feliz que prefieras mis buenos días al del despertador.

—Buenos días mi amor.

—Buenos días —me respondes con ese tono de voz que es un híbrido entre un susurro y un gemido.

...Y suena el despertador.

A DESTIEMPO

Alma N° 40

Me enamoré de una canción...y era de carne y hueso. Sí, me enamoré de una mujer, pero no solo de su carne...también de su seso. Me enamoré. Me enamoré de su cuerpo, de su beso y de su sexo: ¡Sí! ¡Sí!, y ¡Sí! ¡Me enamoré!

Me enamoré, joder que si me enamoré; de su peso, de su verso, con su infierno y su cielo; de su vuelo y de su suelo; de su «¡me voy!» y yo, pues claro, también *me vengo*.

¡Qué mal me vengué del tiempo que ella me robó!

Me enamoré, mierda, me enamoré a destiempo, porque todo era un sueño y, a mi pesar, cuando desperté, me enamoré de nuevo, pero... tú ya habías muerto.

2015-2016-2017

Alma N° 41

Estoy triste. Triste por los “creí que teníamos un año”. Por los “me asfixio, no voy armado”. Por los “algunos se ahogaron”. Porque el mundo no se detiene por más bombas que destrocen hospitales. Porque las noticias decidan qué vidas valen, quiénes son los héroes por las estrellas en su bandera, y quiénes los cobardes. Porque por más besos que escriba, hay un niño muerto en el fondo del mar. Porque por más besos que escriba, hay un niño con leucemia en el hospital. Porque por más besos que escriba, hay un niño que será asesinado por el color de su piel en su propia ciudad. Porque por más besos que escriba, hay un cadáver en Alepo...de una niña que jamás besará. Y estoy triste porque los poetas no servimos para mucho. Pero espero que al leer esto, te haya dado motivos para detenerte y pensar en las vidas de los que mueren sin haber vivido. Espero haber atraído tu atención, aunque solo durante un instante, a las cosas que en esta vida, importan de verdad.

AMOR CARDÍACO

Alma N° 42

Un amor cardíaco es la detención de la respiración y del latido emocional en un individuo enamorado. Puede ocurrir por diversas causas. Algunas de las más comunes son: la indiferencia o shock apático, el exceso de anestesia ante el dolor pasional, la cobardía o inmersión en un vaso de agua para ahogarse. Y la causa más común...el amor no correspondido.

Bueno, a ver...mejor os lo explico con un ejemplo:

Ayer la vi y...

...

...

...

Y así, durante los treinta minutos en los que ella estuvo cerca de mí.

¿CONTARÍA?

Alma N° 43

¿Contaría como volar, si la gravedad estuviera en el cielo?

¿Contaría como dormir “*bocalado*” si durmiésemos de lado mientras nos besamos?

¿Contaría como nostalgia si en vez de echarte te atrajese de menos?

¿Contaría como distancia si “amarte” y “a Marte” estuvieran igual de lejos?

¿Contaría como oxímoron decir te *odio* con todo mi *corazón*?

¿Contaría como *abrasarte* si te caliento con un abrazo en invierno?

¿Contaría como cuento si cuento contigo?

¿Contaría como *salir contigo* si *en casa* actuamos como una pareja?

¿Contaría como hacer un trío si me acuesto con los dos lados de tu cerebro?

¿Contaría?

PARA SIEMPRE

Alma N° 44

El aire. Tú estabas ahí...pero el aire, cargado de la esencia de los productos químicos de las vitrinas y del afán esterilizador de los profesionales de la salud. Olía a hospital; olía a ese *Chanel n°.0* con el que perfuman el suavizante de las sábanas blancas de las camas y ambientan las paredes de los centros sanitarios, para darle la bienvenida a los nacidos y decirles adiós a los muertos...mientras engullen a los que ni se van y ni acaban de llegar, en un estado constante de nerviosismo y agonía.

El aire. Tú estabas allí —aquí— y, domabas el aire con la creatividad de tus pulmones: inspiración tras inspiración te hacías con cada molécula de oxígeno que me separaba de ti. O al menos es así como yo me lo imaginaba, como yo lo vivía y, tristemente, también —yo y nadie más— lo moría.

Sentados en un mismo banco y en una misma sala de espera. Haciendo tsunamis en el café con el temblor de tus manos. ¿A qué te sabrá el paladar?, ¿qué seas tú la lluvia y yo el campo? ¡Ojalá!

¿Cómo es esto posible?: te tengo solo a unos centímetros y, te siento, miles y miles de kilómetros *cerca* de mí.

Pero bueno. Al final, como solía decir mi abuela, la eternidad es un auto-oxímoron, porque lo único sempiterno, es la idea de que lo sempiterno no tiene fin. Y tú, después de hoy, ya estás en mi cabeza para siempre.

XX VETE

Alma Nº 45

Me cansé de los probadores, y él me queda mejor que tú. Me cansé de vivir pretendiendo que me cabías en el corazón con todos tus engaños, pero ya no puedo más, ya no quiero más. Así que vete, porque ya no me entras...porque ya no das la talla.

Vete, joder. Ya no te mereces mis versos, ya no te mereces mis pausas; ya no te mereces mi poesía, ya no te mereces mis ganas. Ahora solo eres viejos tickets, calcetines rotos, falsas fotos, canciones que ya no oigo y olores que ya no aprecio. Has dejado de ser (de) valor; *ahórrate* tus excusas porque ahora ya tienes precio: eres la nada, seguida de ceros. Eres triste...un patético monstruo que no da miedo.

Vete. Te quiero alejado los 343, 6 km de la A-5 que separan Madrid de Mérida. Y también te quiero fuera de mis recuerdos, exactamente: a 0 fotos por KB cuadrado.

Vete ya de una puta vez. Quiero que la palabra espacio sea:

- Una tecla del ordenador.
- Un programa de la televisión
- Extensión del universo.

• TÚ —espacio—

YO.

VUELVE

Alma N° 46

Vuelve, contigo aprendí que hacer la cama entre dos puede durar más tiempo que haciéndola sola.

Vuelve, vuelve y regáñame por no comerme los bordes de las pizzas. Vuelve, vuelve e intenta tocarme el ombligo y que yo me resista. Vuelve, vuelve y oblígame a ver la trilogía del Señor de los Anillos por séptima vez. Yo me dormiré igual a los 30 minutos de la segunda parte para que me lleves en brazos hasta la cama. Vuelve y experimentemos en la “Cocina”. Se me ha ocurrido preparar unos *crepbuñuelochurros*. Siempre con nutella, así podré untarla en tu mejilla y...

Vuelve, vuelve porque siento que sin lo amargo no hay dulce; que sin odio no hay amor; que sin distancia no hay roce...y que, sin *tú*... no hay un *yo*.

LA FÓRMULA DEL OLVIDO

Alma N° 47

Mi abuela era una de las personas más ingeniosas del mundo cuando se trataba de relaciones...sobre todo, las de las demás personas.

Y bueno, según ella, hay tres fórmulas esenciales en la vida:

Velocidad= distancia partido tiempo;

Enamoramiento= lentitud partido tiempo;

Olvido= corazón partido, tiempo

Ingenioso, ¿verdad? *Corazón partido, tiempo.*

El poder de una coma.

LA LOCA, COLADA, DEL LOCO, CUPIDO

Alma N° 48

Que alguien le quite el Vodka a Cupido, que no hace más que recomendar el consumo irresponsable del amor. Que alguien le quite el Vodka a Cupido porque...

Me dijo que quería abrazar mi boca con sus labios. Que quería correr y "manchar" mis cortinas con orgasmos. Y que después hiciera la colada con su pasado, mezclando el blanco de sus errores con toda mi ropa de color.

Me dijo que quería follarse mi alma y hacerle el amor a mi corazón sin sexo, eyaculando sentimientos, inseminando recuerdos y engendrando un futuro juntos.

Me dijo que más que decirme quería "hacerme": la cama. Doblar mis sábanas y mi cuerpo. Y en mis mañanas tristes, darle la vuelta a mi pesado despertar y a las tortillas para el desayuno. Me dijo que después de almorzar, los postres serían (besos) helados, abrazos de chocolate caliente o frutas prohibidas. Me dijo que no creía en los finales felices porque si algo era "feliz" ¿por qué tendría que acabar?

Cupido envenenó con demencia sus flechas, y mal me dio que a sí mismo se las clavó. A su corazón apuntó con tino como una *fecha*. Diagnóstico: loco de amor.

FINAL FELIZ

Alma N° 49

A veces, cuando me duermo, no me acuerdo de lo que he vivido.

—Así que no eres de las que se acortan la falda al mismo tiempo que el cerebro —me soltó, y su gesto me suplicaba que me lo tomase como un cumplido.

—George Orwell —le respondí sin revelar si estaba contrariada o no por sus palabras—. 1984 —maticé.

—Entonces...—Quedó impresionado por mi respuesta—. Entonces... ¿eres una prostituta y tu sueño es ser poetisa?

—Así es.

—Y, ¿cómo piensas conseguir eso?

—¿Cómo has conseguido tú ser periodista? ¿No era tu sueño? —indagué.

Él tardó unos segundos en contestar. Parecía estar en otra parte durante su silencio.

—Cuando me despierto...no me acuerdo de lo que he soñado —me contestó, aunque parecía hablar consigo mismo, o con el recuerdo de otra persona.

—Pues yo, cuando me duermo, no me acuerdo de lo que he vivido —dije, y de alguna manera pretendí que se sintiese mejor por eso.

Él sonrió, con timidez y reticencia, pero sonrió.

—Se supone que soy yo quien está haciendo la entrevista.

—Sí, pero te has puesto a llorar cuando “se supone” que aquí la puta soy yo —bromeé metiéndome con él.

—¿Nos vamos de aquí?

—¿Eso no va en contra de tu código deontológico, o ético o como se llame la cosa moral esa de los profesionales?

—Sí.

—Vale. ¿A dónde vamos?

—A cumplir tus sueños. A que, desde ahora, cuando duermas, te acuerdes de lo que has vivido.

Quién me habría dicho que aquel joven periodista se convertiría en mi esposo. Que un masaje con final feliz, acabaría con la lectura de alguno de mis versos. O que él, al final, cuando despertaría, se acordaría de todos sus sueños.

CASTILLOS DE ARENA

Alma N° 50

Ojalá fuese una reina. ¡Oh! Ojalá volviese a ser aquella niña que soñaba con castillos indestructibles de arena ¿Qué ola se atrevería? ¿Decidme cuál?

Yo y mi castillo, dueñas de la orilla –Adiós, (h)olas–. Ojalá pudiese volver atrás: en el tiempo, en la vida, en risas, en amores...en lágrimas, en te vi y tú me viste, en copas de vino y en viniste (a mí)...y yo que me vine también un par de veces mil.

Te juro que me iría a donde estás, pero sigo esperando a que llueva café en el campo, y que ojalá, la niña de los indestructibles castillos de arena, vuelva, porque ella no necesitaba a nadie para ser feliz. Y sé, que para quererte como te quiero querer...primero me tengo que querer a mí así.

INSTANTES

Alma N° 51

Vivíamos tan fugaz y tensamente, pero no nos olvidamos de cómo querernos.

Tú con tus clases y tu madre que cayó enferma; yo con triple turno incluso en fines de semana. Pero no nos olvidamos de cómo amarnos: cómo volví a fumar para poder salir 4 minutos y escribirte un “¿cómo estás?” o un "te amo".

No nos olvidamos de cómo besarnos en cada retraso del tren; de cómo abrazarnos en las escaleras mecánicas; de cómo desear semáforos en rojo. ¿Y en los ascensores? Bueno, dijimos que sería nuestro secreto.

Ahora sólo esperamos al 31 de diciembre para hacernos caricias en las interminables colas del Mercadona.

COMER SOLO

Alma N° 52

Más fría que el plato de la venganza...así es la soledad.

Quién me prestara una llamada, un mensaje...un hola o un adiós. Quién me prestara atención, una manta, una canción, una voz...una conversación, una carta, una lágrima, una risa...un minuto o dos. Quién me prestara un instante de mundo, de vida; una mirada, una sonrisa. Quién me prestara su compañía. Quién me entendiera, quién me despertara de esta pesadilla y me dijera: *yo te presto mi microondas.*

La mazmorra de la ambición

Será que las cobayas envidian las jaulas de los leones
¿Pues los leones ambicionan la sabana y su magnitud?
Será que las ratas gimotean por más grandes barrotes
Como el hombre que en la vanidad encuentra su plenitud
Aun falto de libertad, orgullo y vulgarmente cojones
Siempre deseosos de más, hasta el silencio del ataúd

Color

¿El invierno o
sentir tiritar tus pies con este calor,
y que la razón del temblor sea yo?
Fácil: estremecer tu cuerpo.
No hay punto de comparación.
No hay color.

Echarte dos veces

Perfilada, y también de frente:

de cara; y a la cara me dices:

te veo, pareces diferente;

distinto a toda la gente.

Me hablas con tu mirada,

tus parpadeos son omisión,

son silencio, ritmo, tempo

por lo tanto...canción.

Ese tango que bailan tus pupilas

tan infinitas

¿necesitan ustedes compañero,

señoritas?

Voy a observarte mirar un rato,

voy a echarte, dos veces si acaso:

una de menos, y otra...un vistazo.

Conmigo

Cuando se callen los niños
y el sol se acobarde
Cuando brille la luna llena
sea de día o de noche
Cuando lllore, cuando ría
Cuando hable bien o maldiga
Cuando me bendiga la vida
con tu presencia
Cuando te quiera:
con tu religión y tu ciencia
Cuando aun estando lejos
te sienta aquí:
¡Vivo!
—¿Dónde?
—Conmigo

Con poesía

Andaré mi camino solo hacia mi alegría
Encareceré la filosofía de mi vida
Sé que será duro el despertar cada día
y que muchas noches serán de agonía;
que me ahogaré en cada verso sin medida
y que sufriré por amor, mis sueños: pesadillas
Pero no seré ese hombre que no sonreía;
que creía que vivía cuando en verdad moría
Porque, aunque sufra, sufriré con poesía.

Práctica

La práctica,
hace la perfección.
Es por eso que cada una de tus sonrisas,
es mejor que la anterior.

UNA, ENTRE, UN MILLÓN

Alma N° 54

Después de tantos años, la tenía allí conmigo. Sin planearlo, sin anestesia, sin forzarlo...ocurriendo, así sin más.

—¿Y tú? —le pregunté a Sara—, ¿desde cuándo sabes que te gustan las chicas?

Sara esbozó una cohibida sonrisa. Se tomó su tiempo antes de responder. Eso era una buena señal, significaba que estaba pensando en cómo contestar sin mentirme a mí, y mucho más, sin engañarse a sí misma.

—No me gustan las chicas —me dijo—, me gustas tú.

Comencé a bajarle la cremallera, despacio, dejando que el crujiente sonido de los dientes de la cinta siendo separados por el deslizador se comiese el silencio. El tirador llegó al tope inferior, descubriendo la espalda de Sara. Con cada segundo aumentaba la temperatura...y los húmedos hombros de Sara, dejaron caer las tiras de encaje con el sencillo movimiento que resultó de la contracción de su respiración al sentir mi palma abierta pegada a su espalda, como si intentase desbloquear alguna puerta con mis huellas dactilares.

El vestido cayó al suelo y Sara se dio la vuelta para tenerme de frente, para mirarme. Se puso de puntillas para sortear el vestido con un sutil movimiento lateral —un sencillo paso de baile— y lo apartó a un lado con los pies para no pisarlo. Me besó, y lentamente bajó la media cremallera que sellaba mi desnudez. Luego agarró la parte baja de mi vestido —por el dobladillo— y la levantó hasta sacármelo por encima de la cabeza.

—¿Cuándo te las has quitado? —me preguntó al darse cuenta de que yo ya no llevaba puestas las bragas.

—Cuando no mirabas—. Me mordí el labio en lo que agarraba la mano de Sara y la metía entre mis piernas.

Exhalé un cálido gemido al notar sus dedos corazón y anular en el interior de mi vagina; y Sara sonrió al tiempo que se humedecía los labios.

—¿Ya sabes qué hacer? —le gemí a Sara con tono vacilante.

—¿Esto?—. Patinó los dedos que resguardaba en el interior de mi vagina, flexionando la muñeca en todas las direcciones.

—Sí —gemí.

—¿Esto? —Se vino arriba.

—Sí. —Le mordí el cuello y le bajé las bragas hasta donde me permitían mis brazos totalmente extendidos.

Las bragas de Sara se quedaron sobre sus rodillas y bailoteó los pies hasta hacerlas caer. Y con el mismo movimiento en puntillas que con el vestido, se deshizo de ellas.

Caminamos hasta mi cama, que estaba más cerca de la puerta; la oscuridad no supuso ningún problema, llegamos sin tropezar con nada más que con nuestros

labios.

Caímos, y Sara quedó encima de mí. La abracé las caderas entrecruzando mis piernas alrededor de su cintura.

—¿El misionero? —pregunté con tono de guasa—. ¿No deberíamos hacer un sesenta y nueve o algo así? —Carraspeé una risa.

—¿Nunca te callas? —respondió Sara—. ¿Eres tan *habladora* con los chicos? —Se quedó mirándome a los ojos con una sonrisa que no podía borrar—. Quítame el sujetador —me susurró.

Crucé la mano derecha sobre la espalda de Sara e intenté abrir el cierre.

—¿En serio? —interrogó con tono de burla por lo que estaba tardando.

—¿Es de doble cierre? —pregunté al tiempo que unía mi otra mano a la “hazña”.

—No me lo puedo creer —se burló de mí—. ¿Estás segura de que no eres un chico? Se supone que a ti se te debería dar mejor. —Rompió a reír.

Yo tenía la lengua fuera en un acto reflejo, intentando sacarle el sujetador.

—Solo sacas la lengua cuando te centras de verdad en algo; como cuando coses o cortas cartulinas —dijo Sara entre risas—; ¿de verdad no eres capaz de sacármelo?

—Ya está —respondí dejando caer mi cabeza sobre la cama, descansando de haber cumplido con mi objetivo.

Sara negaba con la cabeza, mofándose de lo difícil que me resultó quitarle el sujetador.

—Ya sabes que a mí misma me resulta difícil quitarme el sujetador —dije con dejadez—, por eso casi nunca me los pongo. Para de reírte. —Me piqué—. En serio, no te burles de mí. —fingí ponerme triste.

Sara no me quitaba los ojos de encima, añadiendo al peso de su cuerpo, el peso de su mirada. La dulce sonrisa que dibujaban sus labios estaba llena de deseos.

—Con cada segundo me gustas más —dijo acariciándome la cara.

La besé en la mano, entre la muñeca y el brazo.

—Si vamos a hacer algo —dije, mientras ella me acariciaba lentamente las piernas—, debemos darnos prisa. En nada acabará el baile. —Miré de reojo el armario que tapaba el hueco de la entrada—. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Que “el tiempo” se vaya si quiere —contestó—, no me gustan los tríos.

Y me besó.

Las palabras dieron paso a los gemidos. El vocabulario del placer se deleitó en nuestras gargantas con todo su léxico. Los minutos pasaban y descansaban en nuestros cuerpos húmedos; entrelazadas como las fibras de una sólida cuerda: dedos entre cabellos, besos con cuellos, pechos con palmas, tobillos con piernas; almohadas de almuerzo callando gemidos como el silenciador de un revolver; puños ahogando sábanas, labios con labios y lenguas hablando con otros labios, provocando que la /A/ se escuchase como un siseo; inspirando por la nariz, expirando por la boca; casando las huellas dactilares con los poros de nuestras pieles; deshaciendo la cama... haciendo el amor.

Y ya cuando habíamos descansado después de correr(nos):

—Sara —hablé sin hacer desaparecer el silencio—. ¿Y eso de que no te gustan las chicas? ¿Cómo es que solo te gusto yo?

—¿Tú te has visto? —me preguntó y calló hasta al latido de mi corazón—. Eres una, y entre un millón de chicas, no hay ninguna como tú.

—Pues si yo soy tan especial para ti —dije, con toda la verdad de mi alma—, tú, para mí, eres ese *un millón uno*.

OJOS DE HIJA

Alma N° 55

Saber esperar, es ponerle semáforos al universo.

Siempre me han gustado las salas de espera. No sé, es algo mío, y probablemente de alguna que otra persona a la que todavía no he conocido. Y no es que sea una chica poco ocupada, no entiendan mal. Como a todo el mundo, excepto alguna que otra persona a la que todavía no conozco, no me gusta esperar. Me cuelo en las filas del Lidl cuando alguna anciana va despistada; en las colas para subir a las atracciones en los parques; en las discotecas, si conozco al portero; e incluso me cuelo por delante de mí misma mientras sueño. Pero, aun así, con las salas de espera, es otra historia. Me gustan. Son como los semáforos del universo, o al menos así es como las siento. Por más apurada que esté, siempre consiguen pausarlo todo, como si detuvieran el tiempo.

—Ya puedes pasar —me dice la enfermera. Y me regala una sonrisa como recompensa de mi paciencia y mi fortaleza. Solo tengo diecisiete años y hace menos de cuatro horas hemos sufrido un accidente de tráfico. Esa es la información de la que dispone la enfermera para premiarme con una sonrisa reconfortante, ya que seguro está acostumbrada a gente mucho más histérica, dramática, chillona o agresiva. Pero lo que no sabe, es que a mí, me encantan las salas de espera.

—Gracias —le respondo y le devuelvo la sonrisa.

—Acompáñame.

Caminamos juntas una centena de baldosas, un par de esquinas y unas cuantas lámparas fluorescentes hasta llegar a nuestro destino.

—Aquí es —me dice y de nuevo me presta una sonrisa.

—Gracias —respondo. La última vez que una persona que no fueran mis padres me acompañó con tanto cariño a cualquier parte, fue hace cinco años. Nunca me olvidaré de aquella azafata de Iberia. Igual que nunca me olvidaré de esta enfermera. Son de esas personas que solo comparten una milésima de tiempo de una vida y se quedan en ella para siempre. Yo las llamo *personas de espera*.

Abro la puerta y veo a mi madre. Ella también me ve y no siendo consciente del dolor que le produciría el gesto, me sonríe, y luego intenta no rayar una mueca de dolor.

—Hola —saludo antes de que ella lo haga. No quiero que hable después de ver que el simple gesto de sonreír le producía dolor.

—Hola mi amor —me responde.

No le duele, o lo disimula muy bien.

—¿Cómo estás? —me pregunta. Se adelanta antes de que pregunte yo. Aun tendida sobre la cama, sigue siendo madre.

—Estoy bien.

Se queda en silencio y con la mirada escruta mi cuerpo. Aún llevo la misma

ropa con la que tuvimos el accidente. Estoy sucia y con las vestiduras rasgadas.

—Deberías cambiarte. No puedes ir así de sucia por la vida. Eres una princesa.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Es ella. La que está tendida, cubierta de aparatos y de vendas sobre esa cama...es mi madre. Solo mi madre se preocuparía por cómo voy de sucia con todo lo que ha pasado.

Pierdo el control, esa *paciencia* y tranquilidad por la que la enfermera me halagó con una sonrisa...y me abalanzo sobre mi madre.

Y lloro.

Lloro todo lo que podía haber llorado si...

Lloro, lloro y no reprimo ni una sola lágrima.

Lloro, lloro porque soy la niña más feliz del mundo en el momento más difícil de mi vida.

—¿Quieres que te cuente una historia? —me susurra.

Yo asiento con la cabeza, todavía no puedo hablar. No se me entendería con tanto gimoteo.

—Me la ha contado el doctor hace unos minutos —comienza a narrar—. Al parecer, justo antes de operarme, le estaban quitando los parches a un hombre al que habían operado porque nació con ceguera.

Me incorporo, me limpio las lágrimas y me hago un hueco en la cama de mi madre.

—La primera persona a la que vio ese hombre, fue la chica con la que se casó. Y sus primeras palabras hacía ella fueron: *eras la mujer más hermosa que jamás había visto...y ahora, puedo decir que eres la mujer más bella que jamás veré... ¡literalmente!*

—Esa historia no es real —le digo a mi madre al tiempo que una sonrisa se dibuja sola en mis labios.

—Bueno, eso tendrás que preguntárselo al doctor. A mí me gusta pensar que sí lo es.

Se hace silencio, bueno, más bien ruido de hospital. Mi madre clava su mirada en la mía, esa que me dice que todo irá bien.

—Te amo. Mamá, te amo —rompo a llorar otra vez.

—Yo también te amo mi niña.

—Y...he visto miles de mujeres...pero tú sigues siendo la más hermosa de todas.

Mi madre sonrío y se duele.

—Eso es porque me miras con ojos de hija —me dice.

—¿No era “ver con ojos madre”? —interrogo con guasa.

—Ya sabes que soy una fiel defensora de la teoría de la evolución. Es por eso, que sé...que los ojos de madre son una evolución de los ojos de hija —se inventa de la nada.

Sí, es mi madre. La de las teorías locas. La que no deja de inventarse *chorradas con mucho sentido*.

—¿Puedes traerme un vaso de agua? —me pide mi madre.

Camino hasta la puerta y me doy la vuelta para mirarla porque sé que ella me está mirando. Nos sonreímos. Nos regalamos tiempo. Nos obsequiamos con el instante de estar vivas.

—Caty —me llama, justo cuando vuelvo a darle la espalda.

—Dime.

—¿Tu padre ya despertó?

Camino la misma distancia que antes de llegar a la habitación de mi madre y paso por la sala de espera.

Siempre me han gustado las salas de espera...pero solo cuando había algo por lo que esperar.

Adiós papá.

QUERIDO UNIVERSO

Alma N° 56

Querido universo, gracias por acordarte de mí. Hiciste que las agujas del reloj dejaran de dar las horas y se preocupasen de coser mi hilo rojo. Gracias por coser punto a punto cada uno de los momentos de mi vida que me han llevado hasta ella. Sí, así es querido universo, la he encontrado.

Gracias por no darme las cosas que te pedía cuando no las necesitaba. Ahora sé que estabas tejiendo nuestro mapa, ese en el que cada paso nos acercaba a ella y a mí.

Querido universo, déjame decirte, que lo has bordado.

Y si te preguntas si la amo. Querido universo...estoy enamorada hasta de su ADN.

Firmado: Sara.

EL FIN DEL MUNDO

Alma N° 57

Ella, con los ojos entornados, casi que parecían estar cerrados, me miró. Y gradualmente, como cuando se manipula el volumen de la televisión, creció una sonrisa. Sí, quería que le preguntase, y así lo hice:

—¿Qué pasa? —interrogué intentando, sin éxito, imitar su sonrisa.

«Es imposible imitar su sonrisa» pensé, alegrándome de mi fracaso.

—Nada —respondió y miró al techo al tiempo que me agarraba con fuerza los dedos de la mano.

—¿Qué te ocurre? —Me preocupé.

—Nada. —Volvió a mirarme—. Sé que muchas desearían llevarte al fin del mundo. —Decidió hablar lo que sentía—. Pero yo me conformo con llevarte del lunes al domingo.

Era feliz...yo le hacía feliz...y ella a mí.

QUIERO BAILAR CONTIGO

Alma N° 58

Cada beso, cada beso es una canción nueva.

Te parecerá una metáfora, pero no lo es. Encontré el beso del 4 de febrero en YouTube y sabe a “*Let it go*” de James Bay. Sé que estás lejos...en la gran ciudad de Madrid, pero por favor, pídele al de la radio que ponga nuestros 40 (besos) principales...yo los escucharé y los besaré; y aun estando tan lejos...estarás más cerca que nunca.

P.D.: quiero bailar contigo. (Tú ya me entiendes).

COMPAÑERA

Alma N° 59

Mamá y yo no solíamos hablar mucho de papá desde que enfermó. Pero aquella tarde, no sé qué pasó, pero pasó. Y la verdad es que no quiero contarle todo. Me voy a guardar la mejor parte.

—Papá hizo bien en ir detrás de la persona que entendería su locura... literalmente —le dije a mi madre esbozando una sonrisa.

Emilia me devolvió la sonrisa y perdió la mirada un instante en el horizonte.

—Quédate con la persona que entienda tu locura, ¿verdad? —dijo mamá en voz baja, como hablando para sí misma esa frase que leímos una vez en un libro de poesía—. ¿Sabes qué? —continuó al tiempo que sus labios dibujaban una sonrisa cargada de nostalgia.

La miré arqueando la ceja; sabía que era una pregunta retórica y me quedé en silencio, expectante de escuchar lo que diría.

—Creo que es mejor encontrar a una persona que comparta tu locura, en lugar de una que la entienda—. Hizo una pausa y pensó sus palabras—. Si estás loca, un psiquiatra puede entender tu locura, o un médico...o cualquier persona razonable; siempre desde la distancia...siempre desde el papel. —Hizo otra pausa al tiempo que se rascaba la nuca—. Pero...una persona que comparte tu locura, la vive contigo. —Se detuvo y me miró a los ojos esbozando una sonrisa de satisfacción; llegó a una conclusión a la que no se esperaba llegar cuando inició su discurso—. Tu padre no encontró en mí a una persona que entendiese su locura...encontró a una compañera para el manicomio.

Bueno, os cuento la mejor parte. Aunque os parecerá una chorrada, y en verdad lo es.

Mi madre me contó la frase que usó mi padre para ligar con ella. ¿Preparados? Os advierto de que es una estupidez, y que mi madre solo aceptó porque le hizo partirse de risa. Aquí va. Esto dijo mi padre:

«Guapa, ¿vienes así de serie? Porque me gustaría ver todas tus temporadas».

Ha quedado claro. Para tal loco, mi madre era la compañera de habitación perfecta.

SÉSAMO

Alma N° 60

Estaba nervioso. En su vida había estado tan nervioso. Y eso que solo la conocía de hacía un *chat y media cita*.

—Veo que no eres muy hablador —dijo ella, dibujando una cohibida sonrisa en sus labios.

—¿Me pides que me abra? —contestó él, haciéndose cómplice de su sonrisa.

—Claro, sésamo —replicó ella con tono de burla.

—¿Sésamo?

—No me digas que no guardas grandes tesoros en esa callada mente y en ese silencioso corazón.

—¿Has venido a robarlos?

—¿Te parezco 40 ladrones?

Se hizo silencio.

—No —respondió él—, me pareces 40 razones para dejarte entrar y llevarte todo lo que quieras.

HUMANOS

Alma N° 61

Mientras tanto, dentro del armario.

Mierda. Esto no puede estar pasando. ¿Cómo he podido? ¿Cómo he podido? ¡Joder! ¿Qué he hecho? ¡Lo he matado! ¡Soy un humano! ¡Alejaos de mí! ¡Soy un humano! ¡Soy un humano!

“

La vida, dentro del armario”.

Firmado.: Un Monstruo.

YO NO LEO EN EL METRO

Alma Nº 62

Él, siempre entra por el mismo vagón, y luego camina hasta el mío. Me pregunto por qué no se mete directamente en éste. Llevamos dieciocho días laborales cruzándonos como dos gilipollas y él sigue jugando a que no me ve. A ponerse sus auriculares y leer ese libro en el que no avanza de página. Y si lo hace...pues seguro que no se estará enterando de nada.

Hoy todavía no nos hemos mirado. Bueno, no nos hemos visto, porque evidentemente, yo a él, si le he mirado.

Es guapo. Sí... el *jodio* presumido es guapo.

¡Mierda! Me ha mirado. ¿Me habrá escuchado? ¿Por qué me ha sonreído como si me hubiese escuchado llamarle guapo?

¡Me sigue mirando! ¿Aparto la vista? ¿Por qué sonrío como una tonta?

Oh, no, no. Se está levantando.

¿Viene hacía aquí? Sí, joder que si viene hacía aquí. ¿Por qué miro hacia los lados como si no supiese que no hay nadie sentado cerca de mí?

Concéntrate, Sharon...concéntrate. Has ensayado ya este diálogo varias veces. Lo tienes todo controlado. ¿No tendré nada entre los dientes verdad? Voy a verificar. Oh, no. Tarde, ya está aquí, ya está aquí. Espero que no tenga voz de pito. Arruinaría esa bonita cara y esos preciosos ojos azules.

¡Va a hablar! ¡Va a hablarme!

Joder, que guapo es...

—Hola —suenan voces.

Joder, que guapo es...

—Hola, perdona —repiten las voces.

Joder, que guapo es...

—¿Tienes hora?

—¿No ves que estoy leyendo? Gracias. Dios, no puedo con la gente del metro.

SI NUESTRA ETERNIDAD

Alma N° 63

Y, si nuestra eternidad se reduce a un saludo...que sean los buenos días: mi mirada anclada en la profundidad de tus ojos.

Y, si nuestra eternidad se quema como una última calada...fumémosla, besémosla hasta que nuestros pulmones sean dueños del aire, hasta que el mismo oxígeno sepa de nuestra existencia.

Y, si nuestra eternidad se resume a una vida... ¡Vivámosla!

QUISIERA

Alma N° 64

Y después de "encontrarte" quiero "perderme" contigo.

Quisiera ser tan osado como la "H" e intercalarme entre tus labios. Quisiera turbar (con un + delante) tu paz en la cama. Quisiera ponerle un lazo al "más allá de" y regalarte una metáfora de cariño. Quisiera contar cada uno de tus lunares, tus pecas y tus tatuajes.

Quisiera añadirle el prefijo "in" y el sufijo "ito" al cotidiano "fin". Así, como darle una patada al "8" y hacerlo un "in/fin/ito".

Quisiera ofrecerte adjetivos posesivos: "tuyo" es "mi" corazón. Quisiera adornar tu alma: ser el complemento (indirecto) de la "persona" que amas. Quisiera dormir tu realidad, despertar tus sueños, volar en tu tierra y caminar en tu cielo.

Quisiera que sientas la hierba peinar tu pelo; y cuando estemos bocabajo... quisiera que le demos formas a las nubes.

Quiero que seas mi pasado, mi presente...y esa cosa de las películas de ciencia ficción.

PORQUE SÍ

Alma Nº 65

Y al octavo día, ¿Dios creo el silencio?

—Gracias por los regalos —dijo Venus al sentir que gozaba de la atención de sus compañeras—. Gracias —repitió con voz suave, como cuando se cuenta un secreto al oído.

Júpiter y Neptuno, que estaban con los ojos cerrados...los abrieron; dibujando luego sonrisas que casaban con sus almohadas...sonrisas secretas...como poemas que no se publican.

—¿Sois felices? —preguntó Venus segundos después; ya sabía que sus amigas estaban pendientes de ella...porque ella lo estaba a su vez de ellas.

Las tres se incorporaron, sentándose con las espaldas apoyadas en la pared. Sí, las camas no tenían cabecera.

—Sí —habló Júpiter primero, pasados varios segundos—. Soy feliz.

Venus y Neptuno la miraron, como pidiéndole que diese una explicación.

—¿Qué miráis? —dijo con pasotismo—. Ya me conocéis, no soy de labia fácil como la falsa poetisa esa—. Se metió con Neptuno.

Neptuno y Venus no dejaron de mirarla, parecía que la estaban acorralando. Sabían cuánto había que insistir para que Júpiter hablase.

—Yo que sé —dijo Júpiter al sentir la presión—. Yo soy feliz porque sí. —Hizo una pausa y suspiró—. No necesito que las cosas tengan un porqué. Ni que tengan... sentido —hablaba entrecortada, pensando sus palabras—. Vamos por la vida solo pensando en cobrar y al final la vida nunca cobra sentido. —Sonó seria y centrada—. Yo soy feliz por vosotras. —Perdió la mirada en las sábanas—. Soy feliz por Venus; soy feliz por Neptuno. —Parecía hablar consigo misma—. Yo soy feliz porque sí. —Miró a sus amigas; tenía el gesto *alegremente triste*—. Porque sí es la razón más potente que existe. Yo —Levantó los hombros—, soy feliz porque sí.

Se hizo silencio. Y luego ruido de nuevo.

—Y yo soy la empalagosa —dijo Venus esbozando una sonrisa de complicidad para Júpiter.

—Vamos por la vida solo pensando en cobrar...y la vida nunca cobra sentido —dijo Neptuno en voz baja, casi que era un susurro para sí misma—. Ingenioso. Y una gran verdad.

—Ya lo sé —respondió Júpiter con dejadez—, es una chorrada.

Venus y Neptuno se miraron y se sonrieron la una a la otra. Sabían que Júpiter se las daba de estúpida...que sus bromas y su actitud idiota solo eran un papel que interpretaba. Lo que no sabían...era si ella misma era consciente de eso.

Y LO QUE SURJA

Alma N° 66

Tu forma de besarme en la mejilla y hacerme cerrar los ojos como si fuese un beso en la boca. Tu forma de pasear luego tu dedo pulgar para borrar la huella del carmín de tu barra de labios. Tu mala educación al mirarme a mí mientras habla otra persona. Tu forma de tocarme el culo sin que nadie se entere al meter tus manos en mis bolsillos. Tu voz cuando no dices nada; tus silencios que lo dicen todo. Tu forma de emborracharme: a cada dos canciones un chupito. Los preliminares en el paseo de vuelta a casa: tus dedos entre los míos, fingiendo estar mosqueada por esa chica que “no paraba de mirarme”. Llegar a casa y, tu forma de desvestirte y luego ponerte el pijama. Esa tu manera de decirme: a dormir...y lo que surja.

A MEDIAS

Alma N° 67

Ya me cansé de la tecla “suprimir” del WhatsApp; de borrar los “hola”, los “¿cómo estás?”; los “te echo de menos, y de más”.

Ya me cansé de los puntos suspensivos del “estar escribiendo...” para no decir nada. Ya me conoces, aprobarías cualquier examen sobre mi cuerpo, mi corazón o mi mente. Así que deja de “suspender puntos” y “aprueba” palabras. No sé, algo así como un “lo siento, me equivoqué”.

Teníamos tantos planes en la agenda, tantas películas por ver, tantos abrazos por dar, tanto chocolate por comer, tanto sexo por cobrar. Sigue aquí la factura del 14 de febrero.

¡Adiós! a esas fechas en el calendario: aniversarios, viajes, cenas, comidas, fiestas y siestas; acurrucados en nuestro sofá como las arrugas en la frente.

¡Ah, Dios! Aún tengo el ticket de esa factura tan cara que pagamos a medias, la de enamorarnos. ¿Te acuerdas? tú ponías el 50% de tu corazón y yo el 50% del mío. Joder, íbamos a medias...se suponía que íbamos a medias.

Y yo que pensaba que nunca me olvidaría de ti. Ahora, cuando chequeo mis conversaciones del WhatsApp, veo como descienes cada día más y más peldaños en las conversaciones de mi vida.

A Fer. Mi pequeño gran poeta de Mérida. Con este relato, vamos a medias.

PERSONAS DE ESPERA

Alma N° 68

Hace ya muchos años, mi abuela me enseñó a reconocer a las *personas de espera*. Según ella, eran parte de la teoría de los semáforos del universo. Ya lo sé, suena algo complicado, pero al parecer, vengo de un largo linaje de mujeres que se la pasaban inventándose teorías absurdas con *mucho* sentido *poco* común.

Las personas de espera son gente muy rara de encontrar. Pero aquí te dejo un par de consejos que te ayudaran a identificarlas:

- Nunca pasan más de 94 horas en tu vida.
- Son muy difíciles de olvidar. De hecho, se las recuerda para siempre.
- Son gentiles, dadivosas, carismáticas y llenas de bondad.
- No siempre saben qué decir para solucionar los problemas, pero te ayudan a resolverlos.
- Huelen especialmente bien. Normalmente por el uso de una marca de perfume poco famosa.
- Son divertidas. Y usan la ironía y el sarcasmo con mucha asertividad.
- Se alegran de forma genuina de las cosas buenas que les ocurren a los demás.
- Se enamoran muy rápido, pero nunca lo dicen porque saben que este es un mundo en el que “es de tontos” enamorarse de alguien en solo una mirada.
- Lloran en el cine. Y son de esas personas que cuando todo el mundo critica una película, sueltan un: “pues a mí me ha gustado”. Y lo dicen en serio.
- Se hacen las tontas, pero son bastante cultas. Una me dijo una vez, que los telediaros eran como esa serie que deja de ser interesante a mediados de la segunda temporada, pero que aun así no puedes dejar de ver.

Y si te preguntas si es posible que una persona de espera se quede en tu vida, la respuesta es que sí, es posible. Pero después de las 94 horas, pasa de ser una *persona de espera* a ser una *persona de paciencia*. Pero esa ya es otra teoría que se inventó mi hija.

EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE

Alma N° 69

Sabías que yo era fuego. Y en ningún momento te pedí que te acercaras tanto como para quemarte. Pero la verdad es que me abandonaste antes de que te diese tiempo a sudar.

Y no me importa, aun con todo el amor que hay en el aire, aguantaré la respiración hasta que vuelvas. Y si sabes cómo funciona el fuego, volverás...antes de que muera.

Atentamente:

De mi cuerpo al tuyo.

RESPIRAR

Alma N° 70

Las flores tienen olores que el viento no entiende.

Me acuerdo de cuando me enseñaste a respirar. Iba por la vida: rápido cuando debía ir moderado, y lento cuando debía ir veloz. Me acuerdo de cuando me enseñaste a respirar. Iba por la vida, inhalando cuando debía exhalar; aguantando la respiración en los bosques e inspirando bajo el mar —qué idiota era, moría sin más—. Pero tú me enseñaste a abrir los pulmones con las rosas, a contraerlos para aguantar más tiempo haciendo el amor, en cada beso, en cada penetración, en cada gemido, ¡Dios, qué canción! Me acuerdo de cuando me enseñaste a respirar, a vivir, a amar —y por qué no—, también a follar.

Gracias por enseñarme a respirar...a entender los olores que el propio viento no entiende.

LAS COSAS PEQUEÑAS

Alma N° 71

Y aunque el universo sea tan grande como un millar de playas, y tú solo seas un diminuto grano de arena, recuerda, que sin ti, un millar de playas, son un grano de arena “más” pequeñas.

Las cosas pequeñas,
a escala,
son enormemente majestuosas.

UNA PROMESA

Alma Nº 72

Ya estoy despierta. Pero prefiero seguir con los ojos cerrados.

«¡La lista!», me dice esa voz en mi cabeza que parece llevar tres horas y dos cafés despierta; la odio, pero la necesito, siempre va un paso por delante de mí, y eso, en mi situación, es bueno.

Vale, he de hacer la lista. Siempre se la susurro a mi almohada. La sensación de que alguien —o algo— me escucha, lo hace parecer menos estúpido:

—Nombre completo: Isabel Eiso.

»Año en que naciste: 1987

»Nombre de tus padres: Daniel y Elizabeth.

»Nombre de tus hijas: Cloe y Carmen.

»Nombre de tu esposo: no tengo esposo —reniego de mi marido en la lista porque estoy enfadada con él—. Su nombre no es relevante. El muy cabrón me debe un masaje desde el mes pasado.

»¿Estás enamorada de tu esposo? Cuando me haga el masaje volveré a estarlo.

»¿Qué edad tienen tus hijas? Ahora, mmm...veinticinco años. Bueno, Cloe tiene casi una hora y media más que Carmen.

»¿Qué hiciste ayer? Visitar la tumba de mi abuela.

»¿Qué planes tienes para hoy? Escribir y quejarme de no haber recibido mi masaje.

»¿Y qué planes tienes para mañana? Me conformaré con ser capaz de seguir recordando esta lista.

»¿Cuál es la contraseña para levantarte de la cama? Para siempre solo es una frase que empieza por /p/ y acaba en ahora.

¡He completado la lista satisfactoriamente!

¡Ah, sí!, casi se me olvida —irónico— tengo la enfermedad de Alzheimer. La lista es un ejercicio que me recomendó mi médico. El alzhéimer es de tipo familiar y lo heredé de mi padre; bueno, es una de esas largas historias que se resumen en el código genético.

Abro los ojos y después de un cargado suspiro me levanto de la cama. «Ya me cuesta caminar», pienso.

Las cortinas son oscuras, pero no pueden ocultar que ha amanecido hace ya varias horas. «¿Las desando? ¿No las desando? —debato conmigo misma—. Sí, las desando».

Así es, estoy tan cansada que ya no utilizo la palabra correr ni para las cortinas, y de correrme mejor ya ni hablemos. La luz del sol de las once de la mañana se abre paso por las paredes de mi cuarto. Su impacto en los amberinos muros crea un filtro dorado casi artificial, como una tostada mañanera en su punto, contradiciendo

violentamente mis ojos entornados de recién levantada. «Menuda mierda de sol —me quejo porque sí y miró a mi alrededor—. Dios, mi habitación parece un filtro de cámara de una película de Woody Allen. Sol sinvergüenza».

Así es, así me levanto todos los días del año desde que soy consciente de que me estoy muriendo: cansada y cansada de pensar en lo cansada que estoy.

Mis párpados se separan cada vez más los unos de los otros, mis oídos dejan entrar el sonido de las pisadas, los murmullos en distintos idiomas, la onomatopeya de los flashes y el grito más repetido de todos, esa palabra que decían solo era una moda y que al final, hoy, en pleno 2052, se sigue utilizando con la misma *ya* enervante efusividad: ¡Selfi!

Mi respiración saluda los olores que desde la calle llegan a mi balcón y mis ojos se adaptan a la luz. «Escogiste este piso por selección natural —me digo a mí misma con toda la ironía que podía desechar llevando solo cinco minutos despierta, al tiempo que admiro el esplendor de la turísticamente ruidosa Plaza del Sol—. Adaptación querida Isabel. Darwin estaría contento, ¿verdad?».

Creo que mi balcón y sus vistas son una de esas cosas por las que se inventó la frase “no hay mal que por bien no venga”.

Una descarada brisa se cuela por el ventanal e intento cubrir, con las cortinas, la desnudez de mis brazos y mi tórax que mi camisón no cubre. Recojo del borde de la cama el fular de diseño *vintage* decorado con ilustraciones del sistema solar y me lo echo por encima de la espalda.

«Huele a café —pienso, tras olisquear el vapor que se cuela por debajo de mi puerta—. Siempre ocurren cosas en los lugares que huelen a café —(existo)—. Debe de ser Cloe, ella es la única que toma café. —Camino hasta la puerta; la comisura de mis labios le da los buenos días a mi boca con la primera sonrisa que le arranco al día—. Cuánto han crecido, ahora una ya toma café y la otra está prometida. —Despego mi mano del pomo de la puerta al escuchar la voz del novio de Carmen—. Que disfruten ellas, ya desayunaré luego. —desisto de mi intención de salir de la habitación».

Me doy la vuelta y avispo el orden que reina en mi escritorio, ese reino donde anárquicamente deberían coexistir mi harén de fármacos, mi equipo de maquillaje, una pila de libros que ya me he leído, tickets, papeles, algún que otro jersey y mi portátil.

«Qué hombre», pienso, sin dejarme claro a mí misma si mis palabras son un halago o una crítica. Bueno, son más un halago que una crítica. ¿A quién quiero engañar? Por más enojada que esté por no haber recibido mi masaje...le amo. No soy capaz de imaginarme mi vida sin él...porque sola soy, que sola —sin él—, no soy nada.

Vale, vale, aclararé lo de las “metáforas/citas filosóficas”. De joven era profesora de filosofía en un pequeño instituto de Móstoles. Y sí, era de las macarras. Les expliqué a mis alumnos que el término medio de Aristóteles era —literalmente—: *la mierda que uno se hace entre el estado de diarrea y el de estreñimiento*. Ay, qué tiempos.

—Hola princesa —dice mi marido, el susodicho no cumple promesas, al entrar al cuarto—. ¿Todavía sigues aquí?

Rayo una mueca de pasotismo.

—¿Y te has vuelto a poner el pijama? —Cierra la puerta y, su cara que antes expresaba desconcierto, ahora tiene cierto halo de tristeza, de compasión, y al mismo tiempo de comprensión.

—¿Que qué hago aquí? —hablo con tono de decir algo que él y yo ya habíamos acordado—. Las niñas están abajo. Y yo ya soy muy mayor para molestarlas. Además, ya sabes cómo se pone Carmen cuando está su novio en casa. Tú también ya eres un vejestorio —añado con tono de burla—. Deja a las niñas desayunar tranquilas y hablar de sus cosas.

Mi esposo se me queda mirando. Me mira como si fuera la primera vez que me ve. Su silencio no me incómoda. Me sonrío. Me sonrío y yo le sonrío a él.

—¿Qué pasa? —pregunto sin poder borrar la curva de felicidad de mi cigomático.

—Todo —me contesta, y lo hace así porque acordamos que nunca nos diríamos “nada”.

Me mira. Me mira y yo dejo que me mire. Le brillan los ojos. Le brilla el alma...y todo eso, porque me está viendo.

—Estoy enamorado de ti —me dice—. Nunca olvides eso.

Trago saliva, me muerdo el labio y le contesto, con más deseo que sinceridad:

—Nunca me olvidaré de ti.

Se acerca a mí. Me besa en la boca y me dice:

—¿Qué tal si te doy ese masaje?

—Eso me haría muy feliz.

—Lo sé —me contesta. Y lo hace con *la voz de la experiencia*. Con ciencia. Sus palabras no son una hipótesis.

—¡Espera cariño!

—Dime.

—Tengo que hacer la lista.

—Ya la hiciste esta mañana, princesa —me habla con ternura—. Y también hace años que las gemelas ya no viven aquí.

Se hace silencio. El silencio más triste del mundo...y recuerdo:

—¿Y el masaje? Ya me lo diste, ¿verdad?

—Sí. Todos los días. Es mi promesa.

CAOS ES

Alma Nº 73

Caos era: que lo único que se podría comparar con la arriesgada apuesta de pedirle un préstamo a tus labios...era tener que devolvérselos.

Caos era: no saber los títulos de las canciones e intentar recomendárnoslas por teléfono.

Caos era: follar y hacer el amor a la vez.

Caos era: tener los horarios cambiados; vivir en modo murciélagos.

Caos era: abrazarnos durante horas sin decirnos nada.

Y ahora...

Caos es: el desorden que dejaste en mi cama.

Caos es: que mi perro siga esperándote en la entrada.

Caos es: que ya no me lleguen a casa tus cartas.

Caos es: que cambiaste de dirección al fin.

Caos es: que me sigan preguntando por ti.

Caos es: todo lo feliz que puedes llegar a ser sin mí.

SE BUSCA

Alma N° 74

Se buscan, sonrisas con las que llorar. Se buscan, almas WIFI con las que conectar. Se buscan, silencios con los que gritar; realidades que den sueño y sueños por los que despertar.

¡Joder! Solo busco: sexo sin pagar, ¡mentes con las que follar! Solo busco...no sé...curiosidad... “gatos que matar”; ratos que pasar. Alguien que me ame y, alguien a quien amar.

Y solo busco, porque solo se buscan cosas que se pueden encontrar...si levantas la vista y miras a dónde vas.

....

!Ay, mira! aquí estás .

ALMAS GEMELAS

Alma N° 75

El karma nunca se enamoraría de un boomerang.

¿Encontrar a mi alma gemela? No, para nada quiero a alguien que se parezca a mí. Ya me es difícil lidiar con mi estupidez como para añadirle la de otra persona igual de terca que yo.

Quiero un alma diferente, opuesta a la mía, con la que cumplir la ley esa de los polos que se atraen. Un alma imprevisible, con la que hacer lo imposible, como... iniciar circunferencias con finales impensables: giros inesperados. Un alma que me sorprenda y a la cuál sorprender. Un alma que tenga sus propios gustos, manías, odios, traumas, sueños, pasiones y hasta sus propios etc. etc., así podré presentarle a mis etc. etc. Un alma que me enseñe a amar todo aquello que desconozco; que vuelque mi mundo, que a mi corazón le añada latidos...y que consiga de una vez que aguante las pelis en mala calidad y audio latino.

COBRAR, SENTIDO

Alma Nº 76

—¿Y tu corazón? —me pregunta Lucía. El sonido de su voz revela sus dieciocho años, probablemente recién cumplidos; y la profundidad de sus palabras, alegremente para mí, y, aunque ella no lo reconozca, revela que tiene muchas ganas de vivir.

La miro a los ojos y sonrío por dentro, por fuera también, pero mucho más por dentro. No ha conseguido con esa pose de chica dura y desinteresada, que me crea ese su discurso de haber asumido que, en menos de un año, morirá.

—¿Cómo está tu corazón? —insiste Lucía en su “interrogatorio”.

—Abierto —contesto. En ese preciso momento, ni yo mismo sé si estamos hablando del hecho de que ella necesita un trasplante de corazón, y, el único órgano que no tengo infectado por el cáncer sea mi corazón; o quizá, *sin querer saberlo*, nos estamos refiriendo al hecho de que, aun teniendo una mujer con la que llevo casado quince años “más” dos hijos, estoy más que predispuesto a llevármela a la cama...o al coche, o a un descampado. Vamos, que sea como sea —hoy— me la quiero follar.

Ella sonríe y coge el botellín de cerveza que intranquilamente —sudada— descansaba sobre la barra. Empina el codo con tal destreza y habilidad que hasta entonces solo había visto en el borracho anónimo de mi amigo...Brandon. Ese hombre menudo, que ebrio, se convertía en un gran filósofo con frases recurrentes. No culpo a Brandon por ser un borracho, es un buen hombre, de los de verdad. Yo no podría vivir con una mujer enferma de alzhéimer a la que tuviese que dar un masaje todos los días porque se le olvida.

No acabo de acostumbrarme —y no me acuerdo de cuando empecé— a ver a Lucía con ojos de deseo. Porque además de su cara de niña, solo es unos años mayor que mis hijos. Pero cuando abraza el botellín de cerveza con sus labios con tanta sensualidad, no puedo impedirme de verla como una prostituta. Bueno, de todos modos, eso es lo que es. ¡No!, de todos modos, eso es a lo que se dedica. Porque ser, es mucho, mucho más.

Aprovecho la coyuntura, ese instante gris y de vacío en mi cabeza para hacerle una pregunta que, de tener la sangre unos centímetros más arriba, seguramente no haría:

—¿Cuánto me cobrarías? —Ella me mira de reojo. Todavía tiene el botellín en la boca y, sin disimulo, acaricia la boquilla en su humedecido labio inferior antes de dejarla y esbozar una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —le pregunto, mirándola a los labios y no a los ojos, ¿a dónde iba a mirar si no?

—De nada —me contesta. Pero los dos sabemos que me lo va a contar. Es un “de nada” de esos que se dicen para restarle importancia a las cosas que de verdad creemos que importan, pero que pensamos que a la otra persona no le acabará de parecer tan relevante.

Se toma su tiempo antes de hablar, y se lo toma con la misma destreza “acaparadora de atenciones” con la que se tomaba la cerveza. Hace una pausa y se gusta en su pausa. Me mira a los ojos, al alma y, siento que hasta a mis tumores.

—Mi madre solía decir —se decide a hablar—, que, si vamos por la vida pensando en cobrar, al final, la vida, es la que nunca llega a cobrar sentido.

A veces cuando me mira siento que me conoce. No sé de qué, pero algo me dice que, aunque esta es la primea vez que nos vemos, no es la primera vez que ella me ve a mí...al igual que no es la primera vez que yo la veo a ella.

—¿En tu cama o en la mía? —me pregunta. Hay determinación en sus ojos. O tal vez es experiencia. No lo sé, pero ahora el que parece un muchacho de dieciocho años soy yo. Diría que ella es la que aparenta tener mis cuarenta y dos tacos, pero no. El hecho de que se vea más madura que yo en esta situación no hace que se le quite la cara de niña—. ¿Entonces? —insiste—: ¿En tu cama o en la... —Me abalanzo para callarla con un beso.

—Donde sea. Siempre que seamos tú y yo...donde sea. —Me separo lento y despacio de sus labios. ¡Dios!, eran tal y cómo me los había imaginado.

Ella vuelve a sonreír, pero es una sonrisa distinta, irónica, casi cínica.

—¿Por qué te ríes? ¿No te ha gustado? —interrogo.

Siempre me he considerado bueno besando, lo dicen todas las mujeres con las que he estado, incluida mi mujer.

—No, no es eso —me contesta—. Es por lo que has dicho.

—¿Donde sea, siempre que seamos tú y yo? —dudo.

—Sí. —Desvía los ojos al espejo de la barra y tras un veloz parpadeo me vuelve a mirar.

—Lo sé —expreso disculpa sin modestia—: ha sonado demasiado empalagoso.

—No es por eso —me replica con tono serio al tiempo que me indica, con el dedo, que me fije en el espejo de la barra—. Es solo que... —. Se levanta y camina hasta ELLA—. Tu mujer dijo que lo dirías...y lo has hecho.

Ahora todo tiene sentido. Mi mujer tendrá su venganza...y Lucía su corazón.

Lucía...sí, ahora me acuerdo. Entonces, ¿cómo es posible?

Ya veo, se ha puesto el nombre de su hermana mayor...para recordarme que la maté en aquel accidente.

¡Lo siento!

LOS JUEGOS DEL ARTE

Alma Nº 77

Que tiemble el arcoíris.

Nunca se te dio muy bien lo de colorear. Tus cuadernos de dibujar eran un verdadero desastre. En los dibujos de colorear siempre te salías de los bordes. Me acuerdo de cuando coloreaste a Pepito Grillo, y luego a Maya, que no se sabía dónde empezaba el negro y acababa el amarillo. Y de cuando coloreaste el río de la página 20...madre mía, lo des(bordaste) evidentemente. Hacías añicos las ceras y los lapiceros...normal que te prohibieran acercarte a las témperas.

Nunca se te dio muy bien lo de colorear. Era entrar a plástica, verte y pensar: bienvenidos a los septuagésimo cuartos juegos del arte.

Nunca se te dio muy bien lo de colorear, pero...joder si te encantaba. Parecía que el mundo desaparecía cuando te centrabas. Sacabas la lengua fuera y coloreabas como si tu vida dependiera de ello. Nunca se te dio muy bien lo de colorear, pero te veías bonita, con las manos y la cara llenas de colores...y tus páginas hechas un desastre, pero llenas de vida. Nunca se te dio muy bien lo de colorear, pero después de treinta años casados y tres maravillosas hijas...sigues pintando en mi boca...la mejor de las sonrisas.

¡Ah! Y no sé cómo de cierto será eso de que estés en peligro de *excitación* porque vaya por la casa sin camisa...Aunque para entenderlo, no creo que...Tengamos Que Hablar.

LOS JUEGOS DEL ARTE: EN CAMAS

Alma Nº 78

Dime, ¿qué habitación no se quedó impregnada de tu ser? Dime, ¿qué cama no te dejó dormir? Dime, ¿qué sábanas no recuerdan tu piel? Dime cuáles, y volveremos a ese hotel. Volveremos para hacer todas aquellas cosas que solo los dos *nos* sabemos hacer.

¿Como qué?

Pues a ver: disfrutar de nuestra desnudez...que te pasees por la habitación y mis ojos te sigan vayas a donde vayas; que antes de llenarme de vida me mates de ganas...que seas ¡mi chica en bragas! O en llamas, que son más o menos la misma cosa: —revolución—. Porque llegados a ese punto, solo ardería de deseo por besar tu cuerpo; morderte los labios, dentellear tu cuello y que tú marques mi yugular. Que me tumbes sobre la cama. Que retes a mis mejillas con el roce de tu lengua. Que me acobardes y se me ponga la piel de gallina. Que me borres los “te imaginas” llenándome de realidad. ¡Que me hagas moverme como nunca más volveré a moverme! Que aprendamos a querernos porque desde que nos amamos nos hemos olvidado de cómo hacerlo. Follarnos compulsivamente. Follarnos compulsivamente. Follarnos compulsivamente y *etcéteramente*. Que me mires a los ojos mientras gimes y me hagas sentir un hombre de nuevo. Que me hagas olvidar el accidente; que acepte vivir en mi verdad: que nunca volveré a caminar. Que recuerde que cuando no estás, o me paso la vida en una silla de ruedas, o en camas de hospital. Dime qué hotel es...qué sábanas son...y volveremos para hacerlas recordar.

LOS JUEGOS DEL ARTE: SIN LAZO

Alma Nº 79

Decisiones, la mejor de las bebidas energéticas.

Es...preciosa. No tengo ni una sola oportunidad.

—Si no vas tú a por ella, iré yo —me dice Brandon.

—¿Qué?

—¿Qué? —me imita haciendo el tonto— ¿Qué pasa? ¿Además de embobado estás sordo?

—¿De qué hablas? No estoy embobado...solo es una chica.

—Vaya, que inteligente. Solo es una chica. Claro que sí, como aquí tenemos de eso todos los días.

—¿Si tanto te gusta, por qué no vas tú?

—Vale. —Intenta ir hacía ella, pero le detengo—. ¿Cambiate de opinión?

—No sé qué voy a decirle. Esto no se me da bien —dudo de mí mismo, como siempre—. Además, estoy en pijama.

—Amigo. —Me sujeta del hombro—. Todos estamos en pijamas.

—Voy a cambiarme. —Brandon me pega un fuerte empujón en la espalda y me detengo a unos metros de ella.

Me doy la vuelta. Estoy cagado de miedo. Miro a Brandon y me hace una señal de “ok”, como diciéndome: “lo estás haciendo muy bien”.

Hijo de...

He llamado la atención de la gente durante un instante al moverme como un terremoto por la sala a causa del empujón de Brandon. Y ella me ha mirado, un rato, pero me ha mirado.

¿Qué voy a decirle? Me fijo en ella...qué guapa es. Y parece inteligente. Demasiado inteligente para mí.

Espera...no lleva...ya sé. Me giro para mirar a Brandon y me toco el pecho tres veces con el dedo. Por el gesto que me hace, creo que me ha dicho: “muy bien visto”. Eso tiene pasar horas y horas de amistad con ese loco, que uno aprende a leer un lenguaje de signos chapuza.

Me acerco a ella, colándome entre la gente. No quiero que me vea llegar. Es mejor si aparezco como si nada. Así en plan sorpresa.

—Hola —la saludo—. ¿Podemos tener una conversación?

Ella no responde. Me mira, luego vuelve la mirada al móvil.

—Mierda —maldice—. Había apostado conmigo misma a que tardarías otros cinco minutos más en decidirme a acercarte. —Gira el móvil y me muestra el cronómetro, detenido en nueve minutos y seis segundos—. Y las conversaciones son como los besos, no se piden. —Esboza una sonrisa. Y me quedo en silencio. Tiene la voz más bonita del mundo, justo por detrás de la voz de mi madre—. ¿Estás bien? —me pregunta.

No, evidentemente estoy embobado. Reacciona hombre, reacciona.

Me giro y miro a Brandon, que está negando con la cabeza. Me está diciendo, en nuestro lenguaje de signos chapuza, que no la cague.

—Perdona —contesto—. Es que es la primera vez que veo a alguien como tú.

—¿Es la primera vez que vez a una chica? —pregunta, extrañada.

—¿Qué? No, no —me pongo nervioso.

—Es broma. —Me sonrío—. Tranquilo.

Se hace silencio. ¿Qué era lo que le iba a decir?

—Bonito pijama —me dice—. Tiene estilo. Es...—Alza la cabeza y escruta la sala con la mirada—...diferente. Tiene personalidad.

—Gracias. Lo he pintado yo mismo. —Le señalo todas las pintadas que le he hecho a mi bata.

—Eres todo un artista.

—Y estos son los juegos del arte —bromeo—. Solo puede sobrevivir uno en esta planta.

—Me impresiona vuestro sentido del humor. —Hace una pausa—. Yo no podría ser tan fuerte.

Me conmovería lo que ha dicho, pero ya estoy acostumbrado a esas palabras. Y

sé que lo que sigue es un puñado de conversaciones sobre el sentido de la vida. Así que me acuerdo de lo que le iba a decir:

—¿Dónde está tu lazo? —Ella me mira y sonrío. Luego extiende el brazo y se remanga la chaqueta—. Vaya, lo llevas tatuado. Una gran decisión. La mejor de las bebidas energéticas, ¿verdad?

—Ya ves, algunas te dan alas. Pero yo prefiero las que te marcan. Las que significan algo. Las que me hacen tener los pies en la tierra.

—Pues cuando salga de aquí...y me crezca el pelo y... —Miro mi prótesis derecha—. Bueno, eso no me va a volver a crecer —bromeo, sé que le gusta “nuestro sentido del humor”. Y ella se ríe, se ríe de verdad porque se le achinan los ojos—. Nos iremos a un bar y nos emborracharemos de tomar decisiones. Me da igual si son buenas o malas, si son contigo.

—Vaya, has ido de cero a cien en nada —me dice y se parte el culo de risa—. De acuerdo. Cuando salgas, iremos y haremos eso.

—¿Lo prometes?

—Sí. ¿Tú me prometes que saldrás de aquí?

—Sí. Te lo prometo. Por cierto ¿por quién has venido? Porque no creo que trabajes aquí.

—Por mi hermano, el loco que te está haciendo señales.

Me giro y veo a Brandon con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Brandon es tu hermano?

—Sí. Y por sus gestos...creo que te está diciendo: “¿te mola mi hermana? ¿No te lo esperabas eh?

—Será hijo de... —Me callo—. Perdona.

—Sí, es un hijo de puta —acaba ella—. Mismo padre, madres diferentes.

—Ya veo.

Todo ha sido un plan suyo.

—¿Cómo te llamas —la pregunto.

—Olga —me contesta—. ¿Y tú?

—Eli.

—¿Eli como en Elizabeth? —se mofa.

—No, ese es un nombre de chica. De hecho, es el que me iban a poner mis padres cuando antes de nacer se pensaban que sería una niña. Es Eli, de Elías.

LA VENGANZA

Alma N° 80

—Ya estás lista —le dijo el viejo señor Gato a su hija mayor, Goodbye Kitty—. Esta noche cumplirás con tu destino. El destino de toda tu raza.

—Así lo haré —respondió.

Kitty caminó sin rumbo por la ciudad. Perdiéndose en las calles sin importarle nada ni nadie.

—¿Quién es esa? —se preguntó una sombra—. Que gatita más linda. Voy a acercarme a ver qué quiere en la vida—. Hola gatita. Ja, ja, ja. ¿Lo pillas?

Goodbye no contestó. Pasó completamente de aquella sombra. Que a medida que pasaba el tiempo, hacía más y más preguntas. Pero Goodbye se mantenía indiferente, distante, desinteresada, discreta. Y la sombra, ya sin un rastro de oxígeno después de preguntar e indagar durante más de siete días sin conseguir nada de la gata. Se rindió. Y cuando estaba en el suelo, hizo su última pregunta:

—¿Quién eres?

—Nadie —contestó Goodbye—. No tengo ni siquiera curiosidad en saber quién soy. Hoy mueres. Hoy, el gato, no...*la gata*, mata a la curiosidad para siempre.

¡CHARIZARD, TE ELIJO A TI!

Alma N° 81

Siempre me he preguntado a qué viene la dependencia que tenemos a que nos elijan. Esa tendencia secretamente autodestructiva por sentirnos especiales o, simplemente, mejores que las demás. En el patio del colegio queremos ser las primeras elegidas para el partido de fútbol; ser elegidas ganadoras de los concursos de belleza. Es como si, sin darnos cuenta, viviésemos en una constante competición con las demás personas...en un *juicio* vicioso sobre el precio de todo y el valor de nada.

¿Cuántas vidas estás dispuesta a no vivir por atender a las necesidades de los demás? ¿Cuánto estás dispuesta a sacrificar para que te elijan? Yo no estoy dispuesta a ser el pokemon de nadie. Una mini-criatura atrapada en una bola que solo sale al exterior cuando la eligen para pelear las batallas de un capullo que no puede luchar sus propias guerras. Sí, así soy en la vida y en el amor. No espero a que me elijan, no soy la Charizard de nadie. Ya lo dice la sabiduría popular, el amor no es una elección, uno no elige a quién amar. El amor es algo así como una ecuación de emociones y sentimientos. Con una fórmula diferente para cada persona, pero con un resultado casi similar: la sensación de no poder vivir del todo si esa persona no está contigo.

Bueno, en todo caso...si fuese un pokemón...sería Pikachu. Porque además de ser monísimo y no vivir encerrado en una bola... ¡tiene personalidad!

¡ESTO NO ES UN SIMULACRO!

Alma N° 82

Para amar, ¿mínimo?, cero años de experiencia.

Mi corazón era como una base militar. Lo levantaba a las cinco de la mañana y lo sacaba a entrenar. Hacíamos de todo: ejercicios de respirar; aprender la diferencia entre correr y caminar; se caía y lo enseñaba a levantarse y continuar; con *las corazones* de hielo lo enseñé a patinar, y con *las* fogosas a follar...y esa era una lección que le gustó un poco más. Todo era hermoso, hasta que vino una rompe-corazones y me obligó a enseñarlo a no amar...y evidentemente, al conocerte, sé que hice mal.

Querida chica que mides distancias con canciones. No estoy probando suerte contigo. Y tampoco le estoy tanteando al amor. He decidido arriesgarlo todo. Mi corazón ya no es una base militar. Esto no es un simulacro, no estoy imitando un suceso real para tomar las medidas necesarias de seguridad en caso de que ocurra realmente. Ya estoy enamorado de ti. ¡Ya estás ocurriendo! ¡Ya estoy ardiendo! ¡Ya estoy destrozado! Así que, apaga las alarmas...y déjame entrar.

¡HURRA!

Alma Nº 83

Hay villanos que también llevan capas.

Shane Koyczan escribió: «el silencio en una canción de la cual me conozco toda la letra».

Y yo me pregunto: ¿cómo suena?

Y me respondo: lo más probable, es que suene a ruido.

—Maldita gorda de mierda —me susurra Ovono al oído. Lo hace todos los días. Se toma la molestia de venir al fondo de la clase donde me han exiliado...y me susurra “maldita gorda de mierda”...Y los poetas redactan la palabra susurro como algo bonito. Hipócritas.

—Ovono, vuelve a tu sitio —le dice la profesora. Y él, entre vítores y aclamaciones, vuelve a su sitio después de mirarme a los ojos, llevarse el pulgar al cuello y hacer ademán de rajarme la garganta.

Todos le aplauden, o se ríen con él. Bueno, todos menos Wili. Él siempre está en silencio, escribiendo cartas o notas para venderlas y recaudar fondos, Dios sabrá para qué. Porque hasta donde sé, su hermano Brandon cuida muy bien de él.

El cielo está azul y soleado. Y no sé muy bien porqué, pero es algo que no me gusta mucho. A mí me gusta el gris. Sí, el gris es mi color favorito...le sienta muy bien a las nubes.

—Hurra —me llama la profesora—, pasa a la pizarra.

¿Por qué me hace esto? Sabe que tengo hecha la tarea y aun así me va a hacer pasar por esto. Sabe muy bien que todos se van a reír de mí. No sé quién es peor, Ovono o ella.

Me levanto, y todos mis miedos se levantan conmigo. Camino hacia la pizarra y mis miedos caminan conmigo.

—¡Hip! ¡Hip! —canturrea Ovono.

—¡Hurra! —le acompaña la clase. Todos, excepto Wili, se han puesto a cantar mofándose de mi nombre. Hasta la profesora hace lo imposible por no reírse.

Y a medida que avanzo, escucho: gorda, fea, imbécil, estúpida...y más palabras que a cualquier *etc.* le repugnaría representar.

—Profesora —musito con la voz temblorosa.

—Silencio ya chicos —advierde, poco convincente. El bullicio se calma, pero las risitas suenan y retumban en mis oídos.

Tengo los ojos llenos de lágrimas, pero no puedo llorar. No, no puedo hacerles eso.

—Pasa de ellos —me dice la profesora, restándole importancia a las acciones que afectan a mi vida entera.

—No puedo pasar —respondo—. No puedo hacerlos eso...—No puedo pasar.

—¡Wili! —le llama la atención la profesora—. No estás prestando atención.

Ven y ayuda a tu compañera con el ejercicio.

Wili se levanta y todos se quedan en silencio. “El chico raro” y la “maldita gorda de mierda” juntos en la pizarra; haciendo un ejercicio que probablemente somos los únicos que lo han hecho.

—Hermosa —me dice Wili, creo... ¿eso era un susurro?

—¿Qué has dicho? —pregunto incrédula y también... ¿en un susurro?

—Que eres hermosa. —Sí, me ha susurrado.

¿Tengo que darle las gracias verdad? Así es como funciona cuando te hacen un cumplido.

—Gracias —le susurro. Y veo por el rabillo del ojo que está sonriendo. ¿Es la primera vez que le veo sonreír? Espera, ¿es siquiera la primera vez que hablamos?

—No, no es la primera vez que hablamos —me susurra.

—¿Cómo...? ¿Cómo has...? ¿Me has...? —Se me cae la tiza y él se agacha para recogerla. Luego, con cariño, la deja sobre mi mano acariciando mi palma.

—Yo también tengo poderes —me susurra y continua con el ejercicio—. Puedo leer los pensamientos. —Se muerde el labio—. Perdona, no debo hacerlo sin pedir permiso.

«¿Entonces...me estás escuchando ahora?», pienso.

—Sí —me susurra.

«¿Y por qué me sigues susurrando? ¿Por qué no me respondes con tus poderes?».

—Porque no sé hacerlo todavía. Solo puedo leerte a ti. Tú a mí no.

«Ok. Espera un momento. En el último examen de historia sacamos la misma nota respondiendo a las mismas preguntas. ¿Me estabas copiando?».

—Técnicamente...no te estaba copiando. —me contesta con sarcasmo y le ataco con la mirada—. Lo siento. —Sonríe—. Es que piensas muy alto. —Ahora la que sonrío soy yo.

Se hace silencio. ¿Silencio? No. La clase en ningún momento ha estado en silencio. Siguen las burlas y las risitas. Es solo que...desde que se ha levantado Wili, no he dejado de pensar en él. Y he sellado todo el ruido.

—Gracias —me susurra Wili.

—¿Qué?

—No sabía que tenía ese efecto en las personas.

Me ha leído la mente... ¿será cabrón?

—No. Ja, ja, ja.

«Vale, Sr. Lee mentes. ¿Cómo sabes qué soy? En ningún momento he pensado en eso aquí en clase. Y también, ¿para qué recaudas fondos?».

—Esas dos preguntas tienen una misma respuesta —habla sin despejar la mirada de la pizarra—. Recaudo fondos por ti. Porque sé que Hurra...es diminutivo de Huracán. Solo me estoy preparando para el desastre que dejarás...—Me mira... cuando al final, decidas pasar. Cuando no aguantes más y empieces a llorar. Recaudo fondos para cuando te hartes de toda esta mierda y decidas empezar a girar y girar sin parar. Tú, solo avísame.

«No hará falta avisarte. Si puedes leer la mente...ya sabes cuál es mi color favorito».

—El gris. La verdad es que sí que les sienta bien a las nubes.

«Pues cuando veas el cielo oscurecer y a las nubes vestirse de gris, reúne tus fondos...y no vengas al colegio».

—Eso haré —me dice con una sonrisa—. Pero no te pases. No lo destroces todo. No es culpa de estos ignorantes no saber que “Hurra”, es un grito de guerra.

«Una pregunta. ¿Tu hermano también tiene poderes?».

—Más o menos. Lo suyo es algo complicado. Tiene que ver con las almas de las personas o algo así.

ENTRADAS DE EMERGENCIA

Alma N° 84

A veces, mido distancias con canciones.

La belleza está en el interior. Y mi corazón está roto por dentro. Porque todo aquel que entra acaba huyendo. Todos acaban haciéndome pedazos. Ya hace mucho que no amo, y mi alma y mi ser me piden que te deje espacio. Pero mis heridas no olvidan...y ellas son las que están en el exterior. Pensar en el amor abre viejas cicatrices...y eso hace daño. Sé que tú me amas, y que quieres que yo te ame. Pero, por ahora no puedo. Sé que eres un chico maravilloso y que nunca te largarías como hicieron los demás. Pero ahora, si de verdad quieres estar conmigo, tendrás que esperar. Porque me estoy conociendo a mí. Porque me estoy dando tiempo. Porque todavía no me he recuperado. Y porque el amor, tiene mil salidas...pero no tiene entradas de emergencia.

TÚ, QUE SOPLAS VELAS Y APAGAS ESTRELLAS

Alma N° 85

Caos es sinónimo de perfección...al menos para el universo.

¿Verdad? Tú, que levantas pasiones, y todo lo que le dices al universo es una declaración de intenciones. Tú, que eres cinturón negro en todas las artes mentales; tú, que eres licenciada en tus derechos y mis necesidades. Tú, que te desnudas, y haces que el mismísimo Peter Pan desee crecer, así, sin más. Tú, que con un ajustado vestido rojo, marcas más hemisferios que curvas; y que aun con ese escote, no puedo dejar de hacer caso a todo lo que digas...*bajo* ningún concepto, y, *sobre* todo, cuando me miras. Tú, que cuando hay fuego alrededor de la montaña no eres la ladera...eres la llama. Tú, que dices nunca, pero que nunca dices nunca jamás. Tú, que aun teniendo los pies en la tierra sabes volar. Tú, que has conseguido que me enamore de ti cuando yo no sabía qué era amar. *Tú, que puedes soplar velas y apagar estrellas...* pero brillas...sin apagar la luz de los demás.

MIEDOS A LA IZQUIERDA: YO, ANTES DE TI

Alma Nº 86

Uno: no quería contar con nadie. Y uno no entendía por qué era impar, si antes de él, había *alguien*. Uno no quería contar con nadie. Y uno, sentía que después de él venía el infinito y, a uno, lo sempiterno le daba miedo. Así que uno, muerto de pavor, se fijó en cero. Y cuando uno vio a cero, pensó que cero era el número más bonito que había visto y, que aun viniendo antes que él era...entero. Uno pensó que aquello era amor verdadero; que en cero había encontrado a su par. Y uno sintió que ya nunca más podría vivir sin cero, así que decidió ser sincero con cero y decirle que, aunque era una cero a la izquierda, era el cero que le daba valor y sentido a su vida. Eso de ser el primero ya no le iba y, le dio a cero una gran bienvenida. Juntos eran pura alegría. Se completaban. Uno tenía cero tolerancia al alcohol, pero con cero se podía tomar una cerveza cero por su aniversario, aunque para eso tuviesen que inventarse un día cero en el calendario. Cero era algo cerrada y le costaba representar textos, pero junto a uno hacían el perfecto código binario. Eran los putos dígitos del barrio y, procesaban el amor a diario. Pero, uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde. Pues, uno perdió a cero. Y para cuando uno se dio cuenta, cero ya contaba de la mano con menos uno, que a pesar de ser algo negativo la trataba como a una reina. A cero le encantaba que menos uno fuera original, que ella tuviese un hueco y él un pequeño guion con los que podían jugar. A cero le gustaba que menos uno no fuera uno más, que menos uno no fuera...ordinal; que fuera justamente competitivo y que cuando jugasen al UNO menos uno no la dejase ganar. Cero sentía que menos uno sí la trataba como a un número de verdad. Y menos uno...bueno. Nunca ponía peros; ni pretendía darle valor a cero poniendo comas entre ellos. Menos uno no tenía complejos. Y cuando hacían el amor, a menos uno le encantaba estar bajo cero. Así que uno, una vez más, volvió a quedarse solo, separado, como una unidad. Sin cero, su vida se consumía como una vela. Sin cero, el tiempo en él hacía mella. Se dio cuenta de que acostumbrarse era otra forma de morir, que él se había acostumbrado a vivir con cero, y le pidió disculpas a la vida por todas las veces en las que se había acostumbrado a...ellas. Y uno, empezó a contar, pero sin cero. Se olvidó de los besos de cero; del seso de cero; del sexo con cero; de los celos de cero y, hasta de los “te quiero” de cero. Se olvidó de ella y le dijo adiós. Uno se olvidó de cero y tal vez hasta del amor. Y comenzó a contar hacía lo que más miedo le daba: hasta el infinito, o ¿tal vez hasta dos?

ASESINOS EN SERIE(S): THE WALKING VERSE

Alma N° 87

¡Ahora soy un zombi!
Y no sé quién es la culpable de tal locura.
¡Ahora soy un zombi!
Un muerto viviente en la tierra.
¡Ahora soy un zombi!
Carezco de voluntad propia.
¡Mierda! ¡Ahora soy un zombi!
No controlo mi corazón ni mi cabeza.
Pero espera, ¡ahora soy un zombi!
Y tú me enseñaste a ver el lado bueno de las cosas.
¡Genial! ¡Soy un zombi!
Ya no puedo amar tu corazón o tu belleza.
Pero, ¡Dios, soy un zombi! Y ahora...
Puedo comerme literalmente tu cerebro.
¡Sí! ¡Soy un zombi!
Puedo probar con mi boca, el sabor de tu inteligencia.
Madre mía, hasta después de muerto,
me sigues gustando.

ASESINOS EN SERIE(S): CÓMO DEFENDER A UN POETA

Alma Nº 88

Cupido, como juez, jurado y verdugo del amor, no es muy buena idea.

Ella, mi ella, o al menos la que lo fue, estaba sentada al otro lado de la sala. Ya sé que desde el minuto uno fuimos completos antagonistas: ella del Madrid, yo del Barcelona; ella de salir, yo de estar en casa; ella muy Lannister, y yo, pues como que hubiera nacido en Invernalía. Lo teníamos todo en contra. Sus padres me odiaban y ella no acababa de caerles muy bien a mis amigos. Era como si nuestra relación se jugase constantemente en el estadio de un equipo rival. Con su afición haciéndonos peinetas siempre que tocamos el balón. Desde el primer día fuimos completos antagonistas, pero a diferencia de hoy, nosotros, siempre jugábamos en el mismo equipo.

—La defensa llama al Sr. Combe al estrado —dijo mi abogada, Clarís, invitándome a declarar tal y cómo habíamos planeado—. Señor Combe...

—Jonathan —dije—. Puedes llamarme Jonathan.

—De acuerdo, Jonathan —corrigió, acompañando una sonrisa cómplice. Lo habíamos planeado todo. Incitarle a llamarme por mi nombre me haría parecer cercano y amable ante el jurado—. Después de escuchar las palabras de su exnovia... esas duras declaraciones sobre cómo usted le rompió el corazón, ¿qué se le pasa por la cabeza en estos instantes?

—Que no sé cómo hemos podido llegar a esto —contesté—. Nos amábamos. Nos teníamos respeto y la separación fue de mutuo acuerdo. No entiendo por qué estoy aquí, acusado de haberle roto el corazón.

—Gracias. Y dígame. Su exnovia, aquí presente. —La señaló a Ella, mi ella—. Afirma que se encontraron por casualidad; que su relación fue fruto del azar; que *tú* no tuviste nada que ver. ¿Qué piensas de eso? —preguntó, siguiendo con el plan que habíamos ensayado.

—Ella. —La miré y, seguía siendo mi ella. Eso del plan me parecía cada vez menos...bonito—. Ella —titubeé—. Ella sabe que no creo en esas cosas del azar. Sabe que, para mí, los dos fuimos responsables de encontrarnos, al menos, hasta que el universo demuestre lo contrario.

—De acuerdo —dijo Clarís, contenta. Nos estábamos ganando al jurado—. ¿Es usted responsable de escribir esto? —me preguntó, acercándose a mí para entregarme una hoja de papel.

—Sí, es mío.

—¿Y de qué se trata?

—Son algunos de los poemas que le escribí a Ella.

—¿Con Ella, se refiere a su exnovia? —me cuestionó y asentí con la cabeza—. Por favor, Sr. Combe —Se detuvo—. Jonathan. ¿Sería tan amable de leer en voz alta

el poema número tres?

—Sí. —Tragué saliva y comencé a leer—: *Choquemos, choquemos todo lo que haga falta. Enfadémonos y estrellémonos con nuestras palabras. Pero siempre, siempre con el cinturón de honestidad puesto. Porque cuando dejemos de decirnos cuánto nos odiamos cuando nos ponemos tontos, comenzaremos a mentirnos sobre cuánto nos queremos. “Te quiero”, le dije tras la discusión. “Te quiero”, me contestó Ella...pero por educación.*

—Jonathan —me llamó Clarís, secuestrándome de mi ensimismamiento—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? —Me quedé bloqueado. La última pregunta no formaba parte del plan—. Responde con sinceridad —añadió, como dándome un consejo. Y asegurándome, con la humildad en su mirada, que todo iría bien—: ¿Por qué escribes?

Silencio. Silencio. Mis ojos en los de Ella. Ella, mi ella, la detective experta en encontrar miradas perdidas.

—El sentido literal de la vida —comencé a hablar, casi sin darme cuenta de lo que estaba diciendo—, es todo aquello que haces que te previene de matarte.

Silencio. Silencio. Mi mirada perdida.

—¿Jonathan? —me llamó Clarís de nuevo.

—Albert Camus —dije—. La frase es de Albert Camus. —Hice una pausa obligatoria porque no sabía muy bien qué decir. Las palabras se amontonaban en mi cabeza e intentaban amotinarse en mi garganta—. Ella. Escribo porque ella me dio una razón para escribir. Y escribir...ahora, es lo único que hago que me previene de acabar con mi vida. —Miré al jurado—. Muchos poetas escriben para vivir. Yo... —La miré a Ella—. escribo para no morir.

Y así, sin más, me sentí vivo. Me sentí tan vivo que dejé de preocuparme por Ella. Ella ya no era mi ella...ahora era suya. Y eso era algo que le daba un toque de revolución, de fuerza, de belleza. Nunca la había visto así. Siempre me pareció frágil. Pero ya no lo era...nunca lo fue. Era yo quien no sabía verla por lo que era. Primero suya, y luego de los demás. Al final, comencé a verla como me veía a mí mismo. Así que...esto es la guerra y:

—voy a defender mi inocencia —dije, mirándola a los ojos—. La voy a defender hasta el final. Porque me quiero; porque me conozco. Porque para mí, es incongruente que hables de borrar las heridas que te hice. Porque de mí, sé, que si hiero...no lo hago a lapicero.

PROPUESTAS EN “SÍ” BEMOL: SUELAS, AMOR Y ZAPATOS

Alma Nº 89

El amor está en el interior.

Excepto los domingos. Que las tiendas no abren y tiene que mirar los zapatos a través de los escaparates. Uno detrás de otro, su atención se divide entre las cosas aburridas que le cuento sobre mi infancia y los tacones en las vidrieras en la caminata de vuelta a su casa.

Mi madre, mi querida Cory, solía decir que se puede saber si una persona es de orígenes humildes por la ilusión en sus ojos al ver unos zapatos nuevos. No sé cómo de cierto puede ser eso, pero...

Ella ni me para ni me ataca. Ella, observando esos zapatos nuevos, me da paseos cardíacos y defensas al corazón. Es como si me invitase a amar, desde la más superficial de mis cicatrices, toda la profundidad de sus heridas; toda la precariedad de su niñez. Ella, con eso de que solo vivimos una vez, es como mi amor a primera vida. ¡El principio de todas las cosas!

—¿Quieres seguir la conversación en mi habitación? —me pregunta cuando llegamos a su portal.

—Eso suena bien —contesto.

Es extraordinario, ¿verdad? Eso que hacemos los humanos de decir “eso *suen*a bien” y no referirnos a la sonoridad, sino a la proposición. Es cómo dar un sí bemol.

Mi madre acertó, normal, Cory casi siempre tenía razón. Al entrar en su habitación, no solo me doy cuenta de que no es rica, sino que nunca lo ha sido. Pero, eso qué más da, cuando puedo recordar todo lo que hacemos con lujo de detalles.

Al día siguiente:

¡Todavía no me puedo creer que esté con ella! La miro mientras ella está con la mirada perdida. Y lo suelto, sin pensármelo, me sale del alma:

—Qué fea eres, cuando no me miras.

Y entonces, ocurre:

Achina los ojos y se le arruga la cara. Y escucho la risa más estrambótica y loca que jamás había escuchado. ¡Qué carcajadas! ¡Qué sonido más extraño! No sigue ningún patrón; es excéntricamente rara; es caótica, bestial...es sincera.

Y entonces, —aquí—, entre sus carcajadas, me doy cuenta de que ayer, cuando por primera vez se quitó la ropa ante mis ojos...no se estaba desnudando como lo hacía ahora.

A lo suyo, la gente normal lo llama “dejar huella”. Cuando ella, lo que pretende, es que el mundo entero sepa cuánto calza.

Ella era pobre. Pero yo, sigo aquí, con tanto dinero...y sin llegarle a la suela de los abrazos.

ESO DE CUANDO VAS A CRUZAR Y TODOS LOS SEMÁFOROS SE PONEN EN VERDE

Alma Nº 90

¿Sabes eso de cuando vas a cruzar la carretera, y, justo cuando llegas al borde de la acera con intención de detenerte para esperar el turno de los peatones, el semáforo se pone en verde? Es una sensación increíble —si te detienes a pensar en ello, ¿verdad?—. Ocurre, así, sin más y sin menos. En un instante te “encuentras” caminando sin prisa alguna, y al otro, te pierdes en la belleza de lo que te lleva ocurriendo desde que saliste de casa: ¡Todos los semáforos en verde! Y solo para ti. —¿Y solo para ti?—. Te sientes especial, como si hubieses encontrado una brecha en el funcionamiento del universo. Piensas en eso que dijo Coelho sobre que el universo te concede lo que quieres si lo deseas profundamente, y te das cuenta, de que es posible que a veces, el universo no sepa lo que quiere...que no se le den bien los *imprevistos* de contingencia. ¡Todos los semáforos en verde! Y, ¿solo para ti? No, a veces, no. Ahí estaba ella. Cuando era feliz conmigo mismo, regalándoles a mis costados contracciones y arrugas a mis mejillas; riendo y sonriendo con mi cuerpo, mi mente y mi alma como un loco...como dueño y señor del mundo que me sentía...ahí estaba ella; sonriendo, siendo revolución; volando sobre los pasos de cebrá como si fuesen su cielo personal. Ahí estaba ella...demostrándome, que era un poco más dueña del mundo que yo; que mientras yo lo flipaba por haber encontrado una simple brecha en el funcionamiento del universo, una aguja en un pajar...ella, era capaz de encontrar el amor en un azar.

CEUTA

Alma Nº 91

La luna no está llena hasta que no se ha comido un campero.

Mucha gente no sabe que hay un número “más alto” que el infinito: Aleph-null (ℵ₀). Y también hay mucha gente que no sabe dónde está Ceuta. Y la verdad es que no sé cuál de las dos cosas me molesta más.

Oh Ceuta, mi Ceuta. Os podría hablar de historia y geografía; de cómo es que hay un pedazo de España en África; de lo “golfa” que es Ceuta, bañándose con dos mares a la vez; de cómo San Antonio fascina cada día y cada noche al observar la ciudad desde su mirador; del Monte Hacho, del Día de la Mochila; de cómo surca el Desnarigado, olfateando las sales de las Murallas Reales; de cómo cuando no sabes dónde quedar con alguien, le dices: “pues quedamos en la plaza de los reyes y ya”. Os podría hablar también de los 839 pechos, digo metros, de la Mujer Muerta; de los marcados culitos de las esculturas de Hércules; del Parque Mediterráneo; de los botellones en la Marina, del Poblado Marinero, que, aun pasados cientos de años, la

esencia del lugar no ha cambiado, porque, aunque sea para bailar, o ligar, la gente sigue tomando cañas en sus discotecas, o echándolas. Podría contaros sobre el momento en el que se inauguró el nuevo campus universitario; de la Semana Santa, del Ramadán; de la comida —Dios mío, la comida—. Podría debatir sobre la educación, sobre el CETI, sobre si hay una verdadera integración...pero no. Os invito firmemente a que vayáis y lo descubráis. Yo, de mi Ceuta, os quiero hablar del amor.

Tal vez esto os parezca una obviedad, pero, ¿sabíais que los astronautas en las estaciones espaciales no están fuera del alcance de la gravedad?, ¿que en verdad no están flotando, sino que están cayendo a 28.000 km/h? Pues a mí me pasó lo mismo con Ceuta...*caí* —y sigo cayendo— enamorado. Pero iba —y voy— tan veloz, que la gravedad me ha cogido respeto —por decirlo de alguna forma—. Es como si...es como si Ceuta, fuese un pedazo de «luna» en la tierra.

Caí enamorado, y las personas que conocí...eran la velocidad. Estoy locamente enamorado de las personas que conocí ahí.

Cuando le digo a alguien que he vivido en Ceuta, y me contesta que también ha estado en Ceuta; de pasada, cuando iba a Marruecos...Bueno, nunca digo esto, pero lo pienso. Si has pasado por Ceuta para ir a Marruecos... ¡no has estado en Ceuta!

Dicen que hay en Ceuta una carretera que sube hasta la luna cuando está llena. Pues no es mentira, justo después de que la luna se coma un campero del Bola 8, si vas por el Recinto Sur, la puedes ver.

Se me hace raro. Ceuta es el único lugar en el que prácticamente todo el mundo me llama por mi primer nombre: César.

De un Caballa más.

Las pesadillas solo son los sueños que no nos gustan.

A los 23, se despierta cinco minutos antes de que suene la alarma. A los 23 echa de menos la cama; a los 23 echa de menos la calma de su infancia: esos “cinco minutos más, mamá” que le condecían antes de ir a cargar agua. Esos “cinco minutos más” que le daban ventaja para afrontar el día; esos “cinco minutos más” que, en verdad, eran hacer trampa, porque pensándolo profundamente, esa carrera demente se corría contra la vida. Pero, a los 23 ya es un adulto y no viaja en preferente en el tren de la vida. Vive emergente, resiliente, divergente, residente de la muerte siente que en esta vida de emergencia no hay salida; que en esta vida enferma no hay urgencias. Así que, cuando cierran todas las alegrías y se despierta, a los 23 siempre tiene abiertas sonrisas de guardia, como lo de las farmacias...en los fines de semana...

...A los 23 se levanta. Su tos le halaga y se da palmaditas en el pecho porque papá es quien se las solía dar en la espalda. Pero papá ya no está. Y no es por ser literal pero prácticamente nunca estuvo: a los 6, papá no era muy de estar por casa. Y a los 7 no se le daba muy bien lo de multiplicar, pero a papá tampoco le salió bien lo de estar por otra...Y mamá que restaba como nadie. Pero eso qué más da...

...A los 10 le empezaron a interesar las chicas. A los 11, todas estaban locas por él y él estaba loco por todas. A los 12, empezó a follar antes de aprender a masturbarse; antes de conocerse; antes de que ellas se volvieran mujeres y él un hombre. Intentó querer a los demás sin antes quererse. Y así, aprendió a huir del placer, a correrse sin complacer, a dar sin ofrecer nada e irse...a la primera de cambio. Nada de hacerlo moderado; uno rapidito, no pienso, me desvisto, un visto y no visto, me vicio: sexo luego existo.

A los 13, era un rebelde; vacío, pero legal. No fumaba donde estaba prohibido fumar. Era inteligente y todavía algo inocente así que primero quitaba la señal. A los 14: inocente, vacío, drogas, llenar. La gente se desentiende. La gente que entiende miente y vende. La banga...una solución temporal para un problema permanente: los pobres no pueden volar. Cuando duermen, piensan tanto en la realidad en la que se van a despertar que se olvidan de soñar. Pero...la coca le hace alucinar. Una raya, dos, tres que pensó que nunca llegaría a cruzar. Tres toques mágicos y se cree Superman. Se esnifa la capa y le da unas cuántas caladas al disfraz. Hasta el infinito y...

...Hasta que a los 15, se quiere suicidar. *Su mente es un entierro constante y su corazón un funeral.* Sus pulmones se ahogan y cuando le preguntan qué le pasa, sus “nada” ya no saben nadar. A los 16 se hunde en la depresión. Y la presión del alma es oscuridad, como toda la grandeza del sol sin ningún planeta sobre el que irradiar. Sol, edad, 17. Triste, ¿verdad? Pero hay una cosa que mucha gente no sabe acerca del mar...o más bien del agua y los fluidos...y es que, en ellos, también se producen

turbulencias. Como las de los vuelos; como las que retan a los aviones y sus miedos.

Es posible tener el cielo en las manos si te colocas un espejo en ellas. Es cuestión de reflejos.

A los 18, se dio cuenta de que volar era una cuestión de perspectivas; que su ancla pesaba más que sus alas rotas. Así que empezó a nadar hacía abajo en vez de hacerlo hacia arriba. Y ahí, en la profundidad de su cielo, donde las nubes eran burbujas que hacían pareidolias con el oxígeno...a los 19, encontró la poesía...

...Y, junto a ella, a todos los ángeles a quienes la presión social había hecho estallar en mil partes: presos tan jóvenes que todavía tenían los dientes de leche, amores desastre; enfermedades; malos desmadres, niños nacidos de la promiscuidad y no del deseo de ser padres. Cupido con canas y en lugar de sus alas, un bastón que le sostiene. Cerebros bebiendo para olvidar, ¿quién le habrá roto el corazón al alzhéimer?

A los 20, falleció su madre. Y se juró que la tristeza se cansaría de empujar antes que él de levantarse. Que sería tan feliz que la felicidad le llamaría insoportable.

A los 21, aprendió a no disculparse por acelerar su corazón y atropellar las opiniones ajenas. *Las críticas constructivas de las personas que no construyen nada no tienen derecho al paso de cebra.*

A los 22, empezó a vivir a su tiempo y su tiempo empezó a *vivir a él*. Decidió ser poeta, el reflejo de su sociedad sin maquillaje, para que viesen lo feos que se ven.

Y a los 23...bueno, esa historia, ya os la sabéis. “No Me He Olvidado” de contároslo.

¡TE VAS A ENTERAR DE LO QUE VALE UN PENE!

Alma Nº 93

A las mujeres de ciencia-ficción basadas en luchas reales.

Empezamos mal la cita. Ya de entrada pronuncia mal mi nombre:

—Lulu.

—No, Lulú —le contesto—. Bueno, mejor Lourdes.

Y las conversaciones que siguen, son de esas que una desea que no hubiesen empezado.

Tiene ese algo que...ese algo que me dice que espera de mí que sea como su madre, pero que al mismo tiempo pueda acostarse conmigo. Tiene ese algo en los gestos, como que su masculinidad depende de cómo de sumisa podría llegar a ser su pareja. Ese algo, como que su orgullo estuviese cargado de calorías...y ese cuerpo de gimnasio no podría aguantar tragárselo. Tiene esa mirada de “si no te intereso, podemos follar y ya” ...esa mirada de “¿sabrás lavar y planchar?”; esa mirada de *macho man*, como esos adolescentes que se creen los anuncios de Axe. Tiene esa asquerosa mirada de “¡te vas a enterar de lo que vale un pene!” ...esa mirada de inseguridad, de estar vacío. ¿Alguna vez has mirado a un tío y has sentido como que “escuchas” el eco de tus propias palabras de lo vacío que tiene el cerebro? ¿No? Pues con este tío me está pasando. ¡Qué triste! Vivimos en una sociedad que sabe muy bien el *pene* de todo(s), pero que no conoce el valor de nada.

Y terminamos mal: Cuando llega el camarero, se toma su tiempo antes de sacar la cartera, como esperando a ver si tengo intención de pagar. Agarro mi bolso y me dice:

—No te preocupes. Ya pago yo.

—¿Preocuparme? No, no. Solo estaba buscando mi pintalabios.

—¿No tenías intención de ofrecerte a pagar la cuenta? —pregunta algo indignado.

—La cuenta ya está pagada, señor —le dice el camarero, Noha. Y luego se marcha con los platos.

—¿Cuándo has pagado? —me pregunta, con el orgullo herido.

—En ningún momento —le contestó, resaltando el carmín de mis labios—. El restaurante es mío.

Se hace silencio.

—Tú, como los gatos, no sabes caer, ¿verdad? —me dice.

Otro más, otro bote salvavidas para mi corazón que vive en tierra firme. Otro caballero que espera encontrarse a una damisela en apuros. ¿Que no sé caer?

—No, guapo —le contesto—. ¡No! Sí sé caer. Y en este mundo machista, me he caído una y otra vez. Sí sé caer. De hecho, se me da muy bien. Es solo que yo, como los gatos...me levanto a otro nivel.

Se hace silencio de nuevo. Se me da bien eso de dejar cicatrices en el orgullo de

los capullos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice.

—Sí —contesto.

—¿A qué viene lo de “El Guardián”? Es un nombre un poco raro para un restaurante.

—Es una larga historia que tiene que ver con una de mis antepasadas que se cargó a un dragón.

PACIENCIA

Alma N° 94

Vengo en «sol» de paz, le dijo la primavera al invierno.

Mi madre decidió llamarme Paciencia porque decía que sería una de esas “personas de espera” que se quedan para siempre...como mi padre, el hombre que le hizo creer que sí era posible que una *persona de espera* se quedase para convertirse en una “*persona de paciencia*”. Lo sé, es todo un rollo que se viene dando en el linaje de mi madre desde hace varias vidas. Pero...a diferencia de mis *antepasadas*, yo soy un chico...y me llamo Paciencia. ¡Paciencia!

En fin. El motivo por el que te escribo no es para quejarme de tener un nombre de chica...Todo lo contrario. Sé que eres muy de invierno, de las Navidades, de los Reyes Magos y de la nieve...por eso te digo que vengo en *sol* de paz...Vengo a demostrarte el porqué de mi nombre...A que se explique la fuerza de rozamiento al estrellarse las líneas de la vida de mi palma con tus mejillas; a socorrer una brisa para tus vuelos; a salvarte una sonrisa: la comisura de tus labios al borde de la extinción; las yemas de mis dedos escalando y calando cada frío de tu nuca; tu mirada siendo el “no digas” de mis “nunca”.

Vengo a decirte, que una muerte digna sería morir ahogado en el fondo de tu cielo. Porque la presión del aire —aquí— donde tú vuelas, es demasiada para mis pulmones de leche (sí, como los dientes que mueren por falta de experiencia). Ninguna azafata ha sido capaz de señalarme tus salidas de emergencia.

Sí, lo sé. Probablemente necesites a un *volador* un poco más experimentado. Pero...niña, vengo a decirte que, de mí contigo, sé, que a contra(olas) no me gana nadie.

Nadie espera como yo. Nadie se ahoga como yo. Nadie te muere como yo te vivo. Nadie te escribe como yo te escribo. Eres mucho más bonita en mi poesía...que bajo las alas de cualquier otro capullo.

Si vas a volar, niña...

...que el viento sea tuyo.

De una persona de paciencia.

Aquí te espero,

cuando decidas empezar a ser feliz.

EL SECRETO MEJOR ZAPATO

Alma Nº 95

El mar, tan elegante, pero siempre con las olas arrugadas.

Me mira y, interpreta esa sonrisa de “tengo ganas de nosotros” al tiempo que se muerde el labio y hace bailar una ceja. Sus pupilas se dilatan y su respiración inquieta contradice lo que contradicen sus calmadas manos descansando sobre mis piernas... es una doble contradicción que quiere decir una sola cosa: “tener miedo de no tener miedo”.

La luz de la luna le sienta bien...nos sienta bien. Su reflejo sobre el agua se entorpece a causa de las olas...

—Qué feliz, la luna, ahí arriba, ¿verdad? —me dice. Y ocurre eso de cuando no has oído una cosa, pero sí la has escuchado.

—No lo sé —le contesto—. Puede. —Me encojo de hombros y respondo indeterminado. Quiero que haga eso de “razonar su respuesta”.

—Todas las noches se refleja en el mar —dice, como hablando consigo mismo de la luna, y a la luna—. Y lo hace sabiendo que cuando le pregunte al mar *quién* es la luna más bonita de todo el reino, el mar no encontrará con quién compararla. —Hace una pausa y suelta una carcajada que parece ir acompañada de envidia sana—. A diferencia del sol...ella, sabe que sí podemos mirarla. Y presume.

—Sí. Es única. —Trago saliva, no quiero llevarle la contraria, porque de alguna forma, me parece bonita su reflexión. Pero, aun así, no puedo callar lo que pienso—: Es única...pero está sola.

Se hace silencio, no, ruido de mar. Y cada grano de arena que se cuele entre los dedos de mis pies, es mucho más mundo que el armario. Y a mí, me gusta viajar.

—Tú también eres único —me dice—. Y no estás solo. —Me besa velozmente.

—Me has robado un beso, cabrón —le digo, sorprendido y algo inquieto—. Sabes que alguien podría vernos. —Miro a nuestro alrededor—. ¿Quieres que nos maten? —Cuando hago la pregunta, no tengo miedo de escuchar un “sí”, o un “me da igual”.

—Estamos a kilómetros de la ciudad —me asegura—. Nadie viene a esta playa...y menos a estas horas. —Me coge de la mano con fuerza, como pidiéndome “cojones”, valentía. Algo de lo que parece ir sobrado gracias a la sangre que le circula por la entrepierna.

Vacilo. Vacilo mucho y mi corazón bosteza llamándome cobarde. «¿Pero no soy ningún cobarde! ¡Soy...soy...soy muy romántico y valiente!», me convengo a mí mismo. Y eso de convencerme me produce adrenalina. La siento en mi espalda como un masaje de esos que dan placer doliendo.

—Me has robado un beso —le digo, como si fuese una acusación.

—¿Y? —me reta—. ¿Qué vas a hacer al respecto? —Se acerca mucho más a mí. Como si no hubiese playa suficiente para los dos.

La luna le alumbra la cara; la mía también. Es como si ella, ahora, fuese la que nos estuviese observando ser únicos...los más valientes del reino.

—Dime —me susurra, y su cálido aliento hace vibrar mis labios—. ¿Qué vas a hacer? Valiente.

Los latidos de mi corazón desaparecen. Muero y, el sonido más salvaje del mundo se apodera de mi cuerpo. Despego mi mano de apoyo de la arena y le agarro —delicadamente— del cuello con ella. Mi otra mano toma su cintura con menos delicadeza, y desde el alma, le digo:

—Voy a tomarme la justicia por mi boca—. Le beso. Y me aseguro de hacerlo como nunca nadie volverá a hacerlo.

Hacemos el amor. Sin miedo a tener miedo. Sin miedo a morir. Sin miedo a que nos pillen y nos ejecuten. Sin miedo a amarnos. Si este fuese el último día de nuestras vidas, sería el perfecto último día. No querría morir de otra forma.

Y hacemos el amor. Y deshacemos la arena. Y amamos nuestros cuerpos, aunque no son perfectos. Tomamos ejemplo de la luna, que está algo gordita y no tiene miedo de ir desnuda por todo el mundo.

Y hacemos el amor. Y desordenamos las olas. Y nos decimos te quiero.

Nos quedamos tendidos sobre la arena, desnudos. En esta parte del mundo no hace frío por las noches. Y los mosquitos prefieren las luces de la ciudad a la soledad de la playa.

—¿Sabes? —me pregunta, mirándome los pies—. No los escondas —me dice cuando intento ocultarlos metiéndolos bajo la arena.

Me da algo de vergüenza que se haya fijado en que los calcetines que llevo están completamente rotos. Son viejos y tienen agujeros por todas partes.

—De pequeño —habla, entrecortado—. Yo también iba con los calcetines rotos al colegio —Abro la boca sorprendido—. No te extrañes. Ya te he contado que en mi familia se nos daba bien lo de mantener las apariencias. Cuando falleció mi padre y lo perdimos todo...no teníamos ni para unos calcetines. —Se ríe, como agradecido de estar hablando del pasado—. Y mi madre...Mi madre me solía decir: *“nadie guarda un secreto como lo hacen unos zapatos. Si no te los quitas, nadie sabrá que llevas los calcetines rotos. Será nuestro secreto mejor zapato”*.

Y justo cuando voy a abrazarle, —de la nada—, una luz que no es la de la luna, nos alumbra. ¡Nos han pillado! ¡Vamos a morir!

Sabemos que no hay escapatoria. Escuchar las sirenas, el bullicio de los policías y el ladrido feroz de los perros, es como una toxina que se cuela por todo el cuerpo y te paraliza —y me paraliza—. No es miedo. Es saber que no hay esperanza de salvarse lo que hace que una lágrima se escape de mi ojo.

Estoy triste. Han conseguido, por un instante, que deje de pensar en él. Y él, igualmente, ha dejado de pensar en mí. Lo sé, porque cuando me mira, justo antes de que le metan en la furgoneta policial, con la luz de las sirenas pintando un lienzo sobre su rostro, sus labios articulan un “lo siento” que, en subtítulos del idioma del amor, dicen “te quiero”.

Joder. Yo también le quiero. —Yo también te quiero—. Pero, al parecer, el

amor tiene más cosas en común con el movimiento de un huracán, que con el vuelo de una mariposa.

Al menos, me dan tiempo de vestirme los zapatos y poder ocultar mis horrendos calcetines rotos, antes de subirme a otra furgoneta y vendarme los ojos con una camiseta negra con olor a gasolina...

...Y el primer puñetazo llega mucho antes de lo que me espero...Y los siguientes golpes, no se hacen de esperar tampoco. Si es verdad eso que dicen, de que los que odian a los demás por ser diferentes no hacen más que proyectar sus propias inseguridades, la firmeza de los golpes de los policías, y el dolor en cada esquina de mi cuerpo, me dicen que estos malnacidos deben odiarse demasiado...

...Llegamos al calabozo...Ya casi no siento vida dentro de mí cuando, a la velocidad de un coche por una autopista, un chorro de agua fría se estrella contra mi cuerpo desnudo...Y llegan las porras. Solo con verlas me duelen los huesos...Y cuando me golpean, brutalmente, siento cómo se rompen como si fuesen piezas de Lego. Me duele. Me duele...Vuelve el chorro de agua fría y choca contra mis ojos con tanta fuerza que siento que van a reventar, si no me ahogo antes. El chorro para, y cuando voy a toser recibo un porrazo en la garganta. No me da tiempo a encogerme cuando me asestan varios más en la espalda...Y vuelve el chorro de agua, y deseo con todas las fuerzas que no tengo que no se vaya. Suena una alarma y la violencia del agua contra mis costillas cesa. Los policías se marchan, pero no se llevan mi dolor. Y la palabra maricón, dicha por uno de ellos, retumba en mis oídos...

...La sangre desaparece por un desagüe. El agua la arrastra, pero sin juntarse con ella, como con el aceite, como si tuviese asco de ella...

...Puedo escuchar los gritos de otros chicos. Los que piden “por favor”, los que imploran por sus vidas...los que lloran sin más...Y el silencio de él.

La siguiente luz que ven mis ojos, es la del sol, cuando me quitan los vendajes de los ojos. Me duele la cara y mover mis músculos es un infierno. No sé cuántos días han pasado; cuánto nos han tenido encerrados y torturándonos. No sé cuánto, pero no quiero volver.

Siento que se me caería la piel si intento mover una ceja. Los mocos secos en mi nariz me impiden respirar con normalidad. Me queman las orejas. Y puedo sentir con el poco tacto que le queda a mi lengua, los diminutos pedazos de los dientes que me han roto.

Cuando mis ojos se adaptan considerablemente a la luminosidad y consigo girar mi cuello, les veo...Y *le* veo. Algunos con las ropas rasgadas, otros semidesnudos...yo con mis zapatos y mis calcetines...Y todos, entre la verdad y la pared.

...Enfrente, tenemos a nueve policías apuntándonos con sus rifles. Nueve, uno para cada uno. Y detrás de ellos, el general de la policía al lado de una cámara que graba y emite en directo para todo el país.

—Ya sabéis cómo funciona esto —dice el general, solemne, alto, duro, con ira—. Solo tenéis que decir la verdad. Comenzaremos por el de la derecha. Usted. ¿Cree que dos personas del mismo sexo se pueden amar?

—No —responde el muchacho. No debe ser mucho mayor que yo.

—Muchas gracias —dice el general—. Puede marcharse. —El muchacho sale de la línea de tiro arrastrado por el policía que debía ser su verdugo en público.

El general hace la misma pregunta seis veces más, y obtiene la misma respuesta. Y los deja marchar.

Estaría feliz si no supiera que en realidad los van a matar. Solo quieren una falsa confesión. El trato —por llamarlo de alguna forma—, es decir lo que ellos quieren oír, a cambio de morir por una inyección letal, y la promesa de que no atacarán a nuestras familias.

—¿Usted cree que dos personas del mismo sexo se pueden amar? —le pregunta a él, a mi Brandon. Solo quedamos los dos...

...Y lo veo en su sonrisa, está interpretando un “tengo ganas de nosotros”. Aunque...no parece que es para mí.

—¿Usted cree que dos personas del mismo sexo se pueden amar? —grita enfurecido el general. Y Brandon se gira para mirarme, para retarle. Sus ojos escrutan los míos...está feliz.

—¿Eres un puto maricón? —chilla el general. Aún más enrabietado. Tanto, que le saliva la comisura de la boca—. ¡Responde! ¿Crees que dos hombres se pueden amar?

En sus labios, vuelvo a leer un “lo siento”, y esta vez, no sé por qué.

El general, muerto de la rabia, corre hasta él, se saca el revólver y le apunta a la cabeza.

—¿Usted cree que dos personas del mismo sexo se pueden amar? —susurra, pero en voz alta. Y sus ojos, rojos y llenos de odio, se abren como las mismísimas puertas del infierno.

Brandon baja la cabeza, me mira a los pies durante un instante y, antes de ponerse frente al general, me tose una sonrisa.

—Sí —dice Brandon—. Estoy enamorado de un hombre, y “usted” sabe muy bien quién es.

El revólver se dispara. Y mi cuerpo abandona mi ser.

El general vuelve a su sitio y sin estremecerse ni un pelo, me pregunta:

—¿Usted cree que dos personas del mismo sexo se pueden amar?

Todo lo que para mí tenía sentido en la vida ha desaparecido ante mis ojos.

Agacho la cabeza y me miro los pies. Si el alma puede llorar, ahora mismo, la mía está llorando como si toda la tristeza del mundo se hubiese acumulado en ella. Mi alma está llorando y yo estoy llorando con ella. Tengo la boca destrozada y la garganta rota. Pero grito, grito, aunque no puedo escucharme. Me duelen los ojos, me duelen las lágrimas y lloro. Joder...lloro y me mata pensar en mi madre; en mi hermanita, en mis amigos...lloro y los veo morir. Lloro y me odio. Odio el mundo. Odio existir. Odio a ese hijo de puta con el revólver. Quiero matarle. Lloro al ver todo lo que podíamos ser y no somos por culpa de unos cuántos capullos que gobiernan. Lloro...Y ya no quiero llorar más.

Me quito los zapatos y dejo que el mundo entero vea mis calcetines rotos. Ya no hay secreto que guardar.

—¿Usted cree que dos personas del mismo sexo se pueden amar? —repite el general, con menos ganas que con Brandon. Tiene ansias de sangre y no tonteará conmigo—. ¿Crees que dos hombres se pueden enamorar el uno del otro? —añade, ya con el revólver en la mano.

—Sí.

Y una bala que no me esperaba...inicia la revolución.

¡Una bala se atreve a planchar las olas del mar!

EL ARTE DE PERDER A LAS PERSONAS

Alma N° 96

...*Si hasta los tatuajes ya se pueden borrar.*

Mi padre me contó que el abuelo —su padre—, le dijo una vez: “*los pájaros sueñan con todo aquello que no pueden tener*”. Y bueno, si ahora pienso en eso, es porque a su vez, él a mí, también me dijo una de esas cosas que dicen los padres y que nunca se olvidan.

Aquel día, yo estaba llorando. Y hacía años que no lloraba; tantos, que ya casi había olvidado cuánto dolía.

La razón por la que lloraba, se debía a que una persona cercana a mí, me dijo —enfadada—, que me eliminaba de su vida...y que ya no quería que formase parte de ella. Al parecer, su mosqueo conmigo, se debió a que “no actué como un amigo debería hacerlo”. Y antes de mandarme a la mierda, me lo echó en cara.

—¿Qué te ocurre, hijo mío? —me preguntó mi padre.

Le conté a mi padre lo que había sucedido. Y tras un silencio, como los que me dijo que solía hacer su padre, y el hacía inconscientemente, me preguntó:

—¿Y qué es lo que te hace llorar?

Le miré extrañado y me sequé las lágrimas. No entendía su pregunta. ¿Si le había contado todo, y él sabía lo cercana que era *ella* en mi vida, por qué me preguntaba la razón de mi llanto? ¿No era evidente?

—Me refiero... —dijo, entrecortado—...Entiendo por qué estás molesto...has perdido a una persona que te importaba. Sin embargo, sé que lloras por otra cosa. —Hizo otra pausa—. Lo que de verdad te duele...es que ella no se haya ido antes. —Se me abrieron los ojos y mi respiración vivió de un susto, como cuando te dicen una verdad que tú mismo no querías decirte—. Lo que de verdad te molesta, hijo mío...es que no aguantas que *ella* se crea con el derecho de hacerte daño, porque en verdad, no solo no lo tiene, sino que tampoco puede hacerte daño. Te duele haberle dado la confianza suficiente como para que se piense que puede dañarte. Sabes muy bien que nunca ha sido buena contigo. Es de esas personas falsas que se creen sus propias mentiras; de esas que hacen daño y se dicen a sí mismas que no lo están haciendo; de esas que saben cómo justificarse consigo mismas. He vivido vuestra relación. —Me sonrió—. ¿Qué? ¿Te crees que por ser tu padre no sé lo que ocurre en tu vida? —Le sonreí yo a él—. Mira, hijo. De todas las cosas buenas que te han pasado, nunca, jamás, te ha admirado...jamás se ha puesto genuinamente feliz por las cosas bonitas que te han ocurrido. ¡Jamás! No ha estado ahí para ti. —Suspiró, como para coger aire, y asegurarse de que no estaba dándome un mal consejo—. Las personas como *ella*, son expertas en hacer sentir mal a los demás por cosas que ellas mismas provocan. Le dan la vuelta a la tortilla y, cuando se cae, pretenden que la recojas tú.

—Parece que sabes de lo que hablas —le dije, sabiendo que, de alguna forma, sus

palabras, eran fruto de lo que pasó con mi madre...Que nos abandonó una y otra vez hasta que él, que a pesar de tener un corazón colosal, “no vivía bostezando; tenía bien claro cuándo tenía sueño, y cuándo se estaba despertando”.

—Sí. —Me despeinó—. Tu padre sabe muchas cosas. Pero no tiene la verdad sobre todo lo de este mundo —añadió, como burlándose de sí mismo.

—Gracias, papá.

Mi padre me sonrió, se levantó de mi cama, y caminó hasta la puerta.

—Solo una cosa más, hijo mío. No tengas miedo de que algunas personas se vayan de tu vida. Eso es lo que ocurre cuando te estudias y empiezas a conocerte a ti mismo...que aprendes el arte de perder a las personas a las que no les importas. En este mundo, te encontrarás con gente que no entenderá que tú, eres tu primera prioridad. No tengas miedo de perder personas...pero tampoco tengas miedo de conservar a otras...de luchar por los que importan de verdad. No tengas miedo de perder a algunas personas, pero tampoco tengas miedo de conocer nueva gente. “*Cuando se cierra una persona, se abren otras mil*”. No tengas miedo de perder a las personas...—Hizo una pausa. Y sé que volvió a pensar en mamá cuando, hablando para sí mismo, añadió—: ¿Qué es eterno en esta vida, si hoy en día, hasta los tatuajes ya se pueden borrar?

Se hizo silencio. Y entonces, del alma, y acordándome de todas esas personas que se alegran de las cosas bonitas que me ocurren y viceversa, dije:

—Los amigos de verdad.

—Cierto —me contestó, regalándome esa mirada que decía que estaba orgulloso de mí—. Hijo mío —me llamó, casi en un susurro. Y había dolor en su voz.

Sus ojos, llenos de lágrimas reprimidas y tristeza, se clavaron en los míos contradiciendo la alegría de la sonrisa que dibujaban sus labios. Iba a decírmelo...eso que dicen los padres y que nunca se olvida:

—Ámate más, de lo que te dañes, por no estar con alguien.

¡A UN AÑO LUZ DE CERCANÍA!

Alma N° 97

Distancia, es el número de vidas que nos unen.

Dicen que la distancia más corta entre dos personas es una historia —sus historias—. Y si eso es cierto, aquí tienes una:

Érase una vez, te conocí. Fin. —Es broma—. Bueno, no del todo, si comienzo la historia desde ahí. Porque desde entonces, han pasado no sé ya cuántas vidas...y seguimos encontrándonos. Ni si quiera sé cómo es posible que me siga encontrando conmigo mismo —o más bien, *a mí mismo*— ...simplemente ocurre. Una mañana me despierto, en otro cuerpo, en otra vida...y me acuerdo de nuestro primer beso. Y desde ese momento, sé que me voy a volver a encontrar contigo. Los días pasan y se siente como ese juego de buscar una cosa y decir “caliente” cuando te acercas y “frío” cuando te alejas, pero sin la parte de “frío” ...Es una felicidad incontenible; es como...tenerte a un año luz de cercanía; es como...una mariposa prometiéndole a otra un día más de vida. Y eso, es valientemente triste porque las mariposas viven muy poco. He estado ahí, en todas tus vidas. Y tú has estado en las mías. He aprendido mucho sobre distancias en esta(s) vida(s). Y gracias a esa sabiduría, puedo decir que estoy totalmente de acuerdo con las palabras de la poetisa Amal Kassir, que dijo: *«la distancia más larga que puedes recorrer en el menor tiempo posible, es preguntándole a una persona su nombre»*. Y es por eso, que siempre que te vuelvo a encontrar, me desvivo por escucharte preguntarme: *¿cómo te llamas?*

¡SÍ!

Alma N° 98

Y sin tener papás perfectos, queremos ser hijos perfectos.

¿Alguna vez te han mirado como si fuese la última vez que te ven? A mí sí...y lo están haciendo ahora mismo.

Sus ojos...no son los ojos de una persona que va a morir; creedme, he visto muchos ojos.

—Tienes los ojos de una persona que sabe que va a morir —me dice, secuestrándome de mi ensimismamiento.

—¿Cómo sabes eso? —le contesto con cierto tono de chulería—. Nunca has visto a una persona morir. Ni siquiera estuviste cuando falleció tu padre —añado, amainando mi voz al darme cuenta de que podía molestarle que hable de su padre.

Y a mí sorpresa, me sonríe, y me contesta:

—Puede que no haya visto a nadie morir. Pero sí he visto los ojos de los que saben que no van a morir...y los tuyos, ahora, no se parecen en nada a esos.

Me callo. De todos modos, no es el mejor tema de conversación sabiendo lo

que vamos a hacer...lo que voy a hacer.

—Una pregunta —le digo—. ¿Cómo se siente *él* con todo esto? —Se cuela entre nosotros el silencio más frío y duradero que jamás haya aguantado mi piel—. No lo sabe, ¿verdad?

Su mirada vacía lo dice todo.

—Solo faltan unos minutos para que venga a recogerme para ir a la playa —me dice—. Tienes claro el plan, ¿verdad? Llevamos años pensando en esto —añade con tono de excusarse—. No podemos echarnos atrás. —Se acerca a mí—. Te amo. Te amo. Te amo y nunca he amado a nadie como te amo a ti. —Me abraza—. Y decir que hace unas horas estábamos haciendo el amor como despedida. Y ahora ya no quieres hablarme. —Suspira—. Bueno, me voy. —Camina hasta la puerta, recoge su mochila y antes de salir, repite—: Te amo.

Me duele el pecho. Ya ni siquiera hay tensión en mi cuerpo de tantas veces que hemos ensayado lo que vamos a hacer. Pero me duele el pecho...mucho más que la espalda. Los latigazos que solía darme mi padre ya son cicatrices. Ahora, las heridas abiertas están en mi cabeza; en mis labios, con cada beso que me prohibió dar; en mi corazón, por cada día que me hizo odiar al hombre que debía amar.

Salgo corriendo al exterior, y grito:

—¡Brandon!

Se da la vuelta. Quiero correr hasta él para abrazarle y besarle con todas mis debilidades...pero me dice con la mirada que no me mueva. Y me doy cuenta de que no quiere que *él* me vea; ha llegado ya. Brandon se sube al coche y sé, que no hay vuelta atrás, ha comenzado el plan.

Me quedo en el portal unos minutos, observando a la luna “presumir”. Y dos horas después, me encuentro ante el espejo, vistiéndome el uniforme policial.

Un aviso, cuatro redadas, nueve arrestos y cinco días después...lo tengo de nuevo delante de mí. Aunque no por mucho tiempo. Solo me mira durante unos segundos: interpreta un “tengo ganas de nosotros” y sabe que no tengo el coraje necesario para matar a mi propio padre. Así que le provoca para que sea él, el mismísimo general, quien le pegue un tiro en la cabeza. Sabe que echarle en cara que su propio hijo —yo— también soy gay, será suficiente para sacarle de sus casillas.

«*Sí, estoy enamorado de un hombre, y usted sabe muy bien quién es*»

Y bien que lo sabe. Los latigazos en mi espalda que esconden mi uniforme policial, son la dolorosa prueba que lo confirma.

—¿Usted cree que dos personas del mismo sexo se pueden amar? —le pregunta mi padre al muchacho que Brandon y yo metimos en nuestra revolución...sin pedirle permiso.

El chico se quita los zapatos, y no sé por qué, pero me recuerda a una cosa que me dijo Brandon:

“Es imposible que una persona te juzgue antes de tiempo, porque el tiempo ya estaba aquí antes de que te juzgase. Lo que es, y es posible, es que tengan erróneas ideas preconcebidas sobre lo que es la belleza, y, sobre todo, de lo que es el amor. Hay muy pocas cosas igual de peligrosas que un ignorante con una pluma, un sabio

con una espada...y un enamorado que no ama”...

...Lo único que es igual de peligroso que esas cosas, es mi padre.

—¿Crees que dos hombres se pueden enamorar el uno del otro? —añade el general, mi padre, ya con el revólver en la mano.

—Sí —contesto, mirando fijamente a la cámara que retransmite en directo para todo el país. Que todo el mundo sepa que yo, el hijo del general; del verdugo de la homofobia, también soy gay.

Y no cumplo con el plan de Brandon de matar a mi propio padre. Brandon no tenía razón en todo. Utilizó a un inocente...le enamoró y le metió en una guerra que no había pedido luchar. Brandon no tenía razón en todo. Pero sí acertó cuando dijo que yo tenía los ojos de una persona que sabía que iba a morir. Sí, tenía razón...

...Porque aprieto el gatillo. Y la bala que inicia la revolución, me atraviesa a mí.

ALMAS PERDIDAS

Alma Perdida

¡Ámate!, con todas (las camisas) de fuerza del mundo...

...Al parecer, hay que estar algo loca para querer darse un abrazo a una misma, ¿verdad?

Lo sé, lo sé. Te estás preguntando quién soy. No aparezco en “la carta”, el índice; no tengo número...La respuesta es sencilla: soy tú. Bueno, no tú, tú...más bien...una versión de... “Tú”.

Soy un alma perdida, como tú a veces. Cuando tienes un mal día; un mes horrible; un año de mierda...

...¿Sabes ese momento en el que no te encuentras ni en el espejo? —Duele, ¿verdad?—, aunque a su manera. No es un dolor físico. Es como tener ganas de vomitar y sentir un vacío enorme en el estómago; como que tus órganos sienten asco de ti; tus músculos se contraen con violencia, como que quieren escapar de tu cuerpo tirando hacia dentro en vez de hacia fuera. Te sientes una extraña en tu cama; tus almohadas de toda la vida te incomodan y sientes que hasta tu propia piel te rechaza...Los orgasmos —si los tienes, claro— no saben tan bien, y después de masturbarte comienzas a preguntarte el sentido de la vida...

...Sí, te conozco un poco —nos conozco un poco—: en esos días en los que ni siquiera las canciones tristes hablan sobre ti; cuando tu maquillaje no te maquilla bien; cuando te peleas con tus pantalones favoritos para que te entren; cuando no te gusta cómo han quedado pintadas tus uñas; cuando te duele un poco la cabeza por no dolerte el corazón; cuando sientes que tus bostezos quedan incompletos; cuando te has enamorado, pero no tan bonito como en las películas; cuando sientes que todos los demás avanzan y tú te quedas estancada; cuando te sientes como un pájaro encerrado en una jaula, viendo cómo cada día el cielo te invita a salir a jugar.

...Querida alma perdida, el tamaño no importa...del reloj, me refiero. Lo importante, es cómo usas tus horas...

Es horrible sentirse encerrada, más perdida que una llamada de un exnovio o exnovia, ¿verdad? Lo sé, créeme, es una gran mierda. —Y aquí viene el pero—. Pero...Hoy me estás leyendo. Eso puede significar que después del sufrimiento, hay felicidad. Hasta un pájaro encerrado puede llegar a ser la mejor versión de sí mismo en una jaula. Sé la mejor, excelente, maravillosa, magnífica y estupenda versión de ti misma... —¡siempre!—. Cuando seas un alma perdida, encuentra(te) tu mejor versión.

¡Wau! ¡Qué sería de un pájaro que ha aprendido a ser la mejor versión de sí mismo en una jaula! ¡Volando encerrado, amaestrando el viento! ¡Qué sería de él, cuando todo el cielo sea suyo!

¿Qué sería de ti?

LOS KILOMETROS DE LA VISTA

Alma Nº 99

Decían que no conseguiría escribir un libro...y aquí estoy. A todos mis profesores, los que se pensaban que nunca llegaría a nada. A todas esas personas que me hicieron sentirme inferior. A los que me hicieron pasar miedo. A los que son *trenes de salida*. Os dedico este párrafo, y os digo que os perdono.

A mis héroes. Los que me habéis salvado la vida. Los que me aguantáis cada día. Mis mejores amigos —ya sabéis quiénes sois—. Y mis amigas, que no sois tantas. A mi madre y a mis amadas tías. A mi padre. A mis primas que son como mis hermanas. A mi mentor. A mis Almas de Ceuta, mi segunda casa. A los que desde un principio le dais un “me gusta” a los pequeños relatos que subo a mis redes sociales. A todos vosotros...mis *trenes de llegada*, estacionados para siempre en mi *estación de ¡ven! y no te vayas...* ¡Gracias!

P.D. Los kilómetros de la vista se miden mirando al pasado...y viendo lo lejos que hemos llegado juntos.

TENER UN DÉJÀ TÚ

Alma Nº 100

Lo que no te mata, te hace más... ¡vuelve!

Verla era como escuchar música para mis ojos: me sonaba, aunque no podía oír nada. Eran mis ojos los que la recordaban. Todo de ella me era familiar. Su forma de caminar y de moverse. Sus ojos eran distintos pero su mirada... Su mirada era la misma. Su boca. Sus labios. Su sonrisa. Su alma. Aquello no tenía ningún sentido. Bueno, no lo tendría para alguien que no fuese yo.

—Perdona —le dije—. ¿Nos hemos visto antes?

—No, no creo —me contestó, mucho más pendiente de quitarme de encima que de comprobar si yo estaba en lo cierto.

—Pues disculpa, habré tenido un *déjà tú*.

—Querrás decir un *déjà vu* —replicó con dejadez, creyendo que me había equivocado.

—No —me expliqué—: un *déjà tú*. Un *déjà vu* es la sensación de revivir una experiencia que ya hemos vivido antes.

—Y un...*déjà tú* es... ¿la sensación de haber visto a una persona antes? —Se aventuró a definir algo que hasta entonces no había escuchado.

—No —corregí. De todos modos, era una cosa que me había inventado—. Un *déjà tú*, es la sensación de vivir a una persona que ya hemos vivido antes.

Los dos nos quedamos en silencio, y aunque ella no se dio cuenta en ese momento, yo tenía razón, ya nos habíamos vivido antes. Muchos años atrás, casi que en otra vida. Ella era la chica de la bata de colores; la que odiaba tanto mis cicatrices que hasta quería currarme el ombligo; la que lucía tantos lunares que se veía como el planeta más bonito de la tierra; la que ponía su mundo patas arriba...y me invitaba a su gravedad. Ella era casi todas mis historias, y yo el muchacho al que no le gustaba hablar. Ella era la chica de la teoría sobre las almas. Pero como os he dicho, aquello fue hace muchos, muchos años atrás. Ahora solo voy reencontrándome con ella una y otra vez; cuidando de su alma como le prometí.

—Oye —me dijo justo antes de que me marchase—. Eso del “*déjà tú*”, te lo has inventado tú, ¿verdad?

—Así es —le contesté esbozando una sonrisa de complicidad.

—La verdad, no sé si eres un genio, o un idiota con muy buenos reflejos.

—Un poco de ambas cosas.

Ella me sonrió. Porque a veces sonreía, y otras, me sonreía a mí, solo a mí.

—Mi nombre es Elizabeth —se presentó—. ¿*Tú cómo te llamas?* —me hizo la pregunta por la que me desvivía.

—Brandon, mi nombre, es Brandon.

»Encantado de volver a vivirte. Porque conocerte, ya te conozco.

Y volvimos a empezar.

TÚ

Alma N° 101

El alma perdida era una versión. Usa estas páginas para escribir la verdadera.